

INVENDACIÓN
CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

VANIDAD

INVNDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

NÚMERO 10

RECTORA

CARMEN LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

DIRECTORA

MORAMAY HERRERA KURI

EDITORES

LUIS TORRES ACOSTA

JONATHAN MINILA

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

CONSEJO EDITORIAL

MARGO GLANTZ

SARA POOT HERRERA

ADOLFO CASTAÑÓN

MARIO BELLATIN

RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

HERNÁN BRAVO VARELA

ANA GARCÍA BERGUA

PABLO RAPHAEL

EZRA ALCÁZAR

DISEÑO

CAROLINA ALCOCER

FORMACIÓN

ALBERTO NAVA

IMAGEN DE PORTADA

ROBERTO RÉBORA

CORREO ELECTRÓNICO

DIFUSIONCULTURAL@ELCLAUSTRO.EDU.MX

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana. INVNDACIÓN CASTÁLIDA, Año IV No. 10, mayo de 2019, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C., calle San Jerónimo 47, colonia Centro, delegación Cuauhtémoc C.P. 06380 www.elclaustro.edu.mx, mkuri@elclaustro.edu.mx Editor Responsable: Moramay Herrera Kuri. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-080617591100-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título y contenido en trámite, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Master Copy, S.A. de C.V., Calle Plásticos, No. 84 local 2 ala sur, Frac. Industrial Alce Blanco, Naucalpan de Juárez, C.P. 53370, Estado de México, este número se terminó de imprimir el 28 de mayo de 2019, con un tiraje de 1000 ejemplares.

CULTURA CLAUSTRO • 5130-3327 • IZAZAGA 92 • CENTRO • CDMX • ELCLAUSTRO.EDU.MX



Contenido

●

4

EDITORIAL

●

8

**DEDICATORIA AL
MISMO SANTO**

**SOR JUANA INÉS
DE LA CRUZ**

●

9

**QUÉJASE DE LA SUERTE:
INSINÚA SU AVERSIÓN A
LOS VICIOS, Y JUSTIFICA
SU DIVERTIMIENTO A LAS
MUSAS**

**SOR JUANA INÉS
DE LA CRUZ**

●

10

**MANUEL BANDEIRA
ME LLAMA POR COBRAR**

JULIÁN HERBERT

●

12

ECLESIASTÉS I

●

14

DE LA VANIDAD

TEOFRASTO

●

16

**DEL ORIGEN DE LA
AMBICIÓN Y DE LA
DISTINCIÓN ENTRE RANGOS**

ADAM SMITH

●

18

**DE LA VANIDAD
DE LAS PALABRAS**

**MICHEL EYQUEM
DE MONTAIGNE**

●

20

DE LA VANIDAD

MADAME DE STAËL

●

22

**METAFÍSICA
DE LA VANIDAD**

MARIO ANDREA RIGONI

●

24

VANIDAD

DARÍO JARAMILLO

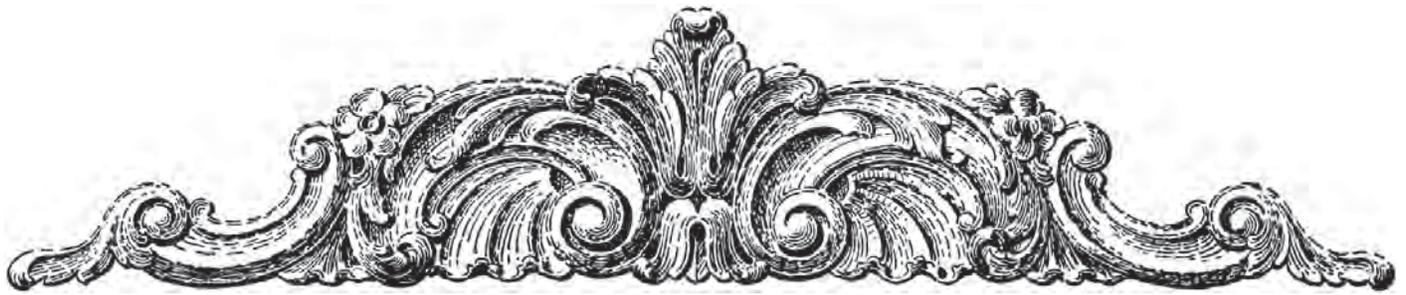
●

26

FELIZ VANIDAD

ANTONIO RIVERO TARAVILLO





●
28

EN EL FONDO
DE SUS OJOS

NICOLÁS ALVARADO

●
30

LA CANCIÓN DE
LA VANIDAD

FERNANDO RIVERA
CALDERÓN

●
32

MAMÁ, SOY PAQUITO:
MIRA QUÉ HERMOSOTE ESTOY

JULIA SANTIBÁÑEZ

●
34

DE LA VANIDAD

LEOPOLDO LEZAMA

●
36

LA RESPUESTA DEL CHE

MAURICIO RAFFUL

●
38

VANITAS VANITATUM

PEDRO PAUNERO

●
40

UN ASUNTO
DE VANIDAD

EDUARDO LIMÓN

●
42

VANIDAD
DE VANIDADES

MANUEL PEREIRA

●
44

JAIME SABINES:
EL VAIVÉN DE LA
ALEGRÍA, EL DOLOR

JUAN JOSÉ REYES

●
50

SAUDADE POR
JAIME SABINES

PILAR JIMÉNEZ TREJO

●
62

LA CIUDAD DE MÉXICO
Y RAMÓN LÓPEZ
VELARDE*

ERNESTO LUMBRERAS

●
70

EL SUR

EDNODIO QUINERO

●
84

MÚSICA Y CINE

●
94

LIBROS



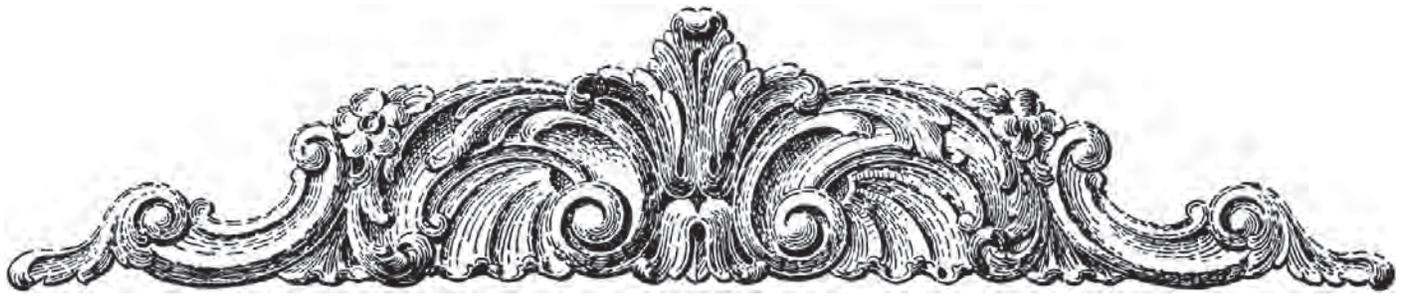
Editorial

Stendhal imagina éste un gesto particular: “Fue en Italia, en el siglo diecisiete, donde una aristócrata dijo cogiendo un espejo con delectación al caer la tarde de un día muy caluroso: qué pena que esto no sea pecado”. ¡Pero lo era!, se llama vanidad. Este pecado, que todos ejercemos de tarde en tarde, tiene grandes cronistas entre los escritores más importantes de la cultura occidental, cuyas observaciones van desde la poesía y las lamentaciones bíblicas, hasta los más esforzados análisis sobre cuáles son las pulsiones que inflaman nuestra vanidad. No es tanto por el pecado mismo, acaso uno de los más tentadores y que bien puede ejercerse a cualquier edad, sino por la profusión y la excelencia de sus comentarios por lo que hemos elegido este tema para nuestro número diez de *Inundación Castálida*.

Así pues, en **Tinta en alas de papel**, nuestro dossier central, abrimos con el texto fundacional sobre el tema: el Eclesiastés. Hay que decir, a propósito de este texto que la tradición atribuye a Salomón, que *vanidad* no es aquí el orgullo o la soberbia, sino el vacío, el soplo, el aire que hincha nuestros días y que, al paso de los años, se desvanece o desaparece. En

Adam Smith, filósofo y economista inglés, el orgullo forma parte de la economía de las pasiones, y, por tanto, más que un mero efecto, es una condición en el orden y desorden humano. Para Madame de Staël, una mujer perseguida por sus ideas, ni más ni menos que por Napoleón, la vanidad es una pasión violenta y su poder altamente peligroso; probablemente estaba pensando en el afán de gloria y conquista del propio Napoleón. Para el escritor y periodista Eduardo Limón, la vanidad está íntimamente relacionada con la muerte, por ello nos habla del género pictórico llamado *Vanitas* que nos recuerda, como Salomón, que todo —riquezas, amores, triunfos— tarde o temprano se convierte en humo. Y, precisamente, es otro autor mexicano, Nicolás Alvarado, quien nos recuerda cuánto de vanidad hay en el amor, en el hecho insólito de sentirse amado y necesitado. El gran poeta colombiano Darío Jaramillo nos recuerda la relación entre vanidad y vacío; pero, ay, ¿quién no está lleno de su propio vacío? Julia Santibáñez sabe reírse de la vanidad y nos entrega un texto sobre los roles familiares que permiten y fomentan la vanidad. Y antes de que la risa disuelva todo compromiso, Leopoldo





Lezama vuelve al ataque y nos dice que vanidad es apenas el adorno de nuestra muerte. El filósofo italiano Mario Andrea Rigoni detalla la “metafísica de la vanidad” y da un veloz paseo desde Salomón hasta Sor Juana recorriendo las delgadas máscaras de la vanidad. Pero no sólo hay vanidad en nuestros gestos y en nuestros actos, Montaigne nos recuerda la vanidad en las palabras, aquellas que sólo disfrazan y adornan. Nuestro compañero Pedro Paunero sigue esa misma línea que descifra las palabras, mientras que Fernando Rivera Calderón también hace de la vanidad *ridículo* y nos recuerda las canciones que exaltaron la misma.

Nuestro **Neptuno Alegórico**, está de lujo, dicho sea sin vanidad, porque incluye un cuento del mejor narrador venezolano vivo: “El sur” de Ednodio Quintero. Luego una castalia sobre poesía: un poema de Julián Herbert; un ensayo sobre la importancia de la ciudad de México en la obra de Ramón López Velarde, y un homenaje que consta de un ensayo y una entrevista, a 20 años de la muerte de Jaime Sabines.

En **Diversa de mí misma**, Mauricio Rafful compara dos visiones biográficas mexicanas sobre el

Che Guevara y Alfredo Sánchez Gutiérrez recorre ese continente llamado Chico Buarque. También celebramos, a través de los textos de Ernesto Herrera y Arturo G. Aldama, respectivamente, los aniversarios de *Alien, el octavo pasajero* y el disco más emblemático de The Cure, *Disintegration*. En las reseñas que se están convirtiendo en necesarias para cerrar nuestro número, Lauri García Dueñas hace un encomio de sobre la responsabilidad del poeta; Jonathan Minila se asoma a la nueva obra de Antonio Ramos Revillas, y Sergio Téllez Pon nos recuerda que Antonieta Rivas Mercado no sólo fue mecenas, sino también una buena escritora.

Los invitamos pues, a que recorran las páginas de éste, nuestro nuevo número, con ilustraciones de Ander Azpiri y Roberto Rébora.







VILLANCICOS A SAN JOSEPH.

DEDICATORIA AL MISMO SANTO.

Divino Joseph: si son
vuestras glorias tan immentas,
que ygnorandolas ninguno
no ay alguno que las sepa;
Pues aunque es notoria á todos
vuestra Dignidad suprema,
se save, que es grande: pero
no se mide su grandeza.
El no saber yo dezir
de vos, lo que nadie acierta,
serà sobra del asumpto;
no del cariño tibieza.
Recebid este; y ya que
por indigna no merezca
atenciones de tributo,
ni acceptaciones de ofrenda,
Al menos merezca ser
indize de vna fineza,
que piensa de vuestras glorias,
sodo aquello, que no piensa.

Vuestra esclava aunque indigna.

Inano Dios de la Cruz.

Villancicos con que se solemnizaron, en la santa iglesia Catedral de la Ciudad de la Puebla de los Angeles, los maitines del gloriosísimo Patriarca Señor S. José, este año de 1690.*

Dedicatoria al mismo santo

Divino José: si son
vuestras glorias tan inmensas,
que ignorándolas ninguno,
no hay alguno que las sepa
—pues aunque es notoria a todos
vuestra Dignidad suprema,
se sabe que es grande, pero
no se mide su grandeza—,
el no saber yo decir
de Vos lo que nadie acierta,
será sobra del asunto,
no del cariño tibieza.

Recibid éste; y ya que
por indigno no merezca
atenciones de tributo
ni aceptaciones de ofrenda,
al menos merezca ser
índice de una fineza
que piensa de vuestras glorias
todo aquello que no piensa.

Vuestra esclava, aunque indigna,
JUANA INÉS DE LA CRUZ

* NOTICIA BIBLIOGRÁFICA. El presente texto de dedicatoria, firmado por sor Juana Inés de la Cruz, se publicó en los *Villancicos a San José...*, procede del impreso originalmente editado en la ciudad de Puebla, de las prensas tipográficas de la Oficina de Diego Fernández de León, del año señalado. Se trata de una delicia y curiosidad bibliográfica magnífica, de un folleto poblano de la última década del siglo XVII. En este breve poema podemos además advertir la fina ironía de la escritora; una suerte de sonrisa que cercana a nuestro oído aborda las finezas y glorias de tan célebre patriarca. Como su nombre lo indica, estos villancicos acompañaban las primeras oraciones del día, seguramente en la festividad de San José. La versión moderna de este poema fue tomada del v.2, p.128, *Villancicos y letras sacras*, de las *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. México: FCE, 2012. Colaboración de Daniel De Lira, Centro de documentación Sor Juana, Universidad del Claustro de Sor Juana.

Quéjase de la suerte: insinúa su aversión a los vicios, y justifica su divertimento a las Musas

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?
Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.
Y no estimo hermosura que, vencida,
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida,
teniendo por mejor, en mis verdades
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

Sor Juana Inés de la Cruz



Manuel Bandeira me llama por cobrar

Así quisiera yo mi último poema:

Los narcococos cayeron en Jujuy
(dodecasílabo neobarroso
tomado del titular de un periódico);
navaja negra el derecho de Caín;
trabaja dos de piel;
nadie hablaría de ángeles
si las nubes portaran armadura;
la fantasía es un lugar en donde llueve;
el plagio es otro lugar en donde llueve;
la lluvia es un lugar fantástico desde un ángulo recto.

Así quisiera yo mi último premio:

que viniera con muchísimo dinero
(dodecasílabo didascálico y feraz),
que tuviera la llama de los diamantes
que se suicidan casi sin perfume
y la pureza de las cosas
que sollozan sin explicación.

Así quisiera yo mi último amor:

que fueras tú,
que fuera un aguamala,
que fuera el tren transparente del mezcal,
que fuera el lujo marchito de beber a solas,
que fuera mi hijo menor con el cabello cortado a lo mohicano
y con un hacha,
que fuera lento,
que me diera suficiente oscuridad,
que tuviera chispas de tigres debajo de las uñas,
que fuera mi rehén y se callara.

Así quisiera yo mi último cuerpo:

arrodillado,
vacío de dolor,
pidiendo una limosna
en el umbral del dolor.

Julián Herbert

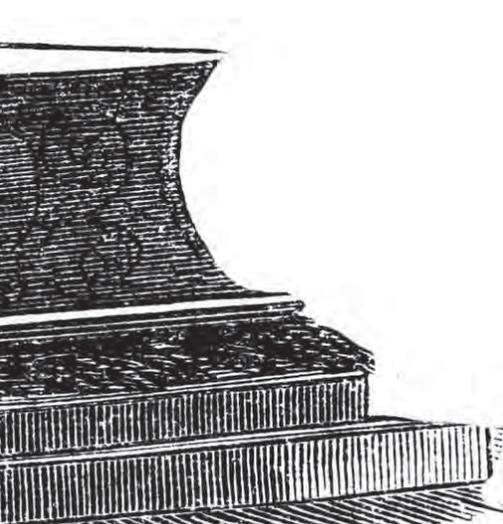




Eclesiastés I • Todo es vanidad

- 1 • Palabras del Predicador, hijo de David, rey en Jerusalén.
- 2 • Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad.
- 3 • ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?
- 4 • Generación va, y generación viene; mas la tierra siempre permanece.
- 5 • Sale el sol, y se pone el sol, y se apresura a volver al lugar de donde se levanta.
- 6 • El viento tira hacia el sur, y rodea al norte; va girando de continuo, y a sus giros vuelve el viento de nuevo.
- 7 • Los ríos todos van al mar, y el mar no se llena; al lugar de donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo.
- 8 • Todas las cosas son fatigosas más de lo que el hombre puede expresar; nunca se sacia el ojo de ver, ni el oído de oír.
- 9 • ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol.
- 10 • ¿Hay algo de que se puede decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido.
- 11 • No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después.

Versión Reina-Valera 1960



Teofrasto

De la vanidad



La vanidad parece ser un deseo mezquino de ostentación. Tal es el comportamiento del individuo vanidoso. Si se le invita a un banquete, se las arregla para colocarse¹ en el puesto de honor junto al anfitrión. Lleva a su hijo a Delfos para que le corten el pelo² y se preocupa de que el siervo que le acompañe sea un etíope. Cuando paga una mina³ de plata, procura que sea en dinero nuevo. Es capaz de comprar una escalerilla y hacerle un escudito de bronce al grajo que tiene en su casa domesticado, a fin de que éste suba los peldaños así equipado. En el caso de que sacrifique un buey, clava el testuz en la misma entrada de su casa, después de haberlo adornado con grandes cintas, con la intención de que los visitantes vean que ha sacrificado tal res. Luego de haber participado en una procesión con los cabelleros⁴, le da al esclavo todo el equipo para que lo lleve a casa, pero se pasea por el ágora con el manto y las espuelas puestas. Si se le muere un perrito de Malta⁵, le encarga una sepultura y una estelita, y en ella hace grabar: “Rama, oriun-

do de Malta”. Habiendo ofrecido como exvoto en el santuario de Asclepio⁶ un dedito de bronce, a éste le saca brillo, lo adorna y lo perfuma todos los días. Por supuesto, se las ingenia con sus compañeros de pritanía⁷ para ser él quien anuncie a sus conciudadanos el resultado de los sacrificios. En consecuencia, ataviado con un manto resplandeciente⁸ y una corona se sube a la tribuna y proclama: “Atenienses, los miembros de esta pritanía hemos hecho los sacrificios de las Galaxias en honor de la Madre de los dioses⁹. Los augurios son favorables. Recibid, pues, sus dones.”

Tras esta notificación se marcha a su casa para contarle a su mujer el enorme éxito que ha cosechado.

Se corta¹⁰ el pelo con mucha frecuencia, cuida de que sus dientes estén blancos, se cambia de ropa, aunque se encuentre en buen estado y va muy perfumado. En el ágora frecuenta las mesas de los banqueros y pasa su tiempo únicamente en los gimnasios en los que se entrenan los efebos; en el teatro, cuando hay función, se sienta cerca de los estrategos¹¹.

¹ Literalmente dice: “recostarse”, de acuerdo con la usanza griega.

² Alusión a la ceremonia ritual, que tenía lugar en la festividad de las Apaturias, en virtud de la cual un joven ateniense era inscrito en su fraternidad, al cumplir la edad reglamentaria. Generalmente la cabellera era ofrecida a una divinidad. La elección del dios Apolo y del templo de Delfos evidencia el afán de ostentación de nuestro protagonista.

³ Unidad monetaria que equivale a 100 dracmas.

⁴ Este hecho indica que el protagonista pertenece a esta clase social.

⁵ Raza canina originaria de la isla de *Melitë*, próxima a la costa dálmata que gozaba de mucho aprecio en la Antigüedad. El nombre del animal, de carácter vegetal, refleja unos hábitos onomásticos atestiguados por otras fuentes. Cf. *Infra*, ALCIFR., II 19.

⁶ Recinto sagrado dedicado en Atenas al dios griego de la medicina, hijo de Apolo.

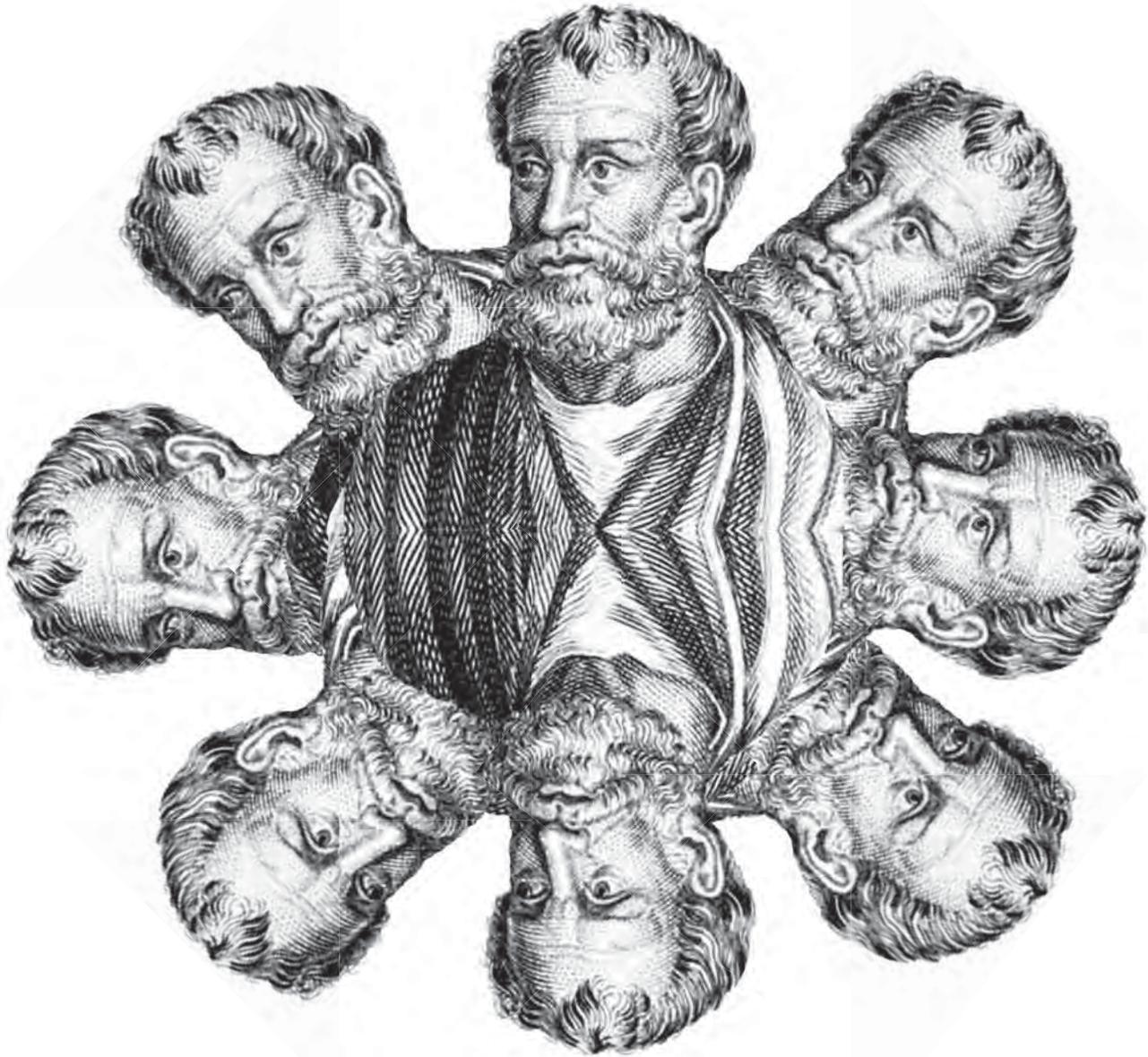
⁷ Los pritanes son los miembros de la comisión permanente del Consejo. En las festividades hacían sacrificios en nombre del pueblo.

⁸ En estas ocasiones tenía que ser blanco.

⁹ En las fiestas en honor a Cibele, se ofrecían unos pasteles hechos a base de leche, de ahí el nombre de “Galaxia”.

¹⁰ El texto que viene a continuación aparece en los manuscritos al final del cap. V. La mayoría de los editores consideran que su emplazamiento aquí es más correcto, en función de su contenido. Por tal motivo hemos respetado ese punto de vista y no hemos seguido el criterio de Steinmetz.

¹¹ Las personas que ostentaban este cargo ocupaban unos puestos preferenciales.



No compra nada para su uso personal, pero sí para sus huéspedes: aceitunas para Bizancio, perros laconios para Cicico y miel de Himeto para Rodas. Luego informa a toda la ciudad de cuánto ha hecho. Es capaz, sin lugar a dudas, de criar un mono y de estar en posesión de un titiro¹², palomas sicilianas, tabas de gacelas¹³, redondas ampollas procedentes de Turios¹⁴, bastones curvados de Lacedemonia, un tapiz que tiene unos persas como dibujo y una pequeña palestra con su pista de arena y su juego de pelota. Va por todas partes ofreciendo a los filósofos, a los sofistas, a los maestros de armas y a los músicos este emplazamiento, para que allí actúen, de forma que él entre tarde en las exhibiciones, cuando ya estén todos acomodados, a fin de que alguien de entre los espectadores comente: “De ése es la palestra.”

¹² Sobre el significado de esta palabra hay disparidad de opiniones. Se barajan las posibilidades de que se trata de una especie de mono, macho cabrío o pájaro exótico. Esta última es la más verosímil.

¹³ Para practicar el juego que lleva su nombre. Cf. ATEN., V 1944.

¹⁴ Ciudad de Italia.

Del origen de la ambición y de la distinción entre rangos

Adam Smith



Como los seres humanos están dispuestos a simpatizar más completamente con nuestra dicha que con nuestro pesar, hacemos ostentación de nuestra riqueza y ocultamos nuestra pobreza. Nada es más humillante que vernos forzados a exponer nuestra miseria a los ojos del público y sentir que, aunque nuestra situación es visible para todo el mundo, nadie se hace una idea ni de la mitad de lo que sufrimos. En realidad, es fundamentalmente en consideración a esos sentimientos de los demás que perseguimos la riqueza y eludimos la pobreza. Porque ¿qué objetivo tienen los afanes y agitaciones de este mundo? ¿Cuál es el fin de la avaricia y la ambición, de la persecución de riquezas, de poder, de preeminencia? ¿Es porque han de satisfacerse las necesidades naturales? El salario del más modesto trabajador alcanzaría. Su retribución le permite conseguir alimento y vestido, el bienestar de una casa y una familia. Si examinamos con rigor su economía, comprobaremos que gasta una parte apreciable de sus ingresos en comodidades que cabría calificar de superfluas, y que en contextos extraordinarios incluso asigna una fracción a la vanidad y la distinción. ¿Cuál es, pues, la causa de nuestra aver-

sión a su posición y por qué aquellos educados en los órdenes más elevados de la vida consideran algo peor que la muerte el ser reducidos a vivir, incluso sin trabajar, en sus mismas sencillas condiciones, el dormir bajo un techo igualmente humilde y el vestir el mismo modesto atuendo? ¿Es que imaginan que su estómago es más sano o su sueño más profundo en un palacio que en una cabaña? Se ha observado a menudo que lo contrario es cierto, y en realidad es tan obvio que aunque no haya sido observado no hay nadie que lo ignore. Y entonces ¿de dónde emerge esa emulación que fluye por todos los rangos personales y qué ventajas pretendemos a través de ese gran objetivo de la vida humana que denominamos el mejorar nuestra propia condición? Todos los beneficios que podamos plantearnos derivar de él son el ser observados, atendidos, considerados con simpatía, complacencia y aprobación. Lo que nos interesa es la vanidad, no el sosiego o el placer. Pero la vanidad siempre se funda en la creencia de que somos objeto de atención y aprobación. El hombre rico se congratula de sus riquezas porque siente que ellas naturalmente le atraen la atención del mundo y que los demás están dispuestos a acompañarlo en todas

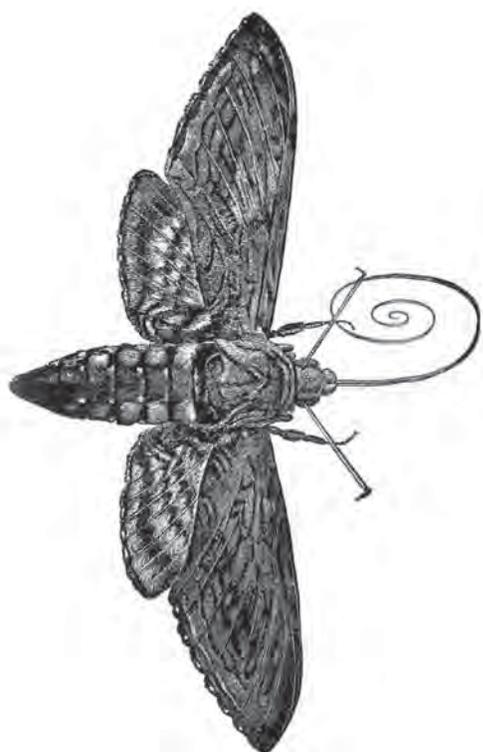


esas emociones agradables que las ventajas de su situación le inspiran con tanta facilidad. Al pensarlo, su corazón se hincha y dilata en su pecho, y aprecia más sus riquezas por tal razón que por todas las demás ventajas que le procuran. El hombre pobre, por el contrario, está avergonzado de su pobreza. Si siente que o bien lo excluye de la atención de la gente, o bien, si le prestan alguna atención, tienen escasa conmiseración ante la miseria y el infortunio que padece. En ambos casos resulta humillado, porque si bien el ser pasado por alto y el ser desaprobado son cosas completamente diferentes, como la oscuridad nos cierra el paso a la luz del honor y la aprobación, el percibir que nadie repara en nosotros necesariamente frustra la esperanza más grata y abate el deseo más ardiente de la naturaleza humana. El pobre va y viene desatendido, y cuando está en el medio de una muchedumbre se halla en la misma oscuridad que cuando se encierra en su propio cuchitril. Las modestas inquietudes y penosos miramientos que ocupan a quienes están en su situación no representan entretenimiento alguno para los alegres y disipados. Apartan sus ojos de él o, si lo extremo de su desgracia los fuerza a mirarlo, sólo es para rechazar de entre ellos un objeto tan desagradable. Los afortunados y orgullosos se asombran ante la insolencia de la ruindad humana, que osa exhibirse ante ellos y pretende perturbar la serenidad de su felicidad con el asqueroso aspecto de su miseria. En cambio, todo el mundo observa al hombre de rango y distinción. Todos anhelan contemplarlo y concebir, al menos mediante la simpatía, ese regocijo y exultación que sus circunstancias naturalmente le inspiran. Su conducta es objeto de público escrutinio. Ni una palabra, ni un



gesto suyo pasa completamente desapercibido. En una poblada reunión es él quien concentra las miradas de todos; sus pasiones parecen expectantes atendiéndolo, para recibir el ímpetu y la orientación que les imprimirá; y si su comportamiento no es absurdo tiene a cada momento una oportunidad para interesar a los demás y para convertirse en el objetivo de observación y simpatía de todos los que le rodean. Esto es lo que, a pesar de las limitaciones que impone, a pesar de la pérdida de libertad que entraña, convierte a la grandeza en objeto de envidia, y compensa, en opinión de los seres humanos, todo esfuerzo, la angustia y las humillaciones que deben superarse en su búsqueda; y también, lo que es aún de mayor importancia, todo el ocio, el sosiego y la despreocupación que se pierden para siempre con su adquisición.

Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial, Madrid, 2016.



De la vanidad de las palabras

Michel Eyquem de Montaigne

Decía un antiguo retórico que su oficio consistía “en abultar las cosas haciendo ver grandes las que son pequeñas”; algo así como un zapatero que acomodara unos zapatos grandes a un pie chico. En Esparta hubieran azotado al tal retórico por profesar un arte tan artificial y embustero. Arquidamo, rey de aquel Estado, oyó con extrañeza grande la respuesta de Tucídides al informarle de quién era más fuerte en la lucha, si Pericles o él: “Eso, dijo el historiador, no es fácil de saber, pues cuando yo le derribo por tierra en la pelea, convence a los que le han visto caer de que no ha habido tal cosa.” Los que disfrazan y adoban a las mujeres son menos dañosos que los retóricos, porque al cabo no es cosa de gran monta dejar de verlas al natural, mientras que aquéllos tienen por oficio engañar no a nuestros ojos, sino a nuestra razón, bastardeando y estropeando la esencia de la verdad. Las repúblicas que se mantuvieron mejor gobernadas, como las de Creta y Lacedemonia, hicieron poco mérito de los oradores. Aristón define cuerdamente la retórica: “Ciencia para persuadir al pueblo.” Sócrates y Platón la llamaban: “Arte de engañar y adular»; los que niegan que esa sea su esencia, corroboránlo luego en sus preceptos. Al prescindir los mahometanos de la instrucción para sus hijos por considerarla inútil, y al reflexionar los atenienses que la influencia de la misma, que era omnímoda en su ciudad, resultaba perniciosa, ordenaron la supresión de la parte principal de la retórica, que es mover los afectos del ánimo: juntamente exordios y peroraciones. Es un instrumento inventado para agitar y manejar las turbas indómitas y los pueblos alborotados, que no se aplica más que a los Estados en-

fermos, como un medicamento; en aquellos en que el vulgo o los ignorantes tuvieron todo el poderío como en Atenas, Rodas y Roma; donde los negocios públicos estuvieron en perpetua tormenta, allí afluyeron los oradores. Muy pocos personajes se ven en esas otras repúblicas que gozaran de gran crédito sin el auxilio de la elocuencia. Pompeyo, César, Craso, Luculo, Lentulo y Metelo, encontraron en ella su supremo apoyo para procurarse la autoridad y grandeza que alcanzaron; más se sirvieron de la palabra que de las armas; lo contrario aconteció en tiempos más florecientes, pues hablando al pueblo L. Volumnio en favor de la elección consular de Q. Fabio y P. Decio, decía: “Ambos son hombres nacidos para la guerra, grandes para la acción; desacertados en la charla oratoria; espíritus verdaderamente consulares por todas sus cualidades; oís que son sutiles, elocuentes y sabios, no son aptos sino para la ciudad, para administrar justicia en calidad de pretores.” La elocuencia floreció más en Roma cuando el estado de los negocios públicos fue peor; cuando la tempestad de las guerras civiles agitaba a la nación: del propio modo un campo que no se ha roturado se cubre de más frondosos matorrales. Parece desprenderse de aquí que los gobiernos que dependen de un monarca han menester menos de la elocuencia que los otros, pues la torpeza y docilidad de la generalidad, impeliéndola a ser manejada y moldeada por el oído al dulce son de aquella música, sin que pueda pesar ni conocer la verdad de las cosas por la fuerza de la razón, no se encuentra fácilmente en un solo hombre, siendo más viable librar al pueblo por el buen gobierno y el buen consejo de la impresión de aquel veneno. Macedonia y Persia no produjeron ningún orador de renombre.

Todo lo que precede me ha sido sugerido por un italiano, con quien acabo de hablar, que sirvió de maestresala al cardenal Caraffa, hasta la muerte del prelado; me ha referido aquél los deberes de su cargo, endilgándome un discurso sobre la ciencia de la bucólica con gravedad y continente magistrales, lo mismo que si me hubiese hablado de alguna grave cuestión teológica; me ha enumerado menudamente la diferencia de apetitos: el que se siente cuando se está en ayunas; el que se experimenta al segundo o tercer plato; los medios que existen para satisfacerlo ligeramente o para despertarlo y aguzarlo; la técnica de sus salsas, primero en general, luego particularizando las cualidades de cada una; los ingredientes que las forman y los efectos que producen en el paladar y en el estómago; la diferencia de verduras conforme a las estaciones del año: cuáles han de servirse calientes y cuáles deben comerse frías, y la manera de presentarlas para que sean más gratas a la vista. Después de este discurso me ha hablado del orden con que deben servirse los platos en la mesa, y sus reflexiones abundaban en puntos de vista muy importantes y elevados

*Nec minimo sano discrimine refert,
quo gestu lepores, et quo gallina secetur*¹

todo ello inflado con palabras magníficas y ricas, las mismas que se emplean cuando se habla del gobierno de un imperio. Tratándose de elocuencia he creído oportuno traer a colación a mi hombre:

*Hoc salsum est, hoc adustum est, hoc lautum est parum
illud recte; iterum sic memento: sedulo
moneo, quae possum, pro mea sapientia.
Postremo, tamquam in speculum, in patinas, Demea,
inspicere jubeo, et moneo, quid facto usus sit.*²

Los griegos mismos alabaron grandemente la dispo-

¹ No es una cosa baladí el modo de componérselas para trinchar una liebre o una gallina. JUVENAL, *Sat.*, v. 123. (N. del T.)

² Eso está muy salado, esto quemado; eso no tiene el gusto bastante fuerte, eso sabe muy bien: acordaos de prepararlo lo mismo en otra ocasión. Los doy los mejores consejos que se me alcanzan, según mis modestas luces. En fin, Demea, los invito a mirarse en la vajilla como en un espejo, y los enseñó todo cuanto de bueno tienen que hacer.

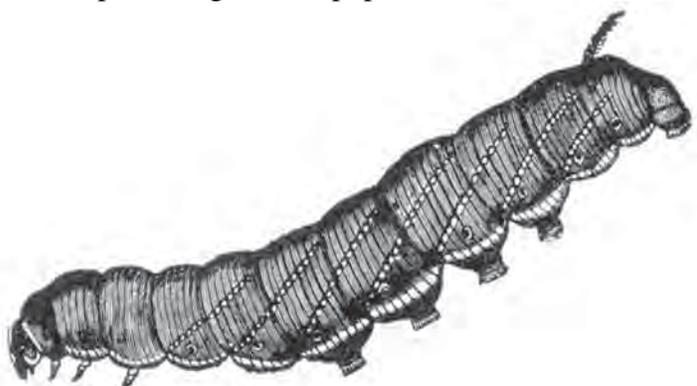
TERENCIO, *Adelfos*, acto iii, v 71. (N. del T.)

sición y el orden que Paulo Emilio observó en un banquete que dio en honor de aquéllos cuando volvieron de Macedonia. Pero no hablo aquí de los efectos; hablo sólo de las palabras.

Yo no sé si a los demás les sucede lo que a mí; yo no puedo precaverme, cuando oigo a nuestros arquitectos inflarse con esos majestuosos términos de pilastras, arquivadas, cornisas, orden corintio o dórico y otros análogos de su jerga, mi imaginación va derecha al palacio de Apolidón, y luego veo que todo ello no son más que las mezquinas piezas de la puerta de mi cocina.

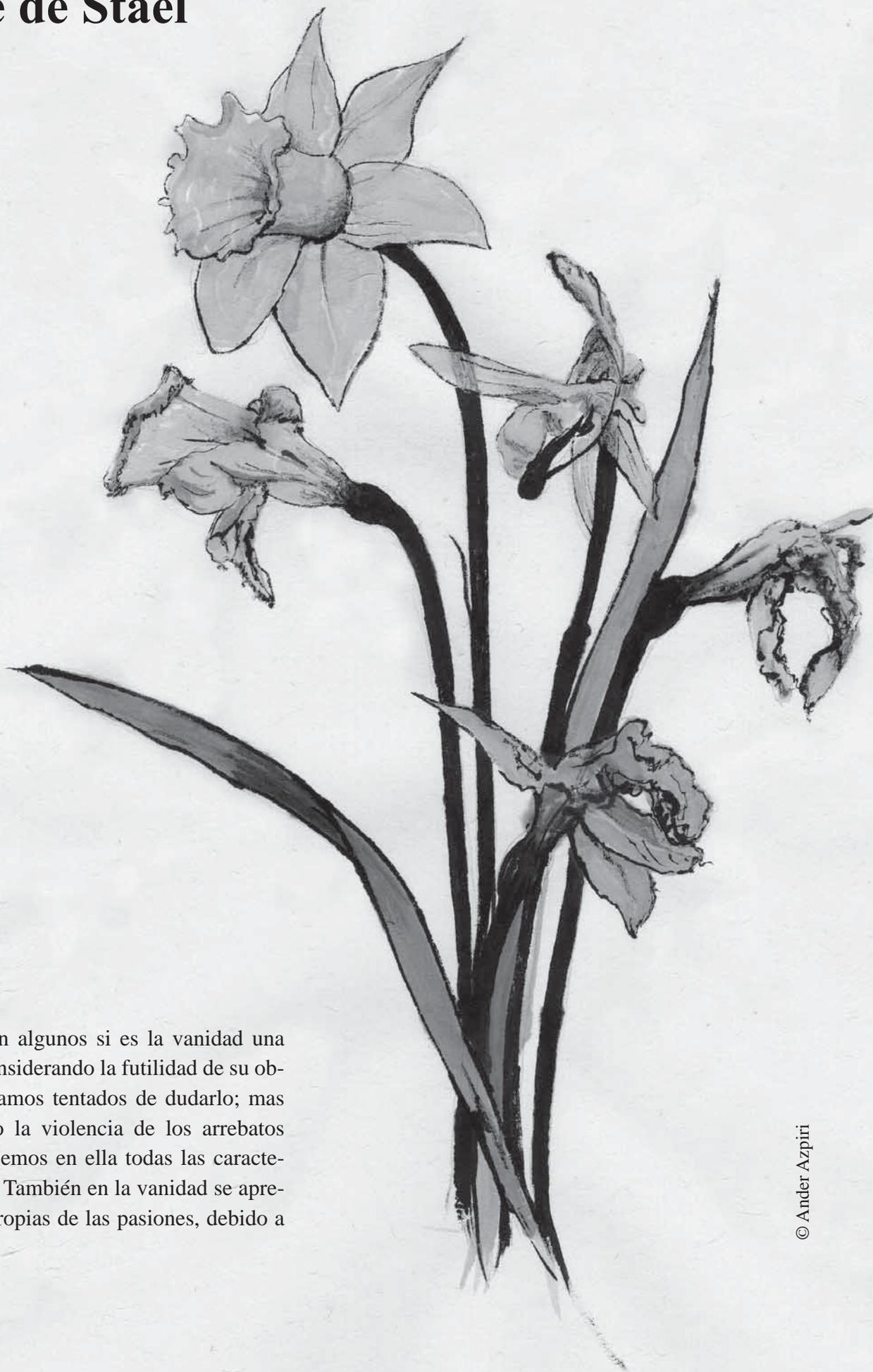
Al oír pronunciar los nombres de metonimia, metáfora, alegoría y otros semejantes de la retórica, ¿no parece que quiere significarse alguna forma de lenguaje rara y peregrina? pues en el fondo todo ello no son más que palabras con las cuales se califica la forma del discurso que vuestra criada emplea en su sencilla charla.

Artificio análogo a éste es el distinguir los empleos de nuestro estado con nombres soberbios sacados de los romanos, aunque no tengan con los antiguos ninguna semejanza, y todavía menos autoridad y poderío. También constituye otro engaño, de que algún día se hará justo cargo a nuestro siglo, el aplicar indignamente, a quien mejor se nos antoja, los sobrenombres más gloriosos, que la antigüedad no concedió sino a uno o dos personajes en cada siglo. Platón llevó el dictado de divino por universal consentimiento, y nadie ha intentado disputárselo. Los italianos que se vanaglorian, con motivo, de tener el espíritu más despierto y la razón más sana que las demás naciones de su tiempo, acaban de gratificar al Aretino con el mismo sobrenombre que a Platón acompaña. Ese escritor, salvo una forma hinchada, en la que sin duda abundan los rasgos ingeniosos, pero que tienen mucho de artificiales y rebuscados, y alguna elocuencia, no veo que sobrepase en nada a los demás autores de su tiempo; ¡le falta tanto para alcanzar aquella divinidad antigua! El calificativo de grandes se lo colgamos a príncipes que en nada sobrepasan la grandeza popular.



De la vanidad

Madame de Staël



Se preguntan algunos si es la vanidad una pasión. Considerando la futilidad de su objeto, estaríamos tentados de dudarlo; mas observando la violencia de los arrebatos que inspira, reconocemos en ella todas las características de la pasión. También en la vanidad se aprecian las desdichas propias de las pasiones, debido a

la dependencia servil de nuestro entorno a la que nos lleva este sentimiento. Así como el amor por la gloria se nutre de lo que la naturaleza humana posee de más elevado, y la ambición se funda en lo que tienen de más material las relaciones entre las personas, la vanidad, por su parte, está vinculada a lo que no posee ningún valor real, ni en uno mismo ni en los demás, a ventajas que no son sino aparentes, a efímeros efectos. Y es que la vanidad vive de los desechos de esas otras dos pasiones, aunque en ocasiones se une al poder que ellas ejercen sobre la persona: es la verdadera fuerza o debilidad del hombre lo que le lleva a sus extremos, mas con mucha más frecuencia es la vanidad la que lo domina, especialmente en aquellos caracteres que tienden a experimentarla. Los sinsabores de esta pasión son apenas conocidos, porque aquellos que las experimentan las mantienen en secreto: todo el mundo coincide en despreciar la vanidad, nadie confiesa nunca las cicatrices y los miedos de este sentimiento.

Uno de los primeros padecimientos de la vanidad consiste en que es en ella misma donde radican tanto las causas de sus desgracias como la necesidad de esconderlas. La vanidad se nutre de éxitos demasiado fútiles como para que exista alguna dignidad en sus reveses. La gloria y la ambición se nombran, mas la vanidad reina en ocasiones a espaldas del propio carácter que gobierna; su poder nunca es reconocido públicamente por aquel que se somete a ella. El vanidoso aspira a que su valía sea considerada por encima de los éxitos que ha obtenido, y también por

encima de los que no ha alcanzado. Mas el público desprecia sus deseos y al comprender la razón de sus empeños, devalúa sus logros haciendo que sus fracasos resulten más amargos. En la vanidad, la importancia del objeto al que se aspira no guarda proporción con el dolor que genera su privación: es la violencia con que se ha deseado, y, sobre todo, el juicio que los demás se han formado de nuestros actos para conseguirlo, lo que marca la medida del dolor. Lo que caracteriza el sufrimiento de la vanidad es que comprendemos más por lo demás que por nuestros propios sentimientos el grado de tristeza que hemos de experimentar: cuanto más afligido nos creen los otros, más razones encontramos para estarlo. Ninguna pasión hace pensar tanto en uno mismo y, sin embargo, no hay ninguna otra que beba menos de los impulsos personales: toda su fuerza procede del exterior. Es un sentimiento que se debe no sólo a la congregación de los hombres en sociedad, sino también a un grado de civilización que no es conocido en todos los países, de ahí que sus efectos sean difíciles de concebir por un pueblo de instituciones y usos sencillos. La naturaleza ahuyenta los arrebatos de la vanidad, hasta el punto de que no podemos comprender cómo un sufrimiento tan real nace de unos estímulos tan superfluos.

De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de las naciones: Reflexiones sobre el suicidio, Madame de Staël, Editorial Berenice, Córdoba, 2007.

Metafísica de la vanidad

Mario Andrea Rigoni

La historia de la vanidad es la historia del mundo. ¿La creación misma no fue, en toda la extensión y en todos los sentidos de la palabra, un acto de suprema, insondable vanidad? Dios no podía crear el mundo sino fuera de sí y el mundo no puede existir sino fuera de él: si por lo tanto el mundo no es y no será nunca Dios, es y será siempre vano. ¿Cómo podría existir el universo, o incluso la más mínima cosa, sino en el vacío de Dios? ¿Cómo podría vivir mi gato y cómo podría yo ser diferente de él y verlo encaramarse sobre el tronco del arce de mi jardín, sino en la lejanía de Dios? Si Dios estuviera verdaderamente aquí, si nosotros estuviéramos en su seno y él en el nuestro, no habría otra cosa que él, pues el finito se desvanece en el infinito de la misma manera en que una hoja seca desaparece en el fuego. Tan sólo en la separación halla su lugar el juego del mundo y del conocimiento; pero, precisamente por esto, también está eternamente consagrado a lo inexplicable. Las *Odas de Salomón* dicen que no se pueden interpretar las maravillas de la creación, porque el que supiera interpretarlas, fallecería: quedaría sólo lo interpretado. Nosotros estamos condenados, por naturaleza, a lo ignoto, a lo falso y a lo vano. ¿Pero Dios no es igualmente incomprendible, dado que, en lugar de

reposar en la eterna e inmutable contemplación de su propia identidad, ha querido, cansado de su quieta y solitaria existencia, salir de sí, comprometerse con el otro de sí, en una obra que no podía no ser a la vez hermosa y funesta, fábrica de maravillas destinadas al polvo y a las cenizas? Sacrificando el sosiego perfecto del ser al desbarajuste del devenir, la certeza de lo idéntico a la aventura de lo diferente, la inmovilidad de lo eterno al desbordar de los días, Dios imprimió en el mundo la marca candente de la vanidad, que es a la vez nacimiento y muerte, creación y destrucción, encantamiento y locura, risa y tragedia, belleza y horror. Cediendo a la tentación de *individualizarse*, él transmitió también al universo la fiebre de la vanidad: ¿el mismo Adán no fue vano, antes que soberbio, cuando en el Edén eligió el árbol del conocimiento en lugar del árbol de la vida, creyendo alzarse hasta lo divino? ¿Qué es, finalmente, la vanidad sino la necesidad de separarse y distinguirse, principio y ley, a la vez fatales y vacuos, de cada manifestación? ¿Deseo de reconocimiento y de inmortalidad ínsito como un veneno vital en la materia anónima, en la carne efímera? Pero forma parte del mismo orden de cosas el hecho de que este impulso no se pueda ejercer sino perjudicando a los otros y creando ese infierno en el que se enardecen hasta la masacre las ambiciones individuales y colectivas, disfrazadas bajo mil pretextos.

La vanidad de los sujetos, individuos o grupos, que permite interpretar toda la tragedia de la sociedad y de la historia, es ciertamente una detestable perversión, Pero, ¿cómo negar que ésta tenga su pri-



mer fundamento y su última explicación en la vanidad metafísica? ¿En nuestro irreprimible deseo de *ser* o, en otras palabras, de *no morir*? Veneramos unas naderías precisamente porque no somos nada: el paso de lo fatal a lo frívolo y a lo fúnebre es mucho más breve de lo que se pueda imaginar. La vanidad domina cada momento, cada proyecto, cada gesto, cada acción humana, desde la elección de la corbata hasta el genocidio, desde el desfile de moda hasta el conflicto armado. Nadie está del todo exento de ella: incluso la aparente ausencia de vanidad, incluso la modestia, la renuncia, la caridad o el sacrificio esconden casi siempre una forma más refinada y sutil de vanidad, habilísima a la hora de disfrazar sus intenciones, dado que no es, en el fondo, sino una irradiación del amor propio, de ese principio de conservación y de afirmación de sí que constituye el fundamento del individuo, sin el cual ni siquiera podríamos respirar. La vanidad es la fuente impura e inagotable de la vida, de la sociedad y de la historia, esa nada que, generándolo y contaminándolo todo, hace que no sea completamente vano consagrarse a la vanidad.

Afirmando que es absurdo pensar que Dios (o su Hijo) pueda bajar entre los hombres, el pagano Celso, en su *Discurso verdadero*, reprocha a los cristianos el hecho de atribuir a Dios, a través de la encarnación, “una vanidad muy grande y muy humana”: se pregunta, en efecto, si “Dios, siendo ignorado en el mundo y sintiéndose, por lo tanto, menospreciado, desearía hacerse conocer y poner a prueba a quien cree en él y a quien no, como suelen hacerlo los nuevos ricos, tan deseosos de alardear”.

En la metafísica, aún más que en cualquier otro ámbito, los extremos se tocan, e incluso coinciden. Ya desde los tiempos antiguos, la más alta forma de conocimiento, la teología mística, establece una sorprendente correspondencia entre Dios y la nada: ambos son increados, incorpóreos, eternos, inaprensibles; y contienen en sí todas las cosas...

Un pensador de nuestro tiempo llegó a decir que “la nada, en conclusión, no es sino una versión *más pura* de Dios”.

En las *Confesiones*, San Agustín afirma que no tiene sentido preguntarse por lo que hacía Dios antes de crear el cielo y la tierra, pues el tiempo nació junto con el mundo: “no se puede hablar de tiempo,

cuando el tiempo no existía”. Sin embargo, él crea todas las cosas desde la nada: así pues, no es menos lógico observar que la nada *precede* a las cosas. En efecto, un poeta del siglo XVII, Giacomo Lubrano, contestaba a la misma pregunta diciendo que Dios “en los años de la eternidad le daba conversación a la nada”.

En la reflexión barroca, la nada acompaña al creador como una sombra que en la escena cósmica representa una especie de comprimaria, tan antigua, necesaria y poderosa como él.

A pesar de todos los antecedentes, clásicos, bíblicos y cristianos, quizás uno no esperaría que un devoto y ptolemaico literato jesuita del siglo XVII como el padre Emanuele Tesaurò empujara “su metafísica de la nada” hasta una meditación como ésta, no menos precisa y radical que tantas elucubraciones de la moderna filosofía existencialista: “La vida, aunque deleitosa y beata, pende del hilo de un accidente imprevisto; mejor dicho, la vida no es, porque el pasado ya está muerto; el futuro aún no vive; el presente es un momento, antes huido que conocido; así que la vida no es otra cosa que una perpetua pérdida de la vida, y un posterior *Non sum*”.

Ninguna época, en sus expresiones y en sus emblemas, ha encarnado mejor que el Barroco la obsesión de las dos vanidades que gobiernan el mundo: la profusión y la inconsistencia, la retórica y el vacío, la apoteosis y el despojo, el teatro y la anatomía, la joya y la calavera, el fasto y el polvo...

No sé quién, antes de los tiempos modernos, se atreviera a denigrar la esperanza, la más vital de todas las ilusiones terrenales: pero lo hizo una clarividente y heroica monja mexicana del siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz, que en sus poemas la define como “loca” y “homicida”, “diuturna enfermedad” y “verde embeleso de la vida humana”.

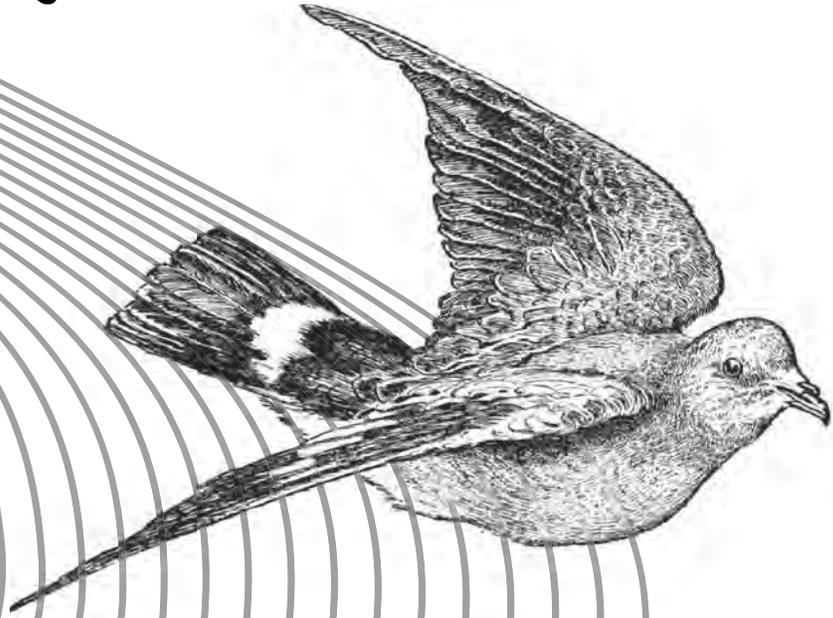
La poesía y, más aún, la vida de Juana Inés, rozan lo extremo, tanto en la intransigencia como en la renuncia, tanto en la reivindicación como en el sacrificio de sí misma. Su lúcida razón es como una lava enfriada: quizá no sea insignificante el hecho de que naciera entre dos volcanes.

Traducción de Fabrizio Cossalter

Mario Andrea Rigoni, *Vanidad*, Ai Triani, Editores, México, 2017.

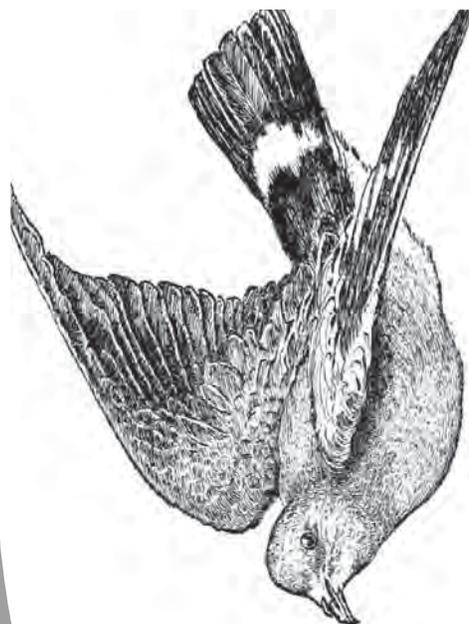
Vanidad

Darío Jaramillo



Escribo antes de mirar el diccionario, deliberadamente lo hago para privilegiar el sentido que tiene para mí y para inducir asociaciones y recuerdos. Mi último contacto con la palabra “vanidad” proviene de un cuento que me contó ayer Manuel Borrás: en una conversación reciente entre varios amigos se hablaba de Mario Míguez, un excelente y poco conocido poeta español que murió el pasado 13 de diciembre. Alguien dijo que Míguez era vanidoso. Entonces intervino el poeta Luis Antonio de Villena y aclaró que Míguez no era vanidoso sino orgulloso, que es distinto. Como quien dice que Míguez tenía de qué creerse. Así pues, en un sentido moral, la vanidad implica vacío, señala que no hay nada por dentro.

Cuando yo era niño, con la ayuda de un martillo o de una piedra rompíamos la coraza de corozo chontaduro, una diminuta almendra que se daba en lo solares de mi pueblo. Pero, a veces, no había almendra adentro, sólo vacío. Entonces decíamos que la fruta salió vana. Corozo vanidoso. Quedamos entonces en que la vanidad es el reino de la apariencia que disimula el vacío.





Feliz Vanidad

Antonio Rivero Taravillo

El ser humano puede blasonar de virtudes y también lamentarse de defectos. Sobrados motivos tiene para ambas cosas. Paradójicamente, ambos extremos se unen cuando el alardear de logros, bondades, fortalezas se vuelve excesivo; cosa en la que se incurre fácilmente y se convierte, antípoda de cualidad, en lacra. De este modo, la vanidad es el defecto de creerse con demasiada fe en uno mismo, en la posesión de una virtud. Además, en la palabra vanidad está, soldada al engreimiento, la futilidad de éste, su carácter fatuo, aquello que encierra la frase bíblica *vanitas vanitatum*, vanidad de vanidades, consignada en el Eclesiastés. Está bien que una vanidad sea el envés de la otra, porque lo ufano es, a la postre, vano. En el mundo de la literatura la vanidad brota exuberante y lozana con un verdor que poseen también las malas hierbas.

Muchas veces un escritor necesita del orgullo como acicate, como combustible de ese tesón testarudo que lo hace esforzarse en tallar un fantasma, que no es otra cosa la creación. Pero ese estímulo deviene vanidad en muchos casos, y esto pierde al autor, que queda como narcisista, pagado de sí mismo (como anoté una vez: el pagado de sí mismo recibe un cheque sin fondos). Los escritores poseen un ego muy marcado que es el que les mueve; el problema es cuando se convierte en egotismo o como en eso

que señalaba Baroja a propósito de la juventud: egolatría. Un poeta que murió joven y que fue consciente como ninguno de la impersonalidad del poeta, de que éste es alguien que, como el camaleón, se mimetiza con sus temas, con lo observado, con el mundo exterior, fue John Keats. El autor de la “Oda a un rui-señor” dijo en cierta ocasión, de manera privada que ahora es pública, “*I know that I shall be among the English poets after my death*”. Esa certeza de pasar a la posteridad no puede calificarse de vanidosa, sino de fría comprensión de su valor, de su singularidad.

Shakespeare, que tuvo también esa seguridad cuando se expresó en primera persona en los *Sonetos*, empleó la palabra *vanity* en todas las acepciones que hoy reconocemos en ella. Recientemente he tenido la oportunidad de traducir un ensayo de Harold Bloom en el que el crítico y profesor emérito de Yale estudia el concepto de vanidad en las obras del Bardo sobre Enrique IV y Enrique V, que recibe el apelativo cariñoso de Hal. Allí, Bloom observa que la “vanidad” o “futilidad” es una conflagración perpetuamente dispuesta a estallar en las fricciones que hay entre Falstaff y Hal, y recuerda, tirando de su origen judío y de etimología, que “vanidad” es una traducción errónea de la palabra hebrea *hevel*, que es un mero “vapor”, un “aliento” y así, finalmente, nada. Como en el verso final del célebre soneto de Góngora: “En tierra, en humo, en polvo, en nada.”

Acercas del endiosamiento de los poetas, las extremeñas Ediciones Liliputienses, esa iniciativa de José María Cumbreño tan pendiente de la poesía hispanoamericana, publicó con buen humor hace pocos años la muestra *Diva de mierda*, donde se incluían más de setenta poetas con selección y prólogo de Fabio Betancour (el título fue propuesto por el poeta mexicano residente en España Luis Arturo Guichard). Varios decenios antes, Juan Ramón Jiménez propuso la creación de una revista que, primando los textos sobre sus autores, publicara las colaboraciones de manera anónima. Era su forma de poner en solfa el afán de protagonismo de los poetas de la Generación del 27, que tanto le debían a él y tanto deseaban eclipsarlo. Andando el tiempo, esa idea fue retomada por la editorial Pre-Textos en 2005, que sacó tres números de la misma. En vano se buscará en sus sumarios quién escribe en cada uno de ellos.

El asunto de la vanidad fue el que prestó su tema al libro cuajado de anécdotas sobre el mundo editorial de Juan Cruz: *Egos revueltos*. Años antes, Juan Bonilla había publicado un volumen de cuentos y artículos titulado *El arte del yo-yo*, donde jugaba con el nombre del sencillo juguete, el yoyó, y con la obsesión yoística.

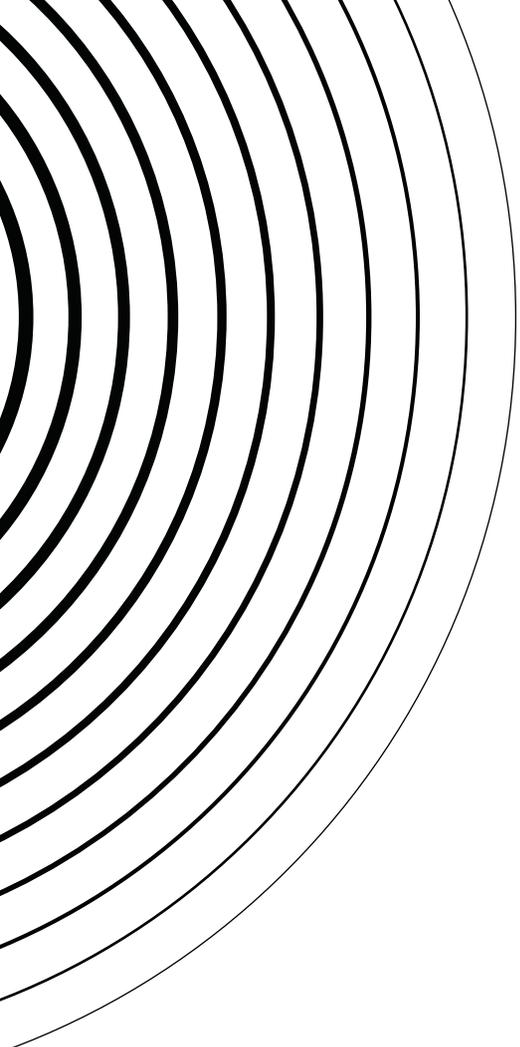
Ezra Pound, que tenía una personalidad muy marcada y no sin motivo orgullosa desde sus tiempos de estudiante, pero rayana a menudo en la arrogancia,

dedicó uno de sus poemas a la vanidad. Se trata del “Canto LXXXI”. Allí escribe: “Humilla tu vanidad / Eres un can golpeado bajo el granizo, / Urraca hinchada al veleidoso sol, / Medio negra, medio blanca / Y ni siquiera distingues el ala de la cola” (la traducción no es mía sino de José Vázquez Amaral, que sería vanidad hacerla pasar por propia aunque quizá parezca vanidoso, nadie está libre de ello, recordar que sí traduje una amplia antología del Pound anterior a los *Cantos*).

Montaigne dedicó uno de sus ensayos a la vanidad, y lo hizo con espíritu autocrítico, como cuando escribió que “Las leyes deberían ejercer alguna coerción contra los escritores inútiles e ineptos, igual que la hay contra los vagabundos y holgazanes. Se los desterraría de las manos de nuestro pueblo, a mí con ellos y a otros cien.” No coinciden con el señor “de la Montaña” muchos de los que usan las redes sociales para pregonar su mercancía escrita, siempre ávidos de un “me gusta” hasta grados enfermizos o poniendo junto a su nombre la prótesis vanidosa y rara vez merecida de “escritor”: Fulano Escritor, Mengano Escritor, Zutano Escritor. Huelga decir que cuanto más se pregonan menos calidad adorna al vanidoso. Los susodichos no han leído seguramente la opinión de Pascal al respecto: “¿Quieres que la gente hable bien de ti? No hables de ti mismo.”







En el fondo de sus ojos

Nicolás Alvarado

Los ojos son lo primero que ve de ella, y lo primero que no ve. Porque, aunque la cámara los encuadra a casi exclusión de todo lo demás —apenas compite por su atención la boca, acorazonada pero acorazada, desplegada en sonrisa a un tiempo exultante y desdeñosa, toda felicidad (aunque sólo de sí misma)—, su talante de carboncillos chisporroteantes es cosa que apenas es posible adivinar tras la barrera, diáfana pero impenetrable, de un antifaz de encaje. Esos ojos velados, escurridizos, inasibles, danzarán a lo largo de una primera secuencia que es sesión de deliciosa tortura, suplicio de Tántalo, puesta en acto del deseo frustrado ante lo que se sabe inasible. Aparecerán y desaparecerán, su reflejo vital ora develado, ora obstruido por globos, por lluvias de serpentinatas, por máscaras grotescas, por el encaje de aquel antifaz, por la trama —más densa, más tensa— de una mantilla bordada de lunares que fingen realce sólo para opacar.

Es carnaval, cierto, pero la locura no se antoja pasajera. No cuando esos ojos —ya desnudos, pero siempre esquivos— se ven coronados por unas cejas que parecen emprender el vuelo, por un rizo suelto que es todo menos rebelde, por peinetas y mantillas y perlas que forman composiciones perfectas a ma-

yor gloria de los pómulos que sirven de hierático andamiaje de ese rostro hermoso e inalcanzable, enamorado, perdido de sí mismo. “Vine a ver si estabas muerto”, profieren aquellos labios con los que busca en vano una unión eterna. “Si me hubieras amado lo bastante, anoche te habrías matado.”

La sentencia altanera es preludio de la definitiva, pronunciada ante la inminencia del duelo que libran dos pretendientes que contienden por esos ojos: “Siempre has confundido tu vanidad con amor”. Y él cae en la trampa, y dispara al aire, dizque para salvar la vida del amante de su amada, pero, en realidad, para salvar su propia vanidad. Porque lo que ama él en esos ojos no son los ojos mismos sino su reflejo en ellos, el dibujo favorecedor que de él podría hacer esa mirada, a sí mismo disfrazado de héroe, pero devenido Narciso.

Ella —tan reluciente y tan impenetrable—, sus ojos —tan evanescentes y tan deseables— no son a fin de cuentas sino espejo. En esta historia de amor, sujeto y objeto se confunden porque en realidad son uno mismo, porque hay un sentimiento que todo lo conquista, sí, y es la vanidad. (Si me pierdo en tus ojos, amor mío, es porque me resulta irresistible lo que atisbo en su fondo, que es la versión idealizada de mí mismo).



La canción de la vanidad

Fernando Rivera Calderón

“**E**l dinero no es la vida, es tan sólo vanidad”, cantaba Emilio Tuero en un México que se quedó tatuado en el blanco y negro. Antes de que se hablara de desigualdad social, la pugna entre ricos y pobres que retratará Ismael Rodríguez en su legendaria trilogía, parecía un asunto de mera vanidad.

Eran el dinero, los lujos y el poder signos evidentes de esa codiciada sensación de separarse del resto y sentirse “especiales”, como “don Gastón Billetes”, legendario personaje de Abel Quezada, pero también la belleza física de la mujer altiva que castigaba con su desdén al macho herido: “La sinceridad de tu espejo fiel puso vanidad en ti”, escribió José Antonio Zorrilla sobre la música de Luis Arcaraz en “Bonita”, magistralmente interpretada por Tin Tán.

A principios de los sesenta, sobre la misma temática, pero con otra prosa, los Teen Tops cantaban una versión al español de “High Class Baby”, de Cliff Richard:

“Nos vemos presumida, no te puedo aguantar,
esas puntadas tuyas no las puedo pasar,
tú sin caviar y sin faisán no vives feliz,
mientras yo sólo quiero bailar rock and roll”.

Décadas después, La Banda Machos le hizo una canción a un personaje similar, aunque con una prosa radicalmente diferente:

“¿Qué es lo que quiere la nena?
¿Qué va a pedir la princesa?
¿Qué se le antoja a la reina?
¿Qué quiere la niña fresa?”

José Alfredo logró en su clásica “El Rey” llevar la vanidad a los límites de la locura. Un hombre que asegura ser el Rey y al mismo tiempo reconoce que está afuera, que su amor no lo quiere, que no tiene dinero, pero se consuela pensando que cuando se muera alguien va a llorar... *llorar y llorar*. Juan Gabriel, por su parte, llevando el tema de la vanidad dolida al triángulo amoroso, puso en boca de Lupita D’Alessio esa máxima de: “Dile a esa que hoy te ama, que para amarte nada más; para eso a ella le falta, lo que yo tengo de más”.

La vanidad en la canción parecía estar condenada a ser por siempre un objeto de reclamación o de autoindulgencia, hasta que los compositores Juan Carlos Abara (conocido también por encarnar a El Duende Bubulín) y Juan Alfonso Ossandón crearon un verdadero himno a la soberbia que se convirtió en el máximo éxito musical de Los Polivoces: “El modesto”, que luego se convirtió en “El modesto Gordolfo Gelatino”.

“Cuando era niño yo tuve una sorpresa al descubrir que en mí todo era belleza, no me resigno a que toda mi hermosura dentro de un tiempo se vaya a la basura.

Soy tan hermoso, ya lo ven,
soy tan precioso, yo lo sé,
soy primoroso, bello, lindo, soy gracioso,
soy exquisito, yo lo sé,
soy tan bonito, miren bien,
y soy muy fino, soy Gordolfo Gelatino”.

“El modesto” se sigue cantando a casi medio siglo de haber nacido y no deja de ser un referente del perfil clásico del político, empresario o *mirrey* que anda por ahí haciéndose pasar por algo que no es. La interpretación de Gordolfo (Eduardo Manzano) y su “cabecita blanca” (Enrique Cuenca) es uno de los grandes momentos del humorismo nacional.

Hay una canción más o menos reciente que tiene mucho de “El modesto” y es del grupo uruguayo El Cuarteto de Nos, con la salvedad de que en la letra nos encontramos a un personaje que más que querer “apantallar” a los demás, nos muestra que su ego ha logrado la autosuficiencia absoluta, en una especie de amor propio exacerbado.

“Tengo tantas chicas hermosas y ricas,
pero ninguna es digna de mí.
Por eso no ando dejando corazones rotos:
me masturbo mirando mi foto...”

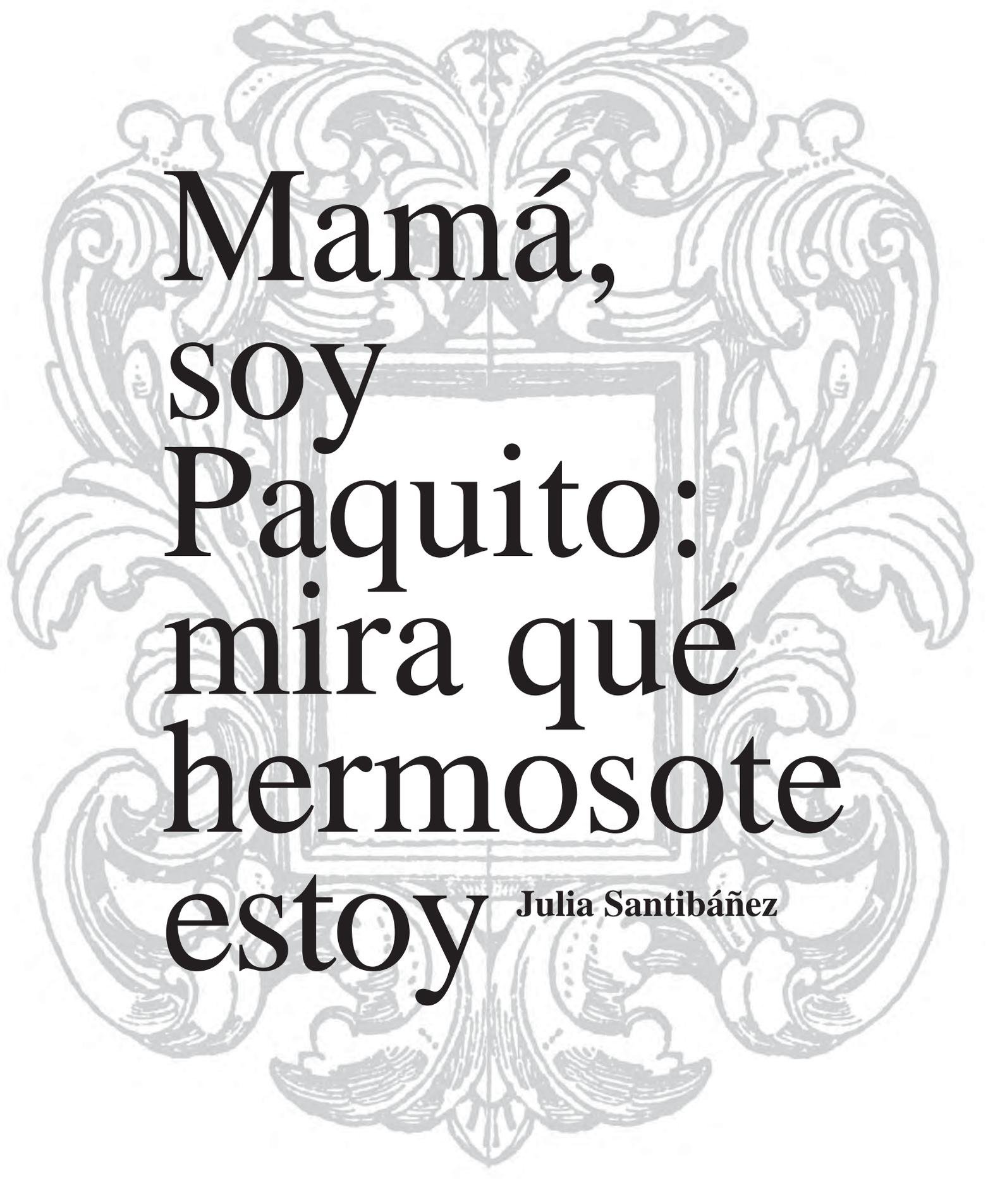
... Me amo, como la tierra al sol.
Me amo, como Narciso soy.
Me amo, dibujé un corazón
que dice: yo y yo. Me amo”.

He intentado hacer un breve recorrido por la vanidad en la canción, sin pasar ni de chiste por la vanidad de los compositores de las mismas, que puede llegar a ser insondable, ni por la lírica del hip hop que recurre a la megalomanía como autodefensa. Termino con un fragmento de una pieza de Los Razos que

ejemplifica la manera en que el narcocorrido ha llevado la temática a niveles insuperables.

“Soy el chingón de chingones y a mí me la Pérez Prado, esos que dicen ser reatas aquí me los he aplastado, si no fuera por mis huevos, no andarían alivianados”.





**Mamá,
soy
Paquito:
mira qué
hermosote
estoy**

Julia Santibáñez

Nadie es realmente vanidoso para el espejo. La vanagloria precisa miradas ajenas, que avalen la arrogancia. Aún más, aspira a catervas de espectadores ávidos de justificar que el orgullo es comedido: mereceríamos mayor alabanza, nada es suficiente. Si lo sabremos los mexicanos, entrenados en los afanes del *autoapapacho* emocional.

En los setenta, desde la TV un treintón, Gordolfo Gelatino, cantaba para doña Naborita: “Soy tan hermoso, ya lo ven, soy tan precioso, yo lo sé, soy primoroso, bello, lindo, soy gracioso”. Con palmaditas, la interlocutora celebraba su obra maestra, su edición de lujo. Y estando de vacaciones, al ver a la criatura en traje de baño, la anciana gritaba: “¡Ay, asesino! ¿Cómo vas a salir así? ¡Qué hermosote estás!”. Él premiaba la devoción haciendo para ella ojitos de pronóstico reservado.

Pocos instantes más fundacionales de la cosmogonía nacional: para constituirse como hombre, un *ídem* reclama la valoración materna, mientras una mujer no puede serlo a plenitud sin un *hijazo* al cual plancharle la camisa. Sólo así pueden ambos cimentar reciamente la autoestima para que ésta no desfallezca de cara a la realidad: en el ventajoso juego de inmodestias *d’ida* y vuelta, hijo y madre se privilegian a ojos del otro. Mauricio Garcés, el Zorro Plateado que era un conocido *hijo de mamá*, ya había afirmado “ser hermoso”, mientras acompañaba la aseveración con esta fina pieza de oratoria: “Yo no soy vanidoso. Y bien sabe Dios que me sobran motivos para serlo”.

Ya en los ochenta, Paco Stanley gorgoriteó: “Qué lindo soy, qué bonito soy, cómo me quiero, sin mí me muero”. Cuántos aplausos habrá concitado en doña

Stanley, la misma que inspiró en su *Apolo* discos de recitación que aún suenan el 10 de mayo: el comediante grabó a fuego en el inconsciente mexicano la impronta de su aparatoso “Poema a la madre”, donde confiesa que quiso hacer versos para su cabecita blanca, sin éxito. “Y es que a una madre, a una madre, yo pienso, ¿qué se le puede escribir? Sólo se puede decir en la ternura, en la ternura de un beso”.

A Octavio Paz se le pasó mencionar en su *Laberinto de la soledad* cuánto primor se agazapa en el binomio rocambolesco crío-progenitora. ¿Desde cuándo hundirá en él sus raíces nuestra vanidad preciosa? Dejo esta perla curiosa, como al pasar: huérfano de padre, a los 10 años José Alfredo Jiménez viajó a la capital para vivir con su tía Cuca, mientras la mamá se quedaba en Guanajuato con los demás niños. Cuca fue su segunda madre. Faltaba más: el Rey se dio el lujo de dos mamás, para idolatrar en estéreo y ser idolatrado de *retache*. Para seguir “siendo el Rey”, *nomatterwhat*. Acaso la frase *josealfrediana* sea el tronco del que han brotado las ramas de nuestra identidad ufana e ingenua a partes iguales: no importa el dictamen ajeno, sólo aquilatamos la opinión materna y viceversa.

Los roles asignados por nuestro sino popular no dejan opción. En toda mexicana vive una doña Naborita que le espanta las moscas a su *bibelot* y, complementariamente, en todo mexicano habita un Gordolfo que se sabe el irrefutable *cachito* de ella. Y aún cito otro momento épico de la educación emocional patria: el del niño que al pie de una tumba no renuncia a la aprobación *progenitoril*. Murmura “Mamá, soy Paquito”, y deja entre líneas “mira qué hermosote estoy”. Bendita vanidad nuestra, tan elocuente.

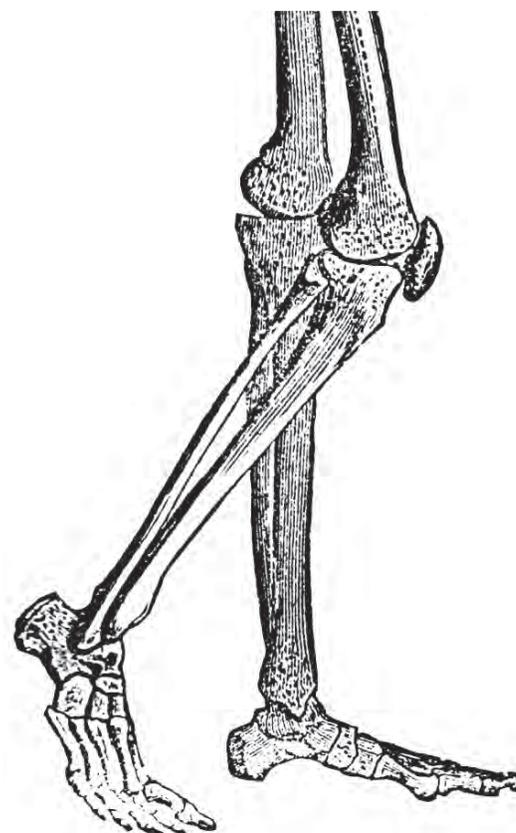
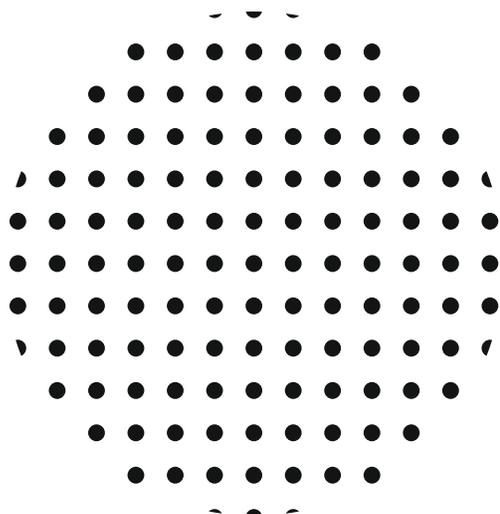
De la

No existe mayor acto de vanidad que seguir vivos. Una vez que hemos descubierto a grandes rasgos en qué consiste la vida, tenemos argumentos suficientes (¿urgentes?) para no continuar la farsa. El suicidio sería la medida decorosa frente al hecho indigno de haber venido a presenciar, día con día, nuestra progresiva desintegración. Somos el ejemplo mismo del derrumbe, como una figura de arena que a cada instante se va desmoronando. Lo sensato sería terminar de tajo, ser dueños de ese instante magnífico en que todo se consume por voluntad propia.

Pero la vanidad nos hace permanecer, incólumes, haciendo de la tragedia un espectáculo de autocomplacencia. Los individuos creemos que nuestros actos y nuestros pensamientos tendrán algún efecto en

un entorno que nos devora, así como el mar se impone a un caracol merodeando el acantilado. No obstante, inventamos un orgullo para salir y ponernos de pie, y mostrar un rostro opulento en el escenario de la devastación. Jugamos a ser pequeños dioses de nosotros mismos, sin advertir que la vida es una contingencia tan grande que es inaprehensible.

La idea del libre albedrío debería estar antecedida por un epígrafe: “Haz lo que puedas mientras algo intercede entre tú y tus deseos”. Es decir, la satisfacción o la plenitud es un hecho imposible en seres diseñados para su exterminio. Quien desea vivir es invadido por una enfermedad fulminante; quien desea algo para sí o para otros, es aplastado por contextos de toda índole.





Somos el caracol bajo una marea violenta y el caparazón que nos protege es demasiado endeble. Y si la estructura más consistente de la realidad es la constante transformación de todas las cosas, la migración entre la vida y la muerte es tan frágil como la membrana que divide el atardecer de la más espesa oscuridad.

Anular todo deseo equivaldría al resguardo anticipado y ahí tendríamos una oportunidad de maniobra. El impulso de autoaniquilamiento sería el acto supremo de reivindicación verdadera. Pero la vanidad nos hace permanecer, como un cuerpo agonizante que se aferra a los últimos estertores. El vanidoso es el primero y el último que sonríe, aún viendo la lluvia ácida cayendo sobre su cabeza. ¿Qué diferencia habría entonces entre la vanidad y la más atroz

estupidez? El vanidoso nunca se entera de qué es lo que en esencia perdura, porque jamás se ha sumergido más allá de la superficie.

Las formas bellas, las ideas más acabadas, los patrimonios más exuberantes, los cuerpos más vigorosos, eventualmente tienen el mismo fin.

La vanidad es la cosmética que sale a perfumar nuestro cadáver putrefacto.

vanidad

Leopoldo Lezama



La respuesta del
Che
Mauricio Rafful

Esto no es un amago de conocimiento sobre el Che, sino un disfrutar de su andar errante. Cómo nacen y crecen algunos movimientos en América Latina y van uniendo ideas sin dejar que se apague la brasa del Che; ideas que a 50 años de su muerte siguen incorporándose como guerrilleros a su columna, aunque él no las vea porque su destino sigue siendo ir al frente.

Lo suyo *lo suyo* era un derroche de pobreza, al tiempo que construía un testimonio de trabajo y compañerismo amasado en la voluntad a la que se compara la del milagro cubano, hermana de la resistencia en el milagro mexicano. Se identificó desde sus primeros viajes derrochando pobreza en sus estancias y su paso por cada pueblo de América, donde buscó la vida, interrumpida tantas horas y días por el asma. En su respiración sólo podía contar con la muerte, por eso la desafiaba luchando a otro ritmo, así como tenía que bailar a otro ritmo por su falta de oído para la música, que le impedía distinguir entre un tango y otra canción, de modo que bailaba por concepto y no por nota.

Su moral de combate le permitía tener ojo clínico para la gente, y le permitía a la gente conocerlo al mismo tiempo de reconocer su mirada de guerrillero mítico, protegido en algunos pasajes de la guerra contra el ejército de Batista, donde los soldados no se atrevieron a dispararle al identificarlo y verlo combatir de pie en el fuego cruzado en los días rumbo a la toma de Santa Clara, y donde las tropas se replegaron por el miedo que provocaba en aquellos parajes la fama de invencible del ejército rebelde curtido en Sierra Maestra.

Paco Ignacio Taibo II escribe una gran biografía de Ernesto Guevara de la Serna, encarnado en la leyenda incansable conocida como el Che, y me parece ver al autor hablando como tal de la infancia y adolescencia del personaje, pero ya en los capítulos de desembarco del Granma para internarse a Sierra Maestra; lo veo acompañando irremediamente al combatiente, convertido en el soldado con quien vuelve a la lucha en Cuba; Taibo II explora la necesidad del Che de ir a pelear, otra vez, porque se encuentra aburrido de la muerte, y esta vez va dialogando con gran parte de lo escrito y estudiado de la revolución cubana.

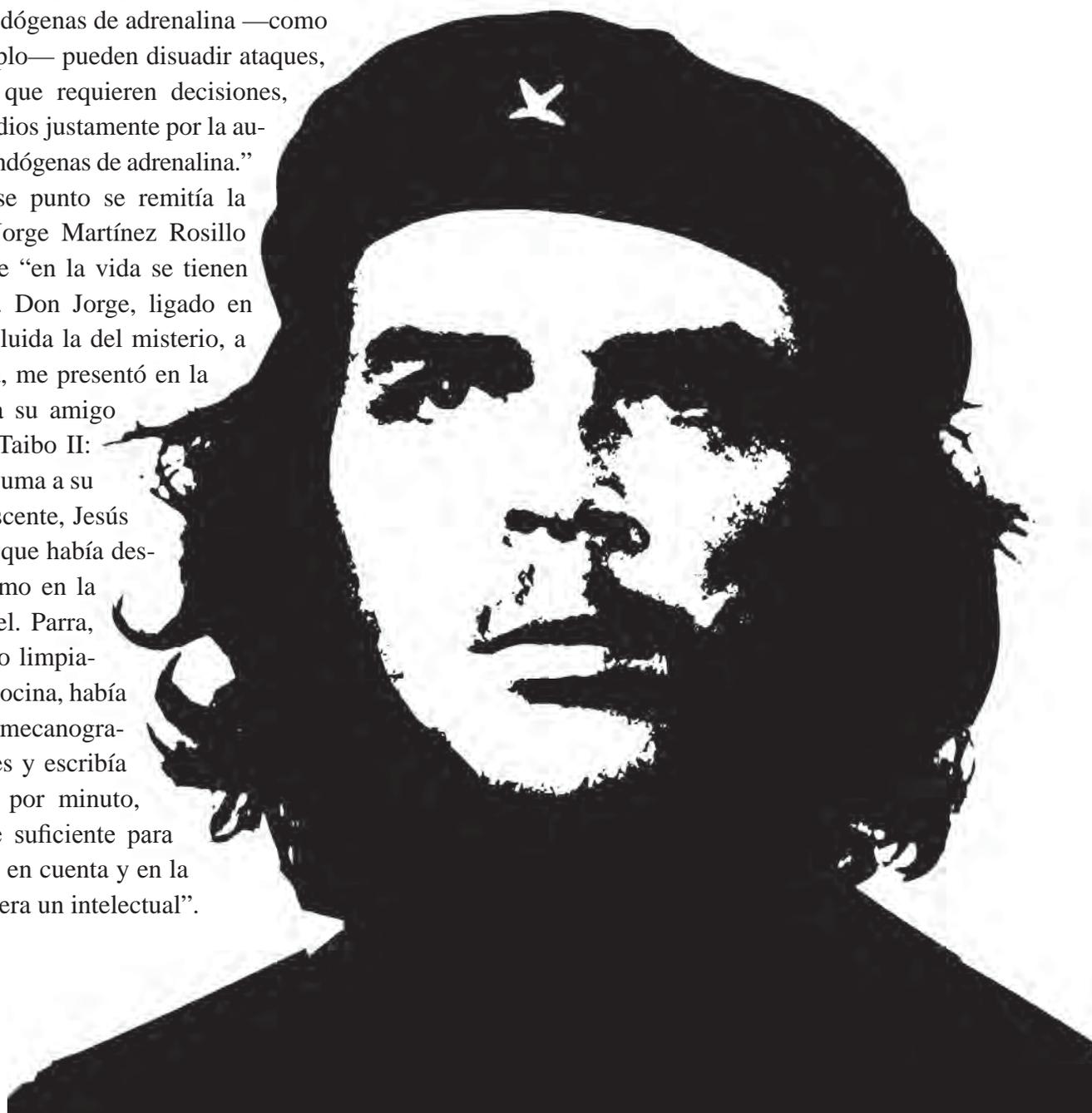
A pocas millas de distancia camina también Jorge G. Castañeda internándose en la selva revolucionaria con su espléndida biografía del Che Guevara *La Vida en Rojo*, revelando al político y dirigente como quienes no pueden ocultar su origen aristocrático. Personaje y autor identificados en la voz de quien escribe con un tiroteo de ideas y datos en el que yace un lenguaje culto, invitando al Che a seguir el diálogo político, tal vez en otro idioma, por ejemplo, en inglés con Estados Unidos. Es tan valiosa la propuesta de interlocución a través del autor para llevar la discusión a donde el Che jamás hubiese admitido, como su diagnóstico para encontrar el porqué: “Las explicaciones sicoanalíticas de la etiología del asma ya no gozan de aceptación entre los médicos; la enfermedad es ante todo hereditaria. Las interpretaciones basadas en la angustia del sujeto, en su incapacidad de exteriorizarla y en la imposibilidad de enfrentar la ambivalencia disparadora de la angustia, quizá coadyuvan más a explicar la permanencia de la enfermedad que su origen. Resultan especialmente sugerentes para comprender la palmaria dificultad

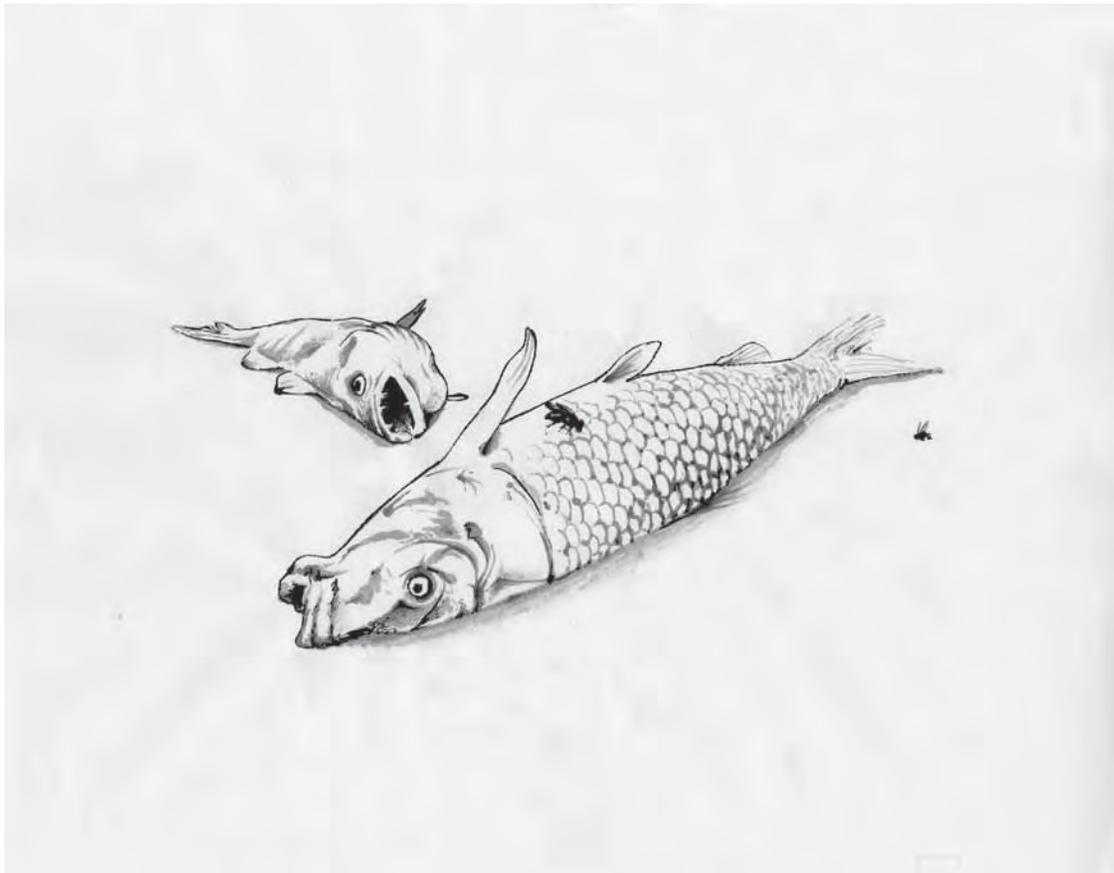
del Che, a lo largo de toda la vida, de tolerar emociones o deseos contradictorios, en su familia, en su escuela, en sus amores e incluso en la política. El asma sería la respuesta del Che a una angustia recurrente y original, imposible de exteriorizar o verbalizar, y que al internalizarse provoca el ahogo. Esa angustia, a su vez, surge y se exagera ante la frecuencia y ubicuidad de la ambivalencia, inadmisibles para Ernesto, justamente por la angustia que desencadena. La única cura —que nunca alcanzaría— residirá en esquivar lo ambivalente, recurriendo a la distancia, al viaje, a la muerte”.

El Che, habituado a soltar metralla en la conversación o en la lucha, tenía como remedio para espantar el asma el ataque del enemigo. Frecuentemente estaba con ataques cuando venían los bombardeos y las ráfagas de la aviación batistiana; se incorporaba al combate y ocurría como describe Castañeda: “La vinculación entre la dilatación de los bronquios contraídos y la adrenalina implica que situaciones que generan descargas endógenas de adrenalina —como el combate por ejemplo— pueden disuadir ataques, mientras que otras, que requieren decisiones, pueden desatar episodios justamente por la ausencia de descargas endógenas de adrenalina.”

Tal vez hasta ese punto se remitía la enseñanza de Don Jorge Martínez Rosillo cuando me decía que “en la vida se tienen enemigos fraternos”. Don Jorge, ligado en todas las formas, incluida la del misterio, a la revolución cubana, me presentó en la Ciudad de México a su amigo Jesús Parra. Cuenta Taibo II: “En Minas del Frío, suma a su entorno a otro adolescente, Jesús Parra, de 16 años, al que había descubierto con paludismo en la comandancia de Fidel. Parra, además de haber sido limpia-botas y ayudante de cocina, había tomado un curso de mecanografía durante tres meses y escribía veinticinco palabras por minuto, lo cual fue más que suficiente para que el Che lo tuviera en cuenta y en la columna dijeran que era un intelectual”.

Sí, lo suyo era un derroche de vanidad para responder a la pobreza, para enfrentar desde niño la enfermedad del asma y despedirse de Chichina, su primer gran amor: “Sé lo que te quiero y cuánto te quiero, pero no puedo sacrificar mi libertad interior por vos; es sacrificarme a mí y yo soy lo más importante que hay en el mundo, ya te lo he dicho”. De ninguna manera se trata de su vanidad personal, sino la vanidad del destino ofreciéndose a un hombre preparado para demostrar sus capacidades sin límites ni fronteras; aquí nace el mito de lo invencible que más tarde nutre el hambre del Ejército Rebelde y encarna la moral de combate de la leyenda del Che. Llegó el día rumbo al triunfo de la Revolución cubana, del guerrillero mítico en Santa Clara.





© Ander Azpiri

VANITAS VANITATUM

Pedro Paunero

E*sse es percipi.* Ser es ser percibido. La vanidad requiere ser percibida. El vanidoso, para ser, requiere ser visto, escuchado, olido, saboreado, sentido. Quien percibe al vanidoso, y a su vanidad, también existe. *Es.* George Berkeley fue el profeta involuntario de la *vanitas*. La materia del vanidoso existe mediante voluntad divina. Al ser vanidoso, la voluntad divina le importa una cáscara de nuez. La *vanitas* se sostiene por sí misma. La *vanitas* es, se sostiene, en lo divino y aún fuera de lo divino. La *vanitas* ES lo divino y lo trasciende. El vanidoso es una extensión de la divinidad. La *vanitas* hace más ruido que un árbol cayendo solitario en el bosque sin que nadie lo escuche. Es el *axis mundi* sobre el que gira por sí misma.

Abrid la tumba de un vanidoso y encontraréis la sonrisa en su calavera. *Sic transit gloria mundi*: cuando el espejo no refleja sino el espacio vacío, un universo colapsa. Ser es ser percibido. Lucifer gritó: *Non Serviam!*, y la tercera parte de la noche cayó con él. Los vivientes abrieron los ojos y se alzaron victoriosamente los espejos. La noche tuvo rostro y el ego, su ambrosía, su néctar, su *amrita*, *mel et lac sublingua tua*, alimentó al arte y al artista. *Esse es percipi.* El ego es el *Icor* de la *vanitas*. ¡Solo yo, sobre el hombro de Euclides, contemplé la belleza desnuda en su espejo matemático y me abismé en mis ojos! Que callen todos los que de belleza hablen... ¡Si mi ego te punza... pínchate y desínflate!

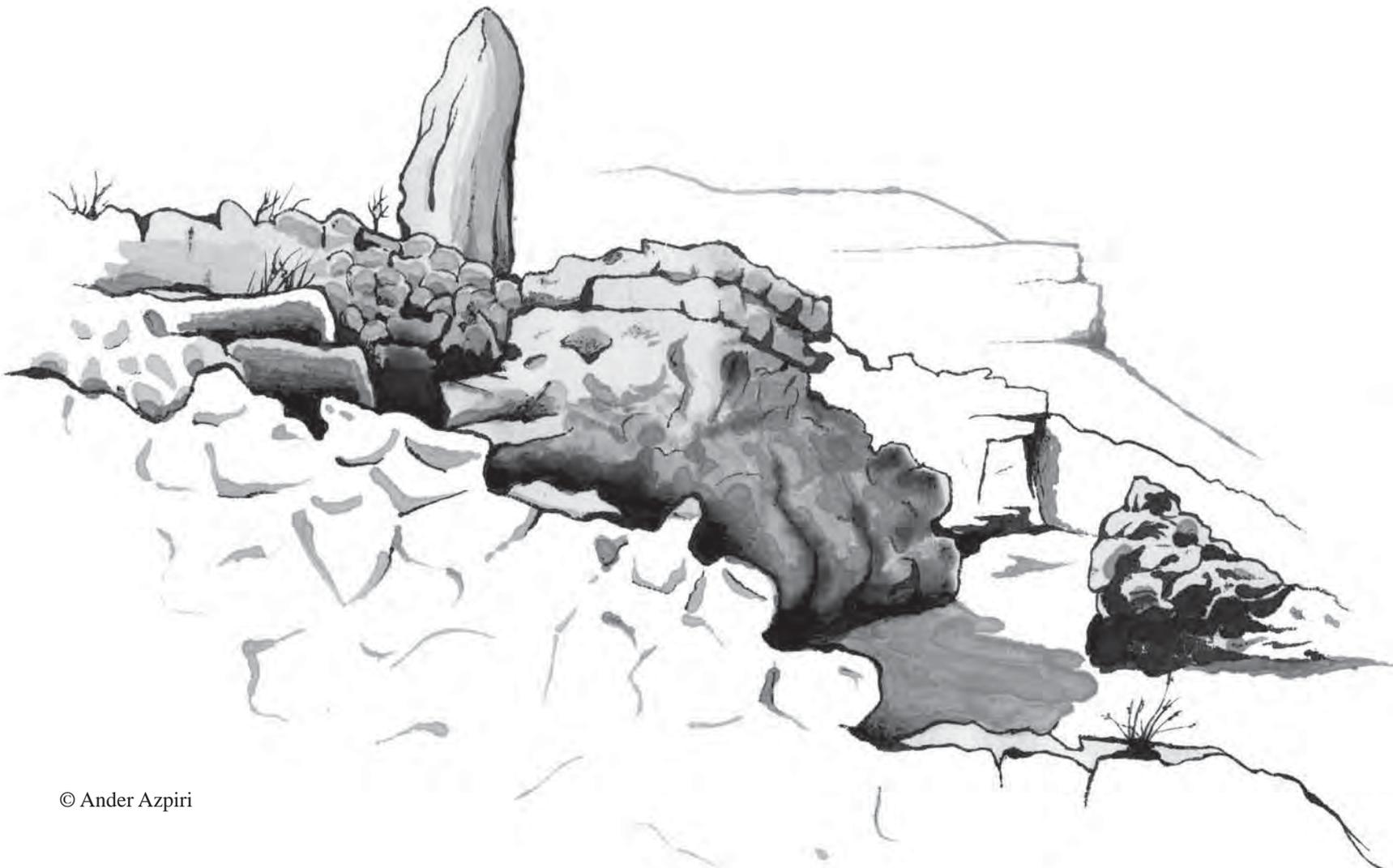
Vanitas vanitatum, omnia vanitas:
soy, en la plenitud del vacío.

Un asunto de vanidad

Eduardo Limón

*Éste que ves, engaño colorido,
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:
es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.*

Sor Juana Inés de la Cruz, *A su retrato*



Vamos a morir. Todos lo sabemos. Por ello hemos desarrollado una utilidad práctica que hace algo más llevadera la espera. La vanidad no es más que un velo delgado, una manta de tejido ligero y estrecho que arrojamos sobre los logros de nuestra vida con el fin de recubrir nuestra naturaleza efímera. Vamos a morir, y con la certeza a cuestas, el dilema central de nuestra existencia consiste en dejarnos seducir por el vano afán de abrillantar nuestra trascendencia o pasar de largo, dejando así desempleada a la vanidad que en principio nos fue impuesta. La vanidad es un recurso y también un artilugio cultural.

Hay quien piensa que la vanidad es pecado. Otros más la perciben como característica. Para muchos la vanidad es condición, un ingrediente indispensable en la receta de la existencia. La vanidad es quizá el primer rasgo genuinamente humano que desarrollamos durante nuestro tránsito: se sabe que todo padre funcional se encuentra preparado para aplaudir y festejar las primeras victorias del hijo. Y se sabe que prácticamente no hay hijo que pretenda convencer al padre de que los aplausos y festejos no son de su agrado. Al fin y al cabo —así lo percibimos—, todo en la vida se reduce a un asunto de vanidad.

Además del encuentro con la propia vanidad —que cada quien ejerce con mayor o menor soltura—, en algún momento de la vida todos tenemos oportunidad de catar la vanidad ajena. Desde el niño que inicia sus lecturas conociendo la historia del venado engreído que, enamorado de su cornamenta, presume a todos su belleza hasta que gracias a ella se queda atascado en las ramas de un árbol (mientras es perseguido por un león que a la postre lo devora), pasando por el inevitable momento en el que uno se mira acorralado en cualquier reunión por el tipo que de forma sutil, pero certera, no deja de enumerar las metas que ha alcanzado, todos hemos encarado la vanidad ajena. Sin embargo, hay algo más que vuelve la vanidad un problema: estimamos un error tratar de apartarnos de ella. La vanidad nos sustenta. Dice Ernesto Sábato que la vanidad es cosa tan fantástica que incluso nos lleva a preocuparnos por lo que dirán de nosotros cuando ya estemos muertos y enterrados, y Norbert Elias reflexiona en su ensayo “La soledad de los moribundos” sobre el hecho de que la muerte

sea un problema que preocupa, de entre todas, sólo a nuestra especie. Si ciertamente pesada es la carga de sabernos mortales, para muchos es la vanidad el único accesorio capaz de aligerarla.

Pertenece a una especie vanidosa. Corrijo: pertenecemos a la *única* especie vanidosa que existe sobre la Tierra. Si hemos de encontrarnos algún día con cualquier tipo de civilización inteligente nacida en, qué sé yo, otro planeta, sería interesante preguntar a sus integrantes si saben qué es la vanidad. La respuesta que recibiríamos quizá nos enriquecería, pero algo en el fondo de nuestra intuición milenaria nos dice que probablemente recibiríamos una afirmación por respuesta. Así sabríamos que la vanidad es tan sólo un rasgo de la inteligencia.

Sin embargo, sorprende la humildad con que a veces hemos afrontado la sustancia misma de nuestra vanidad. La esencia de las religiones la combate: desde el consabido recordatorio *polvo eres* del catolicismo, hasta la instrucción que dentro de la filosofía budista pide suprimir todo deseo, hace siglos que la vanidad es advertida como enemiga del alma. Surgidos en la Europa del siglo XVI, justo cuando las mesas de las clases dominantes comenzaron a llenarse con productos traídos desde todos los rincones de las tierras recién conquistadas, los *Vánitas* (o *Vanitas*) no son más que una poderosa reflexión sobre la futilidad de nuestra vanidad intrínseca. Ocupando el lienzo, están ahí todos los elementos recordándonos que el nuestro es un paso momentáneo: la fruta casi podrida, las velas a punto de extinguirse, las flores marchitas, el cráneo humano. Existe una imagen de San Bruno en que es posible leer, como detalle escrito en un libro situado en la parte baja de la composición, justo al lado de una página en la que aparece una enorme calavera, la frase *Vánitas vanitatum, et ómnia vánitas* (“vanidad de vanidades, todo es vanidad”).

No escaparemos nunca de la vanidad. Como el pintor de un *Vánitas*, que al mirar concluida su obra probablemente sonrió orgulloso. Como San Bruno, que en el último momento quizás se haya sentido ligeramente engreído al hacernos ver nuestros defectos.

Como yo, que tengo la certeza de que debo entregar un buen texto, uno que guste a los lectores y que, sólo por ello, me envanezca.

Vanidad de vanidades

Manuel Pereira

Dice el Eclesiastés: “*Vanitas vanitatum omnia vanitas* (Vanidad de vanidades, todo es vanidad)”.

Me refiero aquí a “vanidad” no en la acepción de soberbia o vanagloria sino en la menos grave de vacuo, superficial, presumido; es decir, al espejo.

El espejo más antiguo fue la superficie tranquila del agua. De ahí brotaron las primeras imágenes humanas reflejadas. Los espejos más remotos eran de cobre pulimentado, aparecieron en Etruria, Mesopotamia, Egipto, China y la India entre los años 4000 y 3000 a.C. En el Egipto faraónico las mujeres (y en menor medida hombres y niños) usaban *kohl* para maquillarse los ojos. Incluían ese cosmético en sus tumbas para seguir acicalándose más allá de la muerte. Ya en el siglo I de nuestra era se registra el uso de espejos de vidrio en Roma. A partir de ahí la elaboración de espejos se multiplicó en un crecimiento exponencial.

En la mitología griega, Narciso es el primero que exalta vanidad, aunque nadie sabe si el Narciso que pintó Caravaggio besa su imagen en el río o se dispone a morir ahogado. Vanidad y suicidio: interesante combinación.

En la Edad Media la vanidad fue brutalmente reprimida. Durante diez siglos el amor a la propia imagen fue censurada. Dado que sólo podía adorarse a Dios, cualquier otra forma de egolatría humana fue vista como herejía. El ejemplo más estruendoso fue el fraile Savonarola con sus “hogueras de vanidades”, donde ardieron espejos, cosméticos, indumentarias lujosas, perfumes... Por otra parte, la vanidad femenina como tentación satánica fue pintada por El Bosco. Las mujeres fueron tan estigmatizadas en ese período, que las acusaban de brujas y eran quemadas vivas por el simple hecho de mostrar algo de coquetería o reírse en público (*La bruja*, Jules Michelet).

Con el Renacimiento la vanidad volvió a imponerse y en la pintura empezaron los autorretratos. Rembrandt se hizo unos cuarenta, Van Gogh más de treinta... y así sucesivamente hasta llegar al *selfie*...

Nuestra época —tan orgullosa de sí misma— debería pensar un poco más en la dimensión espiritual.





© Moramay Kuri



Jaime Sabines:

el vaivén de la alegría, el dolor

Juan José Reyes

Una noche conocí a Jaime Sabines. Había cena en la casa y le pregunté a mi padre quién estaría. Me dio un montón de nombres —muchos de los infaltables— y concluyó sonriendo “ah, y Jaime Sabines”. Me había visto muchas veces leyendo los libros de Sabines: *La señal*, *Tarumba*, *Diario semanario*, *Yuria*. Yo tendría veinte años, tal vez un poco menos. Había visto a Sabines en mi infancia, alguna tarde en la casa de Ricardo Guerra y Rosario Castellanos, a la que durante una buena temporada mis padres no dejaban de asistir los sábados. Iban Luis Villoro y Estela su esposa —guapa, simpática, alegre según todos mis recuerdos— y el hijo de los dos, Juan, alto como un ahuehuate de Chapultepec. Emilio Carballido, Sergio Magaña, Fausto Vega. Se me ha ido la memoria de todos los que se reunían allí mientras Ricardo y Gabriel, primeros hijos de Guerra y de la gran pintora Lilia Carrillo, Juan Villoro y Pablo, mi hermano, y yo jugábamos “el que mete su gol para en el bosque”, frente a aquella casa de la avenida Constituyentes, con nuestros papás y Estela Ruiz, la mamá de Juan.

La tarde de Sabines no hubo fútbol. Luego de unos whiskies, le dio al poeta, con petición mediante de Rosario, por leernos algunos versos suyos. O no por leernoslos a todos, pero lo cierto es que todos los niños nos quedamos en la amplia sala de la casa. Todo mundo sabe ahora que la voz de Sabines era completamente seductora, una voz como de cristal y piedra, de roca y agua corriente, pero



yo entonces no lo sabía y no tengo duda ahora de que escucharla diciendo líneas igualmente cautivantes ha sido una experiencia que marcó el sentido de varios de caminos venideros.

Se hizo tarde. Me las había ingeniado para sentarme al lado de Sabines en un largo sillón en el estudio de la casa. Sabines bebía y bebía, un whisky tras otro que comenzó a pedirme con un choque de vasos y una mirada breve y poderosa orientada a la cocina. Pronto no necesitó pedírmelos. Me levantaba, iba y le servía. Ya en plena madrugada me atreví a decirle, con el mayor comedimiento, si no era demasiado. Me miró, rió un poco y no tardó en dar con la respuesta, ingeniosa y cínica. Dio una fumada profunda y me dijo: “A estas alturas no voy a dejar de hacer nada; sólo puedo hacer lo que no he hecho”. Yo sabía que el meollo de aquella respuesta era una mentira: “Un poeta así, de tanta altura —pensé—, no es un borracho”. Fui a la cocina y le serví otro trago, y me preparé otro para mí. No pasó mucho para que unos invitados le dijeran “ándale, léenos algo”. Imposible, no traigo nada. Pero era imposible también que entre tanto libro mi padre no tuviera al menos uno de su amigo chiapaneco. Me levanté. Dejé mi vaso en una repisa de un librero y salí rápidamente hacia mi cuarto, donde tenía los libros *sabinianos*. Los bajé y Sabines no tuvo más que leer unos poemas de *Horla* y unos de *La señal*. Su voz retumbó con una cascada en el umbral de una cueva honda, verde y negra. Todos quedamos atrapados.

Días después le pregunté a mi padre qué hacía Jaime antes de que llegara a ser diputado. Vendía sorgo, alimento para animales. Me contó mi padre del origen chiapaneco del poeta, de su amistad con Chucho Arellano (el director y editor de *Metáfora*, o

“*Mentáfora*”, una revista en donde algunos buenos escritores, y varios más bien malos, hacían mofa de don Alfonso Reyes y de otro autor, ya de valía reconocida: Octavio Paz) y con Rosario Castellanos y todo el grupo de la revista *América*, en la que Sabines, junto a Juan Rulfo, Rosario Castellanos y otros, se reunieron en torno del gran escritor Efrén Hernández. En resumen, Sabines no formaba parte de la mafia que dominaba las nóminas prominentes en “la república de las letras mexicanas” sino que, como sus amigos y compañeros, hacía su propia lucha casi en solitario, no pocas veces antes de caer nocturnamente rendido en “el camastro de la pobreza”.

En los años setenta Sabines ocupaba ya un sitio especial en el elenco de primeras figuras de las letras nacionales. Había llegado hasta allí con total discreción, pasos quedos y sostenidos y lejanos del relumbrón de los reflectores. Su poesía había conseguido lo que la poesía de muy pocos en nuestro medio, y de seguro en muchos otros. Hay que decirlo de una vez: con Sabines ocurre que lo entiende todo el mundo; es un poeta que de modo completamente natural puede expresar lo que todos llevan dentro y no saben o no pueden decir. Posee además un sencillito sentido musical —poco advertido por los críticos— que acompaña los cursos de un lenguaje llano, el de la vida de todos los días. Su poesía es la de un *uno-de-tantos* dotado de una rara sabiduría y de una intuición que permite al autor no ser llamado a engaño. Sus temas son los ejes cardinales de la humana existencia: el amor, la muerte, la soledad, el deseo. A la vez, no deja de ser extraño que, sin cesar, puede percibirse en ella un cierto tono más bien conservador que consistiría en la alianza de aquellos grandes temas con una mirada que no abandona nunca un aire provinciano.



También es raro, por infrecuente, que aquella ligadura tenga un resultado feliz. No tiene esta poesía el don de la inventiva verbal, como ejemplarmente lo tuvo la de Ramón López Velarde por mayor ejemplo. Careció de audacia, de arrestos para emprender búsquedas. Le bastó lo que tenía, lo que era de un modo espontáneo y asido a una primera e irremplazable autenticidad. La poesía de Sábines exalta y conmueve, acompaña, consigue que los lectores alcancen al fin verdades, emociones, sentimientos tras de las que han pasado años. La primera de aquellas verdades, por lo demás, más que los grandes temas ya citados, reside en la propia poesía. Es una cuestión de fondo. Radica y vuela, flota como una rama en un esbelto río. En la música de las palabras.

En 1950 Sábines da a conocer *Horas*, su primer libro. En él aparecen ya el trazo suave y preciso y las imágenes que pueden nacer sólo del corazón humano. Están aquí los primeros poemas que alcanzaron festiva y honda celebridad entre una producción vasta y sin remedio desigual. Cito, con el ánimo de que veamos la leve música y el dibujo preciso y fiel:

Horas

El mar se mide por olas,
el cielo por alas,
nosotros por lágrimas.

El aire descansa en las hojas,
el agua en los ojos,
nosotros en nada.

Parece que sales y soles,
nosotros y nada...

Es del todo comprensible que años después una sección de *Yuria* tenga el nombre de “Juguetería y canciones”: este poeta tan dado al llanto, que necesita todo el tiempo “sacar el corazón / ponerlo al sol un rato”, numerosas veces juega, con una alegría tan inevitable como oculta, resbaladiza y anhelante de hermanarse con el dolor, la más grande cifra de la existencia. Esto último puede constatarse en el poema que de inmediato sigue a “Horas”, que comienza así (con un tono en que llama la atención el parecido a la inmejorable poesía de Efraín Huerta, por lo demás):

Lento, amargo animal

que soy, que he sido,
amargo desde el nudo de polvo y agua y viento
que en la primera generación del hombre pedía a Dios.
Amargo como esos minerales amargos
que en las noches de exacta soledad
—maldita y arruinada soledad
sin uno mismo—
trepan a la garganta
y, costras de silencio,
asfixian, matan, resucitan.

Amargo como esa voz amarga...

Dolor y juego: fuego y canto, abandono y amor. Los versos de Sábines están en constante *penduleo*, van de la ira a la ternura, de la certeza sin mácula a la fragilidad que parece perenne, de la vida que se escapa a la muerte que está esperando, del renovado monólogo a la conversación improbable y cierta. Los mejores registros de Sábines brotan, acaso, cuando el poeta se mira al espejo y se descubre y descubre



el universo, o, dicho con la humildad que le gustaría al poeta, da con las cifras del sentido de la vida, y encuentra que parece todo resumirse en un tándem definitorio. Su viaje es de “su a sus asuntos”, como diría Antonio Machado (un autor con el que nada en común parece tener). A Sábines le gusta describirse, andar tras sus luces y sus sombras ligeras o pesadas, apropiarse de todo y no aprovisionarse de nada. Desnudarse y tenderse en el lecho. Esperar que el tiempo pase sin mirar no ya las circunstancias sino lo que hay en los pozos de sus vísceras enérgicas y lastimadas. También en *Horal*, en otro poema sin título, alcanza pronto el ritmo mejor de su acompasado corazón:

Uno es el hombre.
Uno no sabe nada de esas cosas
que los poetas, los ciegos, las rameras,
llaman “misterio”, temen y lamentan.
Uno nació desnudo, sucio,
en la humedad directa,
y no bebió metáforas de leche,
y no vivió sino en la tierra
(La tierra que es la tierra y es el cielo
como la rosa rosa pero piedra)

Uno apenas es una cosa ciertamente
que se deja vivir, morir apenas,
y olvida cada instante, de tal modo
que cada instante, nuevo, lo sorprenda.

Uno es algo que vive,
algo que busca pero encuentra,
algo como hombre o como Dios o yerba
que en el duro saber lo de este mundo

halla el milagro en actitud primera.
Fácil el tiempo ya, fácil la muerte,
fácil y rigurosa y verdaderamente
toda intención de amor que nos habitaba
toda soledad que nos perpetra.
Aquí está todo, aquí. Y el corazón aprende
—alegría y dolor— toda presencia;
el corazón constante, equilibrado y bueno,
se vacía y se llena...

Alegría y dolor: ¿hay vida sin el vaivén aireado y hondo de estas sensaciones que quieren explicarlo y todo dejan incierto, quebradizo, entre el lodoso polvo y una dicha estelar y en fuga permanente? No. No hay nada, de acuerdo con Jaime Sábines. En *Yuria*, un libro de largos momentos espléndidos, en el poema “Cuba 65” el poeta sintetiza las razones de fondo de sus ires y venires. Dice en un par de versos memorables (y por lo visto ignorados por las legiones de fans que más bien se decantan por el bastante flojo “Los amorosos” y por otros poemas muy buenos y archiconocidos):

Líbreme Dios de mí
igual que me he librado de Dios.

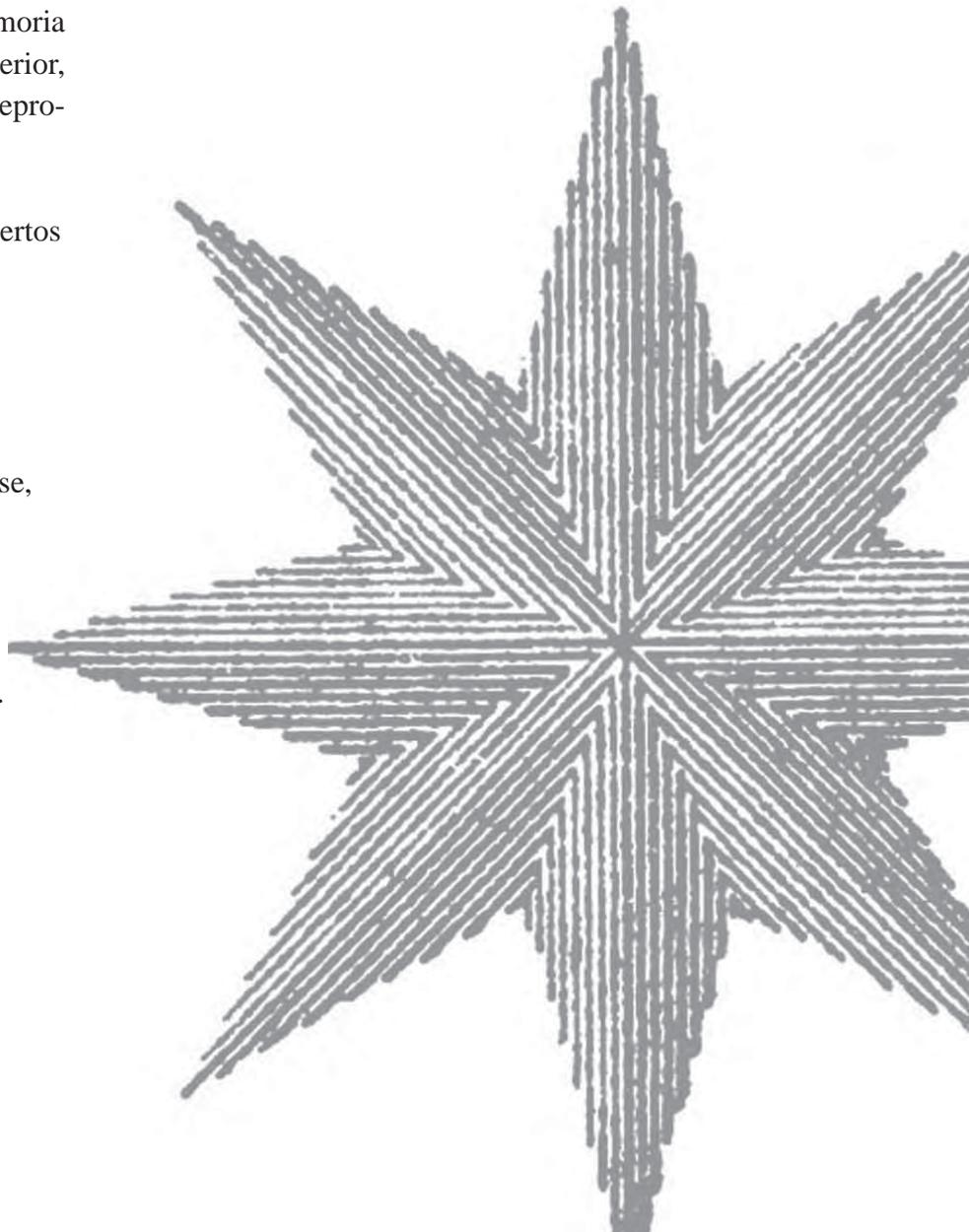
Todo es juego y sufrimiento, sí, en este oscilar perpetuo del hombre común y corriente que se gana la vida como puede, según los derroteros del azar, según los designios de fuerzas auténticamente indescifrables. De la poesía de Sábines seducen a los lectores el ritmo, esa música alada y ligera, la comunión y el desencanto, cierto aire intempestivo, la firmeza y la suavidad de las imágenes, el tono íntimo, la



respiración silenciosa y entrevista; el lento, pausado escepticismo que de modo inexorable transita hacia el final. Sabines se angustia, pero juega; se conduele, se lamenta y da consuelo. Según Carlos Monsiváis el mejor de sus poemas es aquella pieza larga y conmovedora acerca del fallecimiento del padre del poeta: “Algo sobre la muerte del mayor Sabines”, escrita con rabia y ternura, con emoción y conciencia de que toda limitación es injusta, como la vida y la muerte son injustas. No hay recuerdo mínimamente fiel a lo que es aquella poesía originalísima sin la memoria de al menos algunos versos de aquel poema superior, “Algo sobre la muerte del mayor Sabines”. Reproduzco aquí el comienzo de la Segunda Parte:

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos poco a poco te acabas.
Yo te he ido mirando a través de las noches por encima del mármol, en tu pequeña casa.
Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas, otro día sin garganta,
la piel sobre tu frente, agrietándose, hundiéndose, tronchando oscuramente el trigal de tus canas.
Todo tú sumergido en humedad y gases haciendo tus deshechos, tu desorden, tu alma, cada vez más igual tu carne que tu traje, más madera tus huesos y más huesos las tablas.
Tierra mojada donde había una boca, aire podrido, luz aniquilada,
el silencio tendido a todo tu tamaño germinando burbujas bajo las hojas de agua.
(Flores dominicales a dos metros arribar te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

El escepticismo, según Octavio Paz, define la mirada poética de Jaime Sabines. Probablemente sea así. Sin embargo, en las dos orillas equidistantes de aquel núcleo hay certidumbres y negaciones y energía y sombras y luces suficientes para pensar además en una poesía vital, menos nocturna que iluminada por soles y lunas que propician siempre un aire respirable, más allá del incendio y la tormenta. La poesía de Sabines habita y genera un mundo de clima templado.





por Jaime Sabines

Saudade

Pilar Jiménez Trejo

Hace 20 años, un viernes 19 de marzo de 1999, cerca del mediodía, murió Jaime Sabines. “¡*Qué nostalgia de ti cuando no estás ausente!*”, le podríamos decir ahora, recordando esa frase que aparece en su poema “Otra Carta” de su segundo libro *La señal*.

Y este tiempo de *saudade*, de melancolía que nos marca la distancia con el poeta, valdrá la pena recordarlo con su obra:

Poetas, mentirosos, ustedes no se mueran nunca.
Con su pequeña muerte andan por todas partes
y la lucen, la lloran, le ponen flores,
se la enseñan a los pobres, a los humildes, a los que
tienen esperanza.

A pesar del paso del tiempo, Sabines sigue siendo una figura capital para muchos lectores, quienes a través de sus poemas siguen estableciendo la misma relación de emocionalidad profunda con él, aunque no lo hayan tratado personalmente. Pero esto es relativo: porque leer a Sabines es *tratarlo personalmente*, es haberlo conocido, y conocerlo es un diálogo permanente a través de la más *cordial* de las conjugaciones verbales en tiempo presente.

La poesía es la personalización de las cosas, pero debe ser una personalización que trascienda; que sirva de ejemplo lo que me pasa a mí para lo que te pasa a ti. Ya seas un joven o un viejo, porque también hay mujeres grandes que me tienen como su *libro de cabecera*, me dicen que les gusta lo que escribo; uno encuentra que la poesía se realiza en la satisfacción de descubrir que hay alguien a quien le sirvió para vencer un momento de soledad o una angustia o un pesar, por contagio de los pesares del poeta, por sentir alivio de que el sufrimiento no está nada más en uno. En ese sentido soy un poeta intimista. Si no tiene un sentido ejemplar lo que me sucede a mí, no tengo por qué decirlo. Si me como un par de huevos tibios no tiene ninguna importancia, pero si me enamoro, eso sí importa, en cuanto que es un sentimiento que logra trascender. En ese sentido, hablo de las cosas que suceden.¹

La poesía fue para Jaime Sabines más que una vocación, un destino que lo atrapó para siempre, tal y como lo reconoció al recibir el Premio Nacional de Literatura en 1983.

¹ Fragmentos tomados del libro: *Sabines. Apuntes biográficos*. Jiménez Trejo, Pilar (Tusquets 2014).



Por más que quiera el poeta zafarse de la poesía, no puede hacerlo. La poesía lo atrapó para siempre. ¿Y quién es, después de todo, esta señora que maneja a los hombres como esclavos, o caballos de noria, o simples agujas con que teje sus tapetes de oro?

La poesía es el descubrimiento, el resplandor de la vida, el contacto instantáneo y permanente con la verdad del hombre. La poesía es una droga que se tomó una vez, un cocimiento de brujas, un veneno vital que puso otros ojos al hombre y otras manos, y le quitó la piel para que sintiera el peso de una pluma.

Quiero decir con esto que el poeta es el condenado a vivir.²

Es bien sabido que Sabines se convirtió en las últimas décadas del siglo xx en el poeta mexicano más leído, y logró penetrar a través de sus versos en el gusto literario de decenas de miles de personas. Pero a 20 años de su muerte no ha perdido vigencia y sigue conversando con sus lectores, sobre todo con los jóvenes que lo leen y lo repiten. Sus poemas de amor están en citas cotidianas en Internet, y nada más hay que sumergirse en las redes sociales para encontrar un puñado de fragmentos de sus poemas, o frases dichas por él, puestas como consignas en Facebook o Twitter. Sus lectores, que en vida del poeta rebasaron las butacas del Palacio de Bellas Artes, se cuantificaban por miles; fue entonces que Carlos Monsiváis escribió: “Si la poesía convoca multitudes no todo está perdido”.

Pero los lectores de Sabines van más allá de México, existen antologías de su obra en distintas lenguas, sobre todo inglés, francés, alemán y, en los últimos años, chino, italiano, japonés y árabe —el

idioma que hablaba de niño su padre, el Mayor Sabines—. Incluso poemas ya traducidos, como *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, vuelven a versificarse como lo ha hecho recientemente Mark Schaffer en el libro *Pinholes in the Night: Essential Poems from Latin America*.

¿Pero quién fue este poeta que a 20 años de su muerte sigue atrayendo multitudes de lectores en América Latina y España, lectores que repiten de memoria sus versos sobre el amor, la muerte, la soledad y la condición humana?

Jaime Sabines Gutiérrez nació en la primavera de 1926, un 25 de marzo, en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en el sureste de México. Hijo de Julio Sabines, quien había llegado de Líbano a América siendo un niño, y que, como pocos extranjeros, logró ingresar al Ejército Mexicano. En 1914 llegó a Chiapas como capitán de las tropas de Venustiano Carranza, alcanzó el grado de Mayor en el Ejército. La madre de Jaime, Luz Gutiérrez, hasta su juventud formó parte de la aristocracia chiapaneca, sabía tocar piano y violín; a su hermana, la Tía Chofi, contaba el poeta, la bañaban con leche de burra para conservar su cutis blanco y terso.

Doña Luz y el mayor Sabines se enamoraron en un momento conflictivo de México, y vivieron, decía el poeta, una historia de amor y aventura como la película *Lo que el viento se llevó*.

Jaime Sabines tuvo dos hermanos Juan y Jorge. El poeta fue el menor. Su infancia y adolescencia transcurrieron en la provincia de Chiapas. Muchas noches de su niñez, su padre solía contarle a él y sus hermanos las historias que su memoria había conservado de ese libro islámico: *Las mil y una noches*. Años

² *Idem*.



después, el poeta reconocería en aquella tradición oral su primer contacto con la literatura.

Fue mi padre quien me enseñó la profundidad de la literatura árabe. Sabía de memoria las historias de *Las mil y una noches* o las aventuras de Antár. De igual modo me repetía constantemente enseñanzas espirituales y filosóficas de la *Biblia*, poesía pura que no seduce los oídos sino el alma, y eso es peor.

Él nació en Líbano y todo el conocimiento de esos libros le había llegado por tradición oral. ¿Quién se lo dijo? Quizá sus padres, sus tíos o sus abuelos le contaron esas leyendas que siendo niño lo impresionaron, se las grabó y las contaba como se transmitía antiguamente la literatura: de boca a oídos.

Soy al mismo tiempo un poeta oriental y occidental porque mi poesía trata de hacer esa confluencia del pensamiento, de la idea mística y su razonamiento contemporáneo.³

Los mejores años de su infancia los pasó en “La lomita”, un ranchito que su padre compró en las afueras de Tuxtla. Allí toda la familia trabajaba; a Jaime le gustaba llevarse el rebaño a pastar. Tenía 11 años y solía ocultar en la bolsa de su pantalón un cigarrillo que más tarde se fumaba acostado en el campo, mirando al cielo.

Su interés por la poesía sucedió desde temprana edad: de niño su madre le hacía recitar poemas. Sabía de memoria *El declamador sin maestro*, libro compuesto por 114 versos clásicos. Leyó a Jorge Isaacs, Víctor Hugo, León Tolstoi, Fiodor Dostoievski, Ho-

noré de Balzac y Alexandre Dumas. En la secundaria se convirtió en el orador oficial. Su hermano Jorge, —“que era el que escribía”—, y su madre, lo obligaron a participar en un concurso estudiantil de poesía para el día del maestro. Con sorpresa recibió la noticia de haber obtenido el primer lugar. Pero los versos no habían sido escritos por Jaime... Tenía 16 años y a partir de ese “fraude”, sintió la obligación de escribir.

Ya de jovencito, en la escuela secundaria, era el caballito de batalla. Creo que no había una fecha en el calendario cívico en la que no interviniera porque el director de la escuela o los maestros decían:

—¡Que lo haga Sabines!

Entonces el día de las madres, del maestro, del zapatero, de lo que fuera, ahí estaba yo para recitar o echar discursos, porque era también muy buen orador en esa época.

El contacto con la poesía para mí fue natural desde niño. Y desde muchachito me aprendía un poema de no sé quién... Lo que recitaba de niño eran poemas de alguna revista, de algún libro. Lo que sí recuerdo es la imagen de aquel chamaco de ocho años recitando poemas... No sé, a lo mejor Juan o Jorge me los enseñaban. Lo que sí sé bien es que a muchas lecturas llegué por mi hermano Juan.⁴

A los 17 años, críticos chiapanecos lo auguraban como: “un futuro gran valor de las letras chiapanecas”. Por esos años leyó a: Federico García Lorca, Antonio Machado, Miguel Hernández, León Felipe, Walt Whitman, Vicente Huidobro.

³ *Idem.*

⁴ *Idem.*



Al principio, la poesía, para mí, era como un juego, no era la necesidad de la escritura, la cosa compulsiva de escribir; digamos que de alguna manera mis inicios en la poesía fueron espurios. Era decir: “Bueno, soy poeta y escribo”, y escribía versos a la manera tradicional. Desde Tuxtla conocí las formas clásicas e hice poemas como ejercicios. De eso no me arrepiento. Empecé a los catorce o quince años a escribir con las formas poéticas tradicionales; era lógico: era lo que había aprendido en la escuela y lo que había en mi casa, pero luego me liberé de ellas.

Así fue como a los dieciséis años empecé a tomar en serio la escritura; No es que supiera que iba a ser poeta; en ese momento *quise* ser poeta.⁵

En 1945 tuvo que cambiar Tuxtla por la hostil Ciudad de México. Tenía que emigrar para estudiar Medicina, tres años de angustia le bastaron para comprender que esa no era su profesión. En ese tiempo de soledad pudo leer y escribir desesperadamente. Allí *La Biblia*, se convirtió en su libro de cabecera; leyó a Pablo Neruda, James Joyce, Aldous Huxley, Friedrich Nietzsche, Cesar Vallejo, Charles Baudelaire, Omar Khayyám y Rabindranath Tagore... Sabines dijo que en esos años de sufrimiento y soledad se hizo poeta.

Me hago poeta a fuerza por la necesidad a mis 19 años. Estaba tan solo que comencé a leer muy en serio la *Biblia*. Era mi libro de cabecera, la tenía en el buró y acudía a ella buscando consuelo a la soledad, a la angustia, a los sufrimientos que uno tiene de joven. Fue

muy duro dejar mi casa y encontrarme con una ciudad a la que relacionaba con la hostilidad. Y es que estaba acostumbrado a una familia, a un pueblito donde todo el mundo me conocía y yo conocía a todos. Llegué a México y no conocía a nadie. En 1945, México tenía tres millones de habitantes y yo una gran soledad. Me sentía muy mal con las cosas que me pasaban y entonces devoraba la *Biblia*.

No recuerdo cómo llegó nuevamente a mi buró, pero ahí estaba y así comencé a releerla. Yo no buscaba en ella un sentido religioso, sino el consuelo humano, por eso mis pasajes predilectos eran el libro de *Job*, el *Eclesiastés*, Salomón, los *Proverbios*, *el Cantar de los Cantares*, *Ezequiel* y los *Salmos* que son poesía pura, que hablan del dolor y la impotencia humanas. Casi nunca leía el *Nuevo Testamento* o a *Isaías*, prefería quedarme con *Job*.

La *Biblia* que leía era la de los protestantes, la versión de Casiodoro de Reina, porque no te seduce los oídos como la de Fray Luis de León, sino que te seduce el alma; y eso es peor. La influencia de la *Biblia* fue decisiva no en el sentido formal de mi escritura, pero sí en mi formación espiritual.

También fue determinante para mí un libro de Aldous Huxley, *La filosofía perenne*, que era todo el pensamiento místico oriental.

Volvió a Tuxtla para ver a su familia y le confesó a su padre que terminaría la carrera de medicina, pero nunca la ejercería. Entonces el mayor Sabines le dijo que estudiara lo que él quisiera, pero estudiara, así en 1949, regresó a la capital para cursar Lengua y Literatura Castellana, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México que

⁵ *Idem.*



entonces se encontraba en el centro de la ciudad, en el legendario edificio Mascarones. Sus compañeros escribían, leían, pintaban, se emborrachan, se enamoraban.

En la soledad de su cuarto al joven Sabines lo acompañaban un bote de café, una parrilla eléctrica, sus cigarros *Delicados* sin filtro, el radio con música de Bach, y los libros y autores con los que entonces dialogaba. En aquellas madrugadas el poeta se echaba sobre la cama y escribía y leía y escribía, a veces hasta la mañana siguiente.

En ese periodo escribió *Los amorosos*, uno de sus poemas más conocidos y en donde ya estaban los temas que lo obsesionaría en su obra: la soledad, el amor, la muerte, el paso del tiempo, la condición humana... Así nació *Horas*, con H, su primer libro, un libro de horas, publicado en 1950 cuando Sabines tenía 23 años.

Recuerdo cómo escribí el primer poema de *Horas*: estaba dormido; de pronto me desperté y como si me lo estuvieran dictando escribí: “El mar se mide por olas / el cielo por alas / nosotros por lágrimas”, y así hasta que llegué al final. Entonces apagué la luz y volví a dormirme, como si nada hubiera pasado.⁶

Sabines es un poeta de tono autobiográfico, el mundo en que funda su poesía tiene mucho que ver con él mismo, por eso cuando escribe que “los amorosos encuentran alacranes bajo las sábanas”, en realidad está hablando de propio su insomnio.

“Los amorosos” es, quizá, mi poema más conocido. Es el que más éxito ha tenido y el que más gente conoce. No niego que me gusta; sin embargo, no creo que sea el mejor que haya escrito.

¿En qué pensaba mientras lo escribí? No sé, tal vez pensaba en mí, en mi vida, en lo que había hecho de joven, ir de un lado a otro con las mujeres. Obviamente no pensaba en ningún extraño, era una cosa mía, de mis manos. Lo que se plantea ahí es lo que he hecho a lo largo de mi vida, y en muchos sentidos el poema anticipa a toda mi obra poética. Fue como un vaticinio de los temas esenciales de mi poesía. Los grandes temas ya están ahí... El éxito de este poema es grande porque casi todo mundo se identifica con “Los amorosos”.⁷

En 1951 aparece su segundo libro *La Señal*. Y en unas vacaciones en Chiapas escribe *Adan y Eva*, su primer poema largo que sería publicado once años después.

En 1952, durante una estancia con su familia en Tuxtla, su padre sufre un accidente y esto lo obligó a quedarse... meses después decide casarse con Josefa Rodríguez, “Chepita”, su novia desde la preparatoria. Se hace cargo de “El Modelo”, una tienda de telas que era de su hermano Juan. Tras ese mostrador, con la noticia del pronto nacimiento de su primer hijo, Julio, escribe su poema: *Tarumba* (1956), del que decía era “un canto a la sobre vivencia”, uno de sus libros cruciales.

Me he preguntado muchas veces cuáles son los límites de la poesía (hasta dónde es lícito ensuciarla, revol-

⁶ *Idem.*

⁷ *Idem.*



carla en lo cotidiano, empuerarla como a una esposa, llevarla a la blasfemia como a un santo, a la traición como a un héroe, al horror como a un niño; retorcerla, colocarla en lo absurdo; darla a los monstruos) ... Pero ¿cuáles son los límites míos? Creo que uno es el aspecto estético y otro el moral. El único límite de la poesía es la verdad, la autenticidad, la conformidad con el hecho emocional. Me gusta *Tarumba* porque es entero y fiel. No me gusta el poema de *Tarumba* porque es un hombre en crisis, desorientado, torturado y sin ganas.⁸

En 1959 Jaime Sabines obtiene el Premio Literario que otorga el Gobierno del Estado de Chiapas; a éste le seguirían más de una decena de reconocimientos entre ellos el Premio Xavier Villaurrutia, el Nacional de Ciencias y Artes (1983), la Medalla Belisario Domínguez (1994).

Sabines volvió a la Ciudad de México, para trabajar con sus hermanos en una fábrica de comida para animales. De establo en establo, recorría la ciudad con su camión repartiendo alimentos, actividad que lo acompañará durante 17 años. En ese lapso la familia Sabines Rodríguez estaba completa: Jaime y Josefa con sus cuatro hijos Julio, Judith, Julieta y Jazmín, todos con nombres con J, para por elección del poeta.

En 1961 publica dos libros: *Diario semanal y poemas en prosa* y *Poemas sueltos*. Un año después la UNAM decide reunir su obra, hasta entonces escrita, en el volumen *Recuento de Poemas*.

No se puede ser un buen poeta si no se escribe cotidianamente, con una gran disciplina. Claro que

eso de *cotidianamente* hay que tomarlo con ciertas precauciones, porque no es lo mismo un novelista, que puede tener una disciplina férrea y decir: “Me siento en mi escritorio y voy a escribir de las diez de la mañana a las tres de la tarde”. Ya tiene sus personajes, sus temas, su argumento y todo es trabajo de redacción, según su estilo. La poesía no puede ser así, yo no puedo decir a las musas: “Vénganse de diez a tres”. Además, aunque lo haya deseado, físicamente no puedo. ¿Cómo escribir doblado sobre la rodilla derecha? Me canso a los cinco minutos. Y nunca he podido dictar, aunque intenté dictarles algunos poemas a mis hijos cuando estaba en el hospital.⁹

Por ese tiempo su padre enferma de cáncer y el poeta, como una imposición natural ante el dolor y la cercanía de la muerte, comienza a escribir los versos que se han convertido en uno de sus más importantes poemas: *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*. El 30 de octubre su padre fallece y Sabines abandona el poema... Pero en 1964 la imposición del tema de la muerte lo obliga a escribir la segunda parte de ese largo soneto, que se publica hasta 1973. Antes ya había publicado *Yuria* (1967) y *Maltiempo* (1972).

Los críticos dicen que *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* es mi mejor poema, aunque dentro del texto digo: “¡Maldigo al que crea que es un poema!”... porque yo estaba muriéndome con su muerte. Desde luego, considero objetivamente que es un poema importante dentro de mi obra. También dicen que *Tarumba* es el mediodía en la poesía de Sabines. Hay muchos poemas que me gustan y que no son tan famo-

⁸ *Idem.*

⁹ *Idem.*



sos. Todos los poemas que uno ha logrado escribir, y que cumplieron el deseo del poeta al ser escritos, son buenos.¹⁰

En 1976 Jaime Sabines incursiona en la política y es diputado por PRI en Chiapas. Su hermano Juan había sido electo gobernador del Estado, y Sabines vuelve a su tierra natal para trabajar con él. Aparece una nueva recopilación de su obra, la editorial Joaquín Mortiz publica *Nuevo recuento de poemas* en 1977, casi una década después la serie Cultura Populares de la Secretaria de Educación Pública hizo una reedición del este libro con un tiraje de 40 mil ejemplares que se agotó de inmediato.

En 1983 el poeta compra un rancho cerca de los Lagos de Montebello, Chiapas, al que bautiza como “Yuria”, igual que uno de sus libros. Allí Sabines siembra, ordeña a vacas, monta a caballo, retoza con su perro y su gato, escribe y juega ajedrez.

En 1986, para festejar sus 60 años, la UNAM y el INBA le organizaron un homenaje: escritores, poetas y periodistas impartieron diversas conferencias en torno a su figura y obra; los festejos cerraron con una lectura de sus poemas, y allí Sabines reunió, como ningún escritor mexicano antes lo había logrado, a cientos de lectores. El poeta comienza a combinar su vida entre “Yuria” y la ciudad de México.

Me sentía conmovido, pero también abrumado, porque se me hacía que aquello era una carga tremenda y una responsabilidad enorme frente a tantos lectores. En una crónica apareció un comentario de Carlos Mon-

siváis donde decía que había más gente que en un partido de futbol. Me impresionaron sobre todo la cantidad de lectores jóvenes. Eso me dio mucho gusto. Eran estudiantes, obreros algunos, pero no necesariamente gente ligada a la burocracia literaria del país. Pensé: “Ya soy muy conocido o, como dicen, famoso: ¿me será posible seguir escribiendo con la misma autenticidad?”. Fue como si me hubieran echado gasolina para los próximos 200 kilómetros.¹¹

En 1987 la editorial alemana Vervuert de Alemania publica una antología de Sabines, que lleva por título: *Dein Körper neben mir* (Tu cuerpo está a mi lado). Años después se publican otras antologías en Bulgaria, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Chile, Francia y España. Además, sus poemas se incluyen en antologías de poesía hispanoamericana editadas en más de una veintena de países.

El poeta vuelve a ser electo diputado, pero ahora por la ciudad de México. Y decide volverse definitivamente en la capital.

¿Qué tan lejos o cerca del príncipe puede vivir el poeta? Es una pregunta que me he hecho toda la vida, y que no me acabo de responder. El poeta idealmente debería vivir lejos del poder, y esto se daría sólo si tuviera una capacidad económica que le abriera las puertas de la libertad. La realidad es que el poeta tiene que trabajar para vivir como toda la gente. La primera vez que recibí por correo dieciséis libras esterlinas como regalías por una antología inglesa, quise enmarcar los billetes para demostrar que la poesía sí dejaba

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*

dinero. Aunque, honestamente, ya estaba curado en salud. Nunca he presumido ser un gran poeta, pero sí de haber sido de los pocos que han trabajado.

En noviembre 1989, durante un viaje a Chiapas, resbala en un pequeño escalón y se fractura el fémur de la pierna izquierda. A partir de entonces la enfermedad comienza a golpear su cuerpo que sufrió más de 40 operaciones.

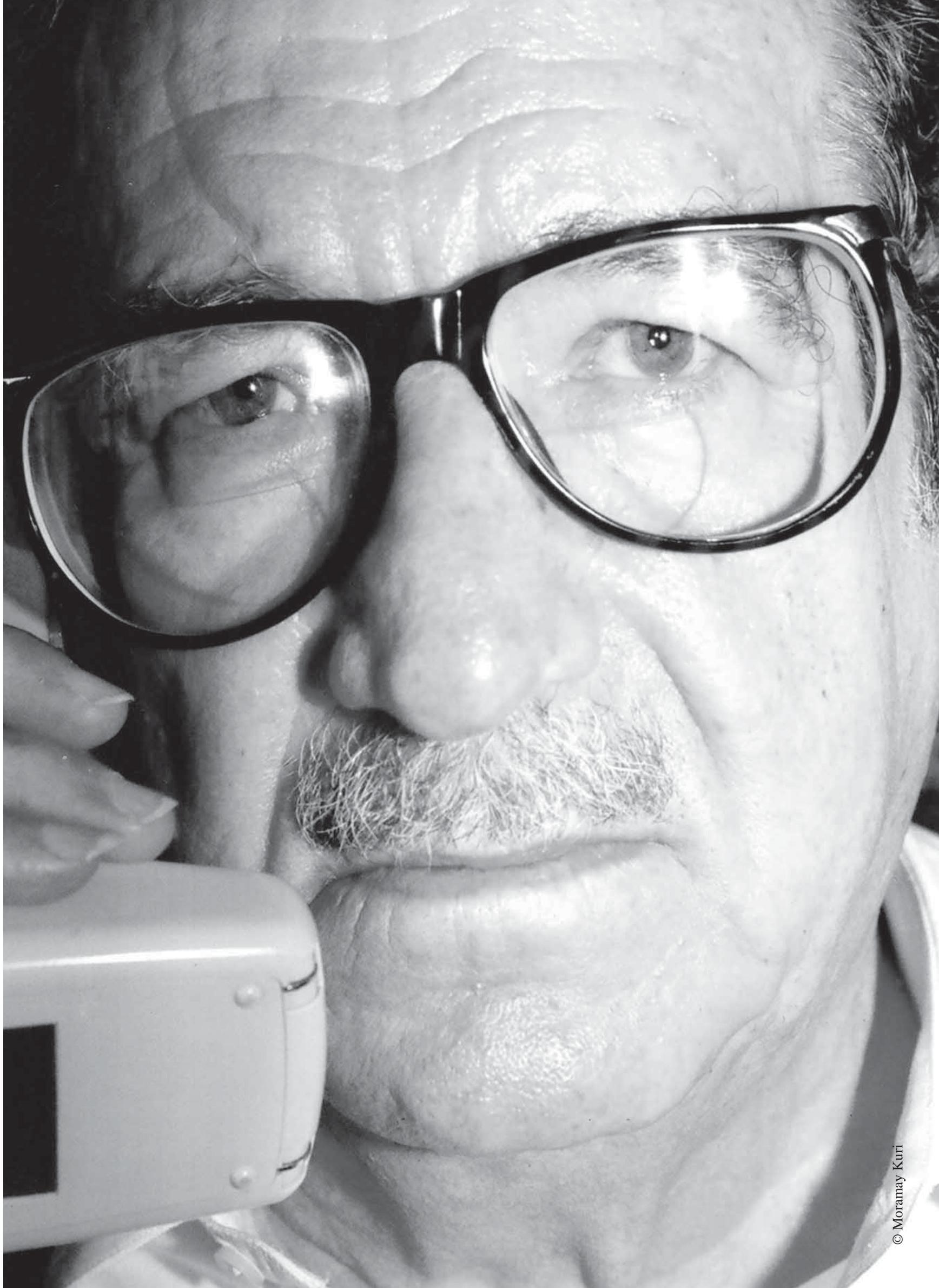
Sin embargo, éste poeta que canta a la muerte para celebrar “la hermosa vida”, y alejado de los reflectores de la fama, tuvo que acceder en el último lustro a ofrecer varios recitales de poesía a los que asistieron multitudes que superaron las 10 mil personas. Ya era, pese a él, el poeta más popular de México. La empresa telefónica más grande de México editó una antología de Sábines con un tiraje de 500 mil ejemplares.

En los últimos años el poeta fue invitado a viajar a ciudades de México y el extranjero para presentar nuevas ediciones de su obra, traducciones y lecturas de sus poemas en varias ciudades, Sábines fue invitado a Nueva York, y a festivales de poesía en Rotterdam, París, Madrid, Québec... En esos años solamente quiso dar a conocer un nuevo poema: “Me encanta Dios”.

El viernes 19 de marzo de 1999, murió Jaime Sábines, víctima “del Príncipe Cáncer”. Murió en su casa, al sur de la ciudad de México, bajo los cuidados de su familia.... Antes de morir, ya sin hablar, sus ojos azules se quedaron mirando a través de la ventana de su habitación: al otro lado una buganvilia comenzaba a florecer tras la cercanía de la primavera. Seis días después el poeta habría cumplido 73 años de edad.

Honradamente, lo que no me gustaría es que mis lectores se olvidaran de mí. Lo que buscaba no era alejarme de mis lectores sino hacer a un lado toda esa explosión de prestigio súbito y de fama que, temí, no me dejaría escribir en lo sucesivo; como decía Baudelaire, la fama tiene una larga trompeta prostituida. Entonces no hay que hacerle mucho caso. Por eso asistí solamente al primero y último día del homenaje, porque si hubiera estado ahí todo el tiempo me habría sentido mal, como un santón entre tanto elogio y declaraciones de amor; y, por otro lado, siempre tuve pánico a los periodistas, que son tan insistentes.¹²

¹² *Idem.*

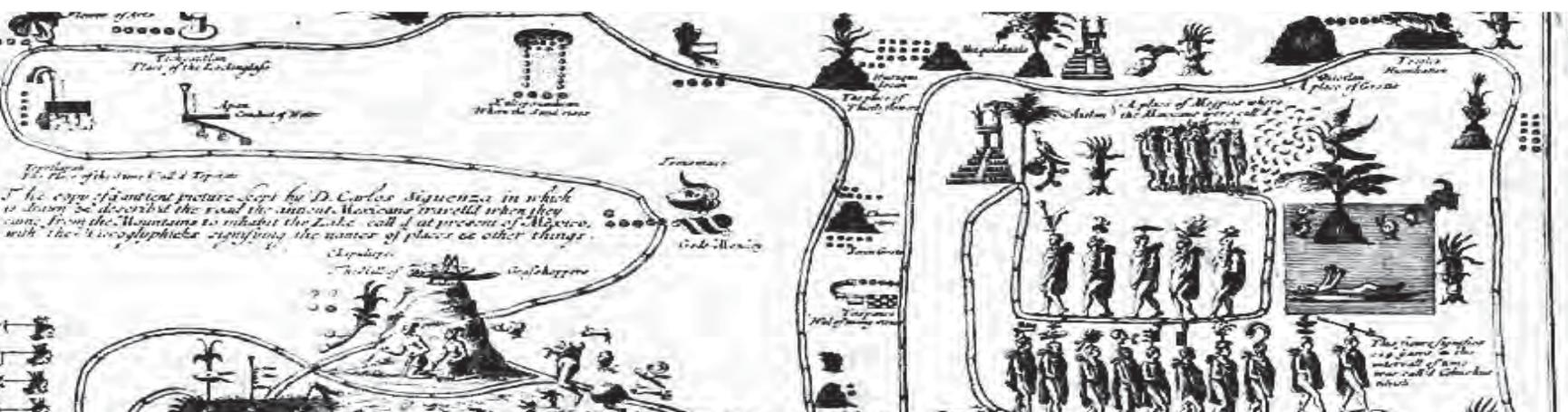




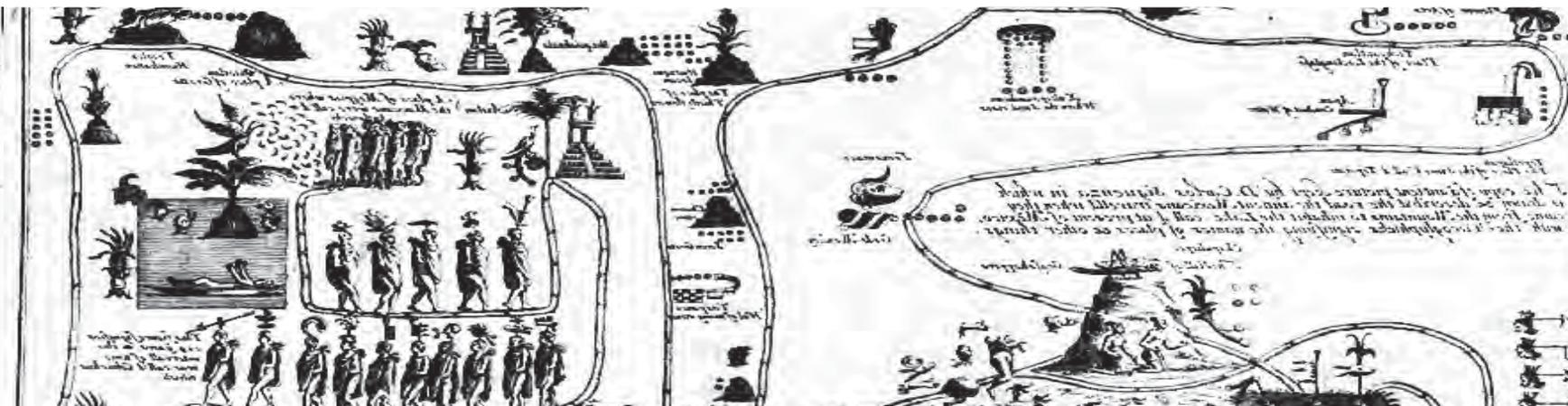


La Ciudad de México y Ramón López Velarde

Ernesto Lumbreras



La carta del niño Ramón López Velarde, de 7 años de edad, dirigida a sus padres desde la Ciudad de México, es el primer registro que se tiene del poeta en los aires del Valle de Anáhuac. Fechada el 22 de febrero de 1896, el documento lo dio a conocer el infatigable y curioso Luis Noyola Vázquez en 1949 en el número 7 de la revista *México en el Arte* dedicado al poeta. En esa amorosa cartita, el niño da cuenta de que su tío paterno Pascual sigue con dolores y que su esposa, tal vez por no descuidar al enfermo, rara vez sale de casa, por lo que han sido contadas las ocasiones en que ha visitado el centro de la capital. ¿Cuántos días estaría lejos de la casa solariega de Jerez donde la tía solterona, Elena López Velarde evocada en la misiva, cuida de sus hermanos? Aventuro que al menos un par de semanas, el primogénito de doña Trinidad Berumen y don Guadalupe López Velarde, estaría en la gran ciudad sumando faltas a su boleta escolar y a la del catecismo. En ese papelito, doblado en cuatro folios, anota un punto de la ciudad donde los tíos y el sobrino se hospedaron: Puente de Santa Ana. ¿Fueron recibidos por un familiar o se quedaron en un mesón de ese rumbo próximo a la Estación de Santiago Tlatelolco? Cotejando mapas de la época, identifiqué muy cerca de allí la Parroquia de Santa Ana, en el corazón de Peralvillo, y un poco más al norte, la Aduana y el Hipódromo. En ese año, todavía don Pascual López Velarde, padrino de bautizo de Ramoncito, se dedicaba a la minería haciendo empresa con su hermano Mateo quien moriría asfixiado en un tiro del Mineral de Catorce en San Luis Potosí. Bajando en un tranvía de mulitas, en línea recta, por la actual calle de Jesús Carranza —llamada todavía a principios del siglo XX, Pte. Tezontlale— los provincianos descubrían, calle a calle, la llamada “ciudad de los palacios” y “de las cúpulas”. La primera gran sorpresa sería el conjunto arquitectónico alrededor de la Plaza de Santo Domingo donde, justo un año atrás, la jovencita Margarita Quijano leyó el poema “A la Corregidora”, la última creación surgida del cuerpo y del espíritu de Manuel Gutiérrez Nájera.

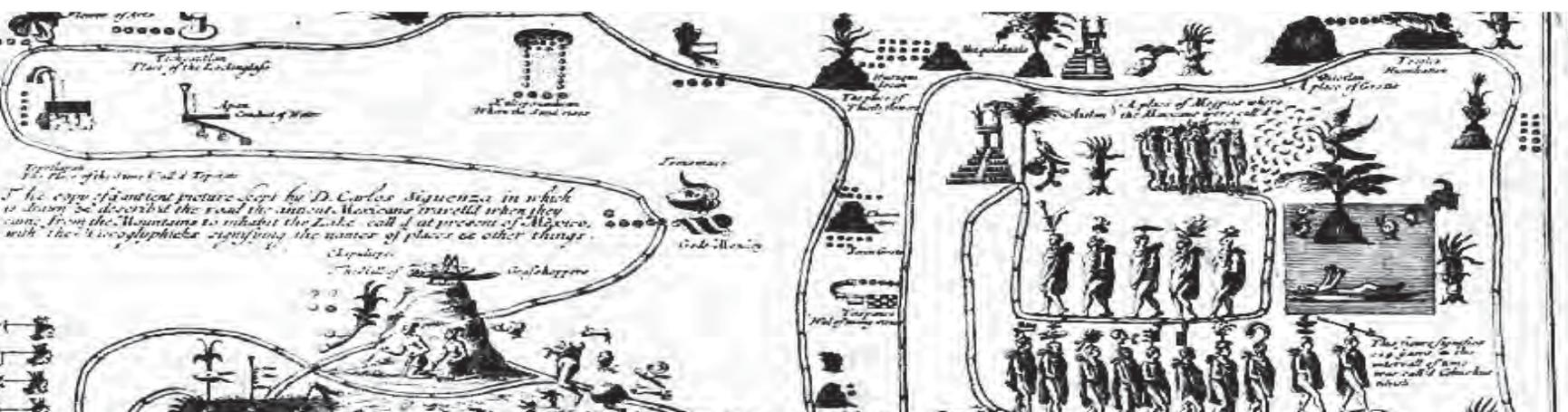


En esa mañana de febrero, fría y ventosa, todos los sentidos del infante de Jerez están alertas mientras atraviesa las calles congestionadas de carruajes y transeúntes. Todo lo asombra, lo conmueve y lo excita. El traqueteo y las chispas de los tranvías eléctricos en el Zócalo, la elegancia y garbo de las señoras y señoritas que caminaban por Plateros, muy distintas en su vestir en comparación con sus paisanas; la multitud de los pregones de los vendedores callejeros que a cada hora toman relevo igual que los aromas y los olores que salen de los restaurantes y fondas; el bullicio de los talleres y oficinas; la solicitud plañidera de los mendigos en La Profesa o en el atrio de San Francisco... También lo asalta el pavor y la confusión, ciertos escalofríos al descubrir una pantorrilla femenil subiendo las escaleras del Congreso en la calle del Factor, o el escote de cierta cantante de zarzuela en un anuncio del Teatro Arbeau.

Ni la vialidad más transitada de Zacatecas compite con este hervidero de gente que va y viene por las aceras, que entra y sale de los fastuosos edificios de cantera y tezontle. ¿Tendría la fortuna de admirar la Plaza del Zócalo iluminada por más de 2 mil bombillas eléctricas? Para comienzos el año de 1896, la divisa “orden y progreso” de los gobiernos de Porfirio Díaz se encontraba en la cima más alta; las inversiones inglesas en un primer momento y luego la norteamericana, apuntalaron la economía del país como nunca antes en su historia. La Ciudad de México, con poco más de 329 mil almas, según las cuentas

de don Antonio Peñafiel, era un claro ejemplo de la bonanza y del optimismo civilizatorios, creciendo año con año con nuevas colonias y fraccionamientos; levantando aquí y allá nuevos edificios públicos y privados de un estilo arquitectónico variopinto. ¿Pasaría por la cabeza del niño López Velarde que esta urbe, pujante y desinhibida, cesárea y babilónica significaría tanto para su destino? La pregunta no es ociosa pues se dice que el muchachito tiene dones de nigromante. En tanto en los muros y las baldosas de la capital, ha dejado su sombra infantil como prenda de un retorno benéfico, compromiso de un *vedi, veni, vici* futuro, proclamado en sordina por un alma curiosa e insatisfecha que quizá ya intuye, no obstante su corta edad, otros mundos revelados gracias a los acoplamientos inesperados y audaces de las palabras.

También, en 1896, aparece el último número de la *Revista Azul* y se publica la primera reunión de la poesía de Gutiérrez Nájera, con prólogo de Justo Sierra, en la Oficina Impresora del Timbre. Mientras tanto, Amado Nervo se recupera del éxito tras la publicación de la novela *El bachiller* (1895), al tiempo que publica crónicas y artículos en los principales diarios de la capital. En ese mismo año, lejos de la vanagloria y el estruendo ciudadanos, en Cerritos, un pueblito perdido entre las sierras y los desiertos potosinos —donde ya había sido un Juez de Primera Instancia—, Manuel José Othón lleva los asuntos de un contratista del ferrocarril aprovechando sus ratos



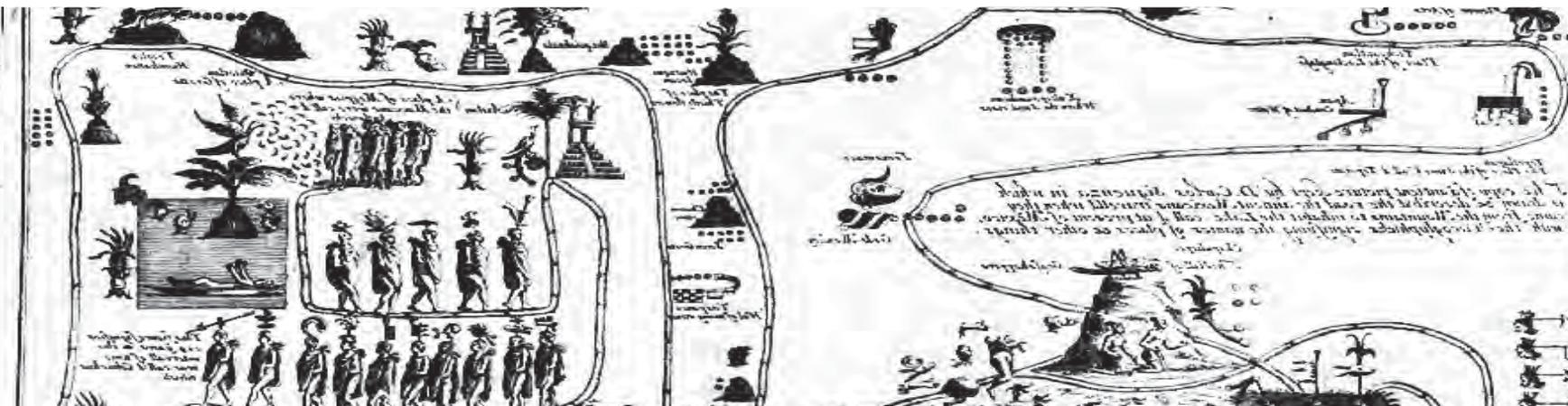
libres para revisar y corregir su poema “La noche de Walpurgis”. A una distancia mayor, el recién graduado Enrique González Martínez abre un consultorio médico en Culiacán, Sinaloa, después de tomar la decisión de abandonar su natal Guadalajara en compañía de su prole. De regreso de Mazatlán y Guadalajara, José Juan Tablada pasa algunos meses de 1896 en el hospital de San Hipólito en un proceso de desintoxicación por consumo de drogas. Bajo la luz de esa estrella de cinco puntas de la poesía mexicana, en las décadas por venir, el adolescente y joven López Velarde forjará sus armas y sus letras para también afirmar, como diría el florentino, “y entre esos altos ingenios, el sexto fui yo.”

Passarían poco más de tres lustros para que el jerezano retornara, en marzo de 1912, a una muy cambiada Ciudad de México.¹ También este joven

¹ Con base en un pasaje de *Génesis del Congreso Constituyente 1916-1917* de Jesús Romero Flores, José Francisco Pedraza Montes menciona en *Ramón López Velarde en San Luis Potosí*, que el poeta asistió a la Convención Nacional Antirreeleccionista que se llevó a cabo en la Ciudad de México el 10 de abril en el Tívoli de Elíseo. Esta convención donde se eligieron candidatos a presidente y vicepresidente de la República, realmente se realizó del 15 al 17, aprobando la fórmula Madero y Francisco Vázquez Gómez. Informa Pedraza Montes que los delegados por San Luis Potosí fueron Manuel Aguirre Berlanga, Pedro Antonio de los Santos y Ramón López Velarde. El Tívoli del Elíseo, enorme centro recreativo del esplendor del Porfiriato, se localizaba en la actual colonia Tabacalera, en la esquina de Puente de Alvarado e Insurgentes Norte. Según las pesquisas de Guillermo Sheridan, el escritor no estuvo en la referida convención, “obligado por su conciencia a terminar sus estudios antes que otra cosa.” (Sheridan, *Un corazón adicto*, p. 80).

veinteañero ha mudado en muchos aspectos, no solamente en lo físico que destaca por su espigada y robusta talla o su vestimenta de abogado de provincia. Durante esos 16 años, hizo estudios en Zacatecas, en Aguascalientes y en San Luis Potosí. Pasó por el seminario zacatecano fugazmente. En una visita a casa de su tío Salvador Berumen, en una mañana iniciática de 1897, conoció y se enamoró perdidamente de Josefa de los Ríos, la futura Fuensanta, su “amor constante más allá de la muerte”. Desde 1906 ha publicado poemas y artículos en periódicos y revistas de Guadalajara y Aguascalientes con comentarios halagadores y las mejores expectativas para un escritor “cachorro”. En noviembre de 1908 murió su padre y en el siguiente otoño, el de 1909, sepultó también sus ilusiones terrenales de amar a Fuensanta en la constancia más vital de la vida.

Afortunadamente para su doble luto, los vientos políticos que remueven la dictadura de Díaz despabilan y llaman a la acción al estudiante de leyes. Simpatiza, como varios de sus condiscípulos, con el movimiento anti-reeleccionista de Madero y se apresta para apoyar la candidatura del político de Parras una vez que defina su candidatura para la justa democrática de 1910. En su gira por el país, el autor de *La sucesión presidencial* hará una parada en San Luis Potosí, del 27 al 30 marzo de ese mismo año, ocasión que tendrá el poeta para conocerlo y tratarlo. En todo el país, el maderismo no cesa de crecer en apoyos y simpatizantes. Preocupado y torpe, el gobierno en-

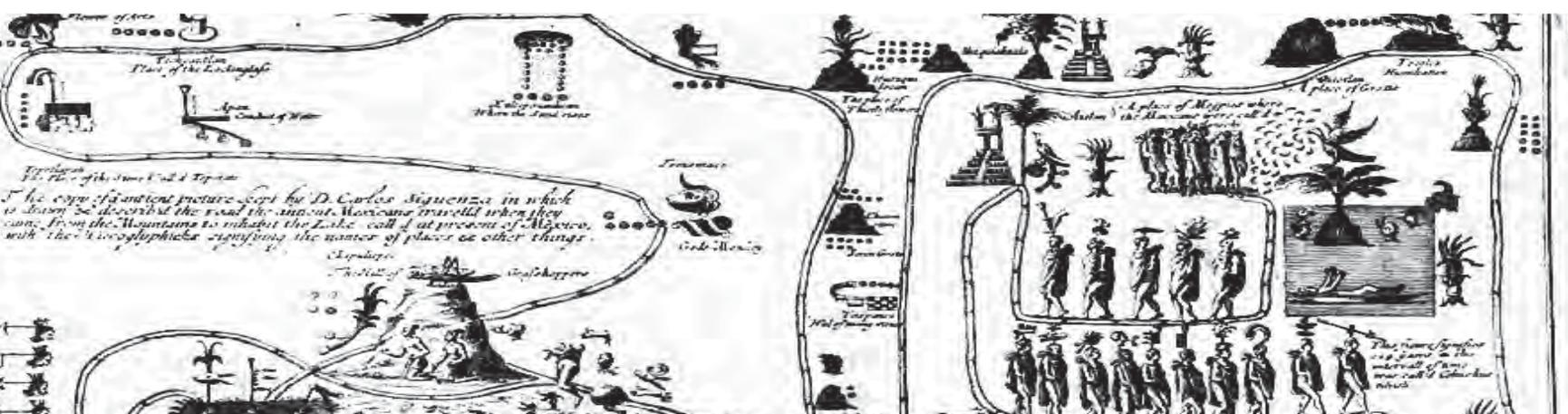


ciende focos rojos y ordena la detención del candidato en Monterrey para luego trasladarlo a la prisión de la capital potosina. De nueva cuenta, el grupo de jóvenes alumnos de leyes, capitaneado por Antonio Pedro de los Santos, sale a la defensa jurídica del preso político. Tras el pronosticado fraude electoral que otorga la reelección de la fórmula Díaz-Corral, los maderistas hacen un cambio radical en su estrategia y llaman al levantamiento popular tras la expedición del Plan de San Luis. Con discreción, pero en primera línea, Ramón López Velarde participa en ese ajedrez político y social que se realiza en el solar potosino. Gracias a sus colaboraciones en *El Regional* de Guadalajara, y a su correspondencia con el director de dicho periódico, su amigo y mentor, Eduardo J. Correa, se puede seguir la evolución de los acontecimientos nacionales hasta la toma de posesión de Madero, el 6 de noviembre de 1911, así como de los primeros meses de su mandato. En paralelo a las noticias de la historia del país, esas páginas también nos ubican en los trabajos y en los días del pasante, y luego abogado titulado con honores, que tiene que dejar la ciudad de San Luis para instalarse en la población de Venado —tan sólo por unos meses de reflexión y hastío— antes de dar el salto a la Ciudad de México.

Según el censo de 1910, la capital del país tiene una población de 471 006 habitantes, sin contar las almas que residen en sus municipios periféricos, siendo los de Tacubaya, Tacuba y Xochimilco los más poblados con 37 532, 36 087 y 30 093 respectivamente. En aquel momento, México era una nación preponderantemente rural con poco más de 15

millones de habitantes regados en los 2 millones de kilómetros cuadrados de su mutilado territorio. Después de la Ciudad de México, los centros urbanos de mayor población eran Guadalajara con 235 889 habitantes, San Luis Potosí con 149 158, Veracruz con 142 808 y Puebla con 112 997. La bizarra capital del estado, Zacatecas, tenía en aquella época 63 976 pobladores, mientras que Jerez contaba con 51 789, Aguascalientes con 76 591 y Venado con 31 176. Con estas y otras estadísticas, las más entusiastas y desbordadas en materia económica, el gobierno de Porfirio Díaz y el séquito de Científicos se preparan para la celebración del centenario de la Independencia de México. Un fanatismo irreductible en el progreso de la nación impide a la clase política y financiera de aquel año crucial, avizorar en lo inmediato un malestar público que quema las entrañas y la conciencia de muchos mexicanos. Un pastizal crecido y seco de injusticia social y control político, de concentración de la riqueza en unas pocas familias, de crueldad racial en algunas zonas del país, de censura y cohecho en la libertad de expresión, de generosas concesiones de los bienes nacionales al capital extranjero, crea las mejores condiciones para que “la tormenta” (Vasconcelos *dixit*) o “el volcán que irrumpe” (Azuela *dixit*) derramaran su poderosa y ciega cólera en la siguiente década a fin de renacer de esos lodos y de esas cenizas.

Con el título de abogado en el portafolio, y dos cartas de recomendación, una del mismo Madero y otra de su amigo Pedro Antonio de los Santos, Ramón López Velarde, en compañía de su hermano Je-



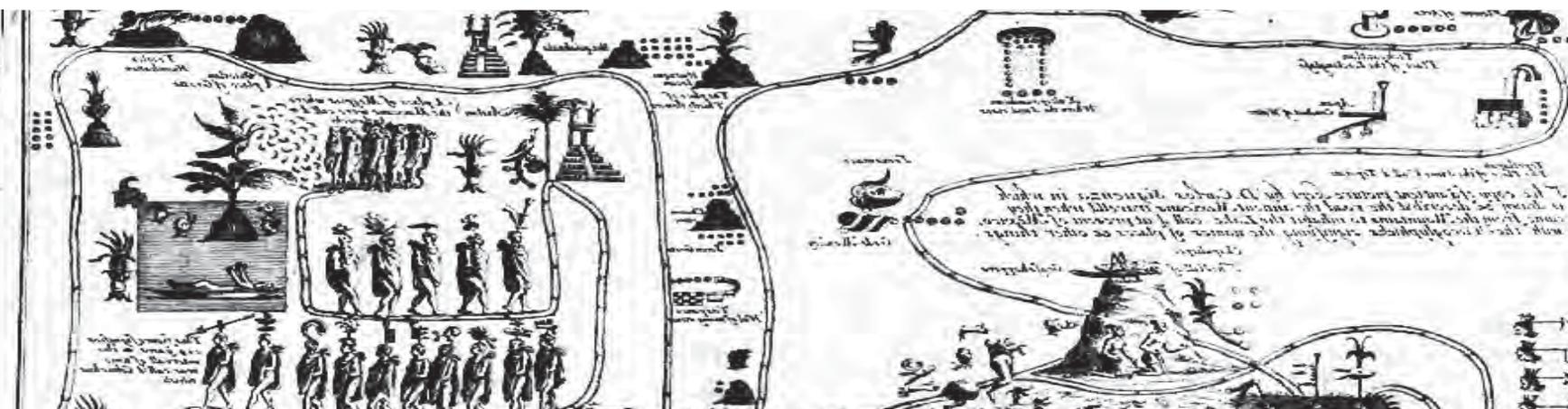
sús, arregla asuntos en la capital potosina y marcha a la Ciudad de México con la expectativa de colaborar con el gobierno maderista. Ha comenzado la primavera del año de 1912 y el horizonte de la nueva administración pública presenta tolvaneras, incendios y tempestades. La más reciente calamidad es el alzamiento en Chihuahua de Pascual Orozco que tiene en vilo al ejército federal tras la derrota de la Estación de Rellano el 24 de marzo. Las tropas zapatistas, especialmente en Puebla, Morelos y el Estado de México, no han dejado de presentar combate, de tomar pequeñas localidades y de incrementar su capital político. Para colmo, la prensa local, sometida y comprada por la dictadura porfirista, ahora se da vuelo y arremete con locura y cinismo contra el presidente y sus ministros, incluso contra la esposa del primer mandatario. En estos días, también, en la embajada norteamericana, Henry Lane Wilson remite cables alarmistas y tendenciosos a Washington sobre una supuesta e incontenible debacle del nuevo gobierno. Bajo estas enfebrecidas y preocupantes coordenadas, López Velarde busca audiencia en Palacio Nacional a fin de ofrecer sus servicios. En un mal momento, tal vez, se topa con Madero en el ascensor y éste, con varios navíos zozobrando en su cabeza, lo recomienda sin más para que se entreviste con el ministro de Justicia, Manuel Vázquez Tagle, quien concederá al zacatecano un mísero cargo de secretario del juzgado cinco menor al que pronto habrá de renunciar.²

² Como se lo cuenta a Guadalupe Appendini, refiere Jesús López Velarde que el cargo “lo desempeñó por poco tiempo, dado que su tempe-

Posiblemente frustrado y herido en su amor propio por las migajas recibidas, el joven poeta se olvidó de la política y buscó posibilidades laborales en su ámbito profesional. En esos días de tensión y desilusiones, también procuró la compañía de un viejo amigo de sus años en Aguascalientes, Pedro de Alba, quien estaba por concluir la carrera de medicina en la Universidad Nacional. ¿Estaría al tanto López Velarde de la polémica suscitada a finales de enero de 1912 entre los estudiantes capitalinos y José Vasconcelos, entonces asesor cercano de Madero? Entre los mítines y la guerra de tinta, el joven de Alba envió una carta que contrataba las injurias lanzadas a los estudiantes por parte del ateneísta quien los había llamado “degenerados y cómplices de la tiranía de Díaz”; el aguascalentense, según la crónica de Alfonso Taracena, cuestionó “al licenciado Vasconcelos diciéndole que para que éste sea una “personalidad” le faltan muchas cosas, entre otras, ‘la de convencer al público de esa su cacareada superintelectualidad de que tanto alardea. (...) Llama soporífera la disertación de Vasconcelos sobre Barrera, afirmando que hizo bostezar a muchos.”³ En su complicidad de provincianos, los jóvenes amigos se confiaron, seguramente, sus pequeñas grandes hazañas y las ilusiones que depositaban en la gran ciudad. En esos primeros meses, Pedro de Alba sería el atento y cordial Virgilio del nacido en Jerez por las calles y los laberintos de la capital de los virre-

ramiento no le permitía lanzar a las personas y quitarles sus pertenencias.” (Appendini, *RLV. Su rostro desconocido*, p. 18.)

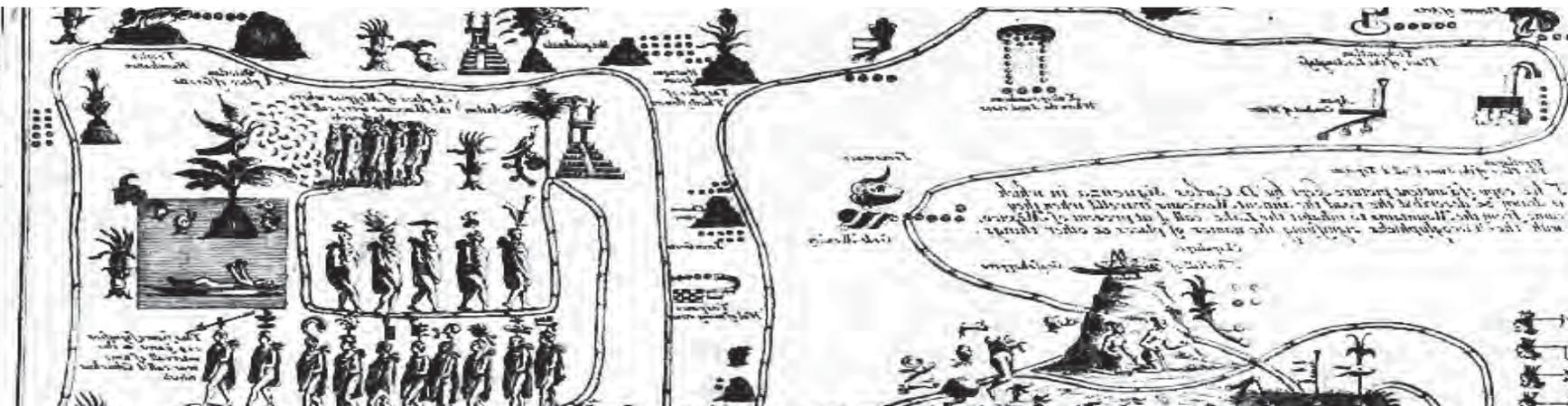
³ Taracena, *La verdadera Revolución... 1912-1914*, p. 22.



cisco Madero: “¿Qué probabilidades tiene el festín famoso? ¿Ya consiguió un ascenso por todos conceptos meritorio.”⁶ En esos meses iniciales de 1912, Correa era partidario de que Madero dejara la presidencia y de que el mejor candidato para sucederlo no podría ser otro que Francisco León de la Barra, el del “interinato negro” a decir de Vasconcelos, quien regresaba de Europa y era recibido en Veracruz por unas cinco mil personas entre vítores y flores. No obstante esos infortunios y amenazas, el joven poeta se mantuvo leal a la causa de Madero hasta las últimas consecuencias, defendiéndolo en repetidas ocasiones con su pluma desde la redacción de un diario católico.

* Del libro en preparación *Un acueducto infinitesimal. Ramón López Velarde en la Ciudad de México 1912-1921*. (Calygramma-FONCA).

⁶ RLV, *Correspondencia Eduardo j. Correa*, p. 161.



EL SUR

Ednodio Quintero

Para Leda y Daniel Andrés

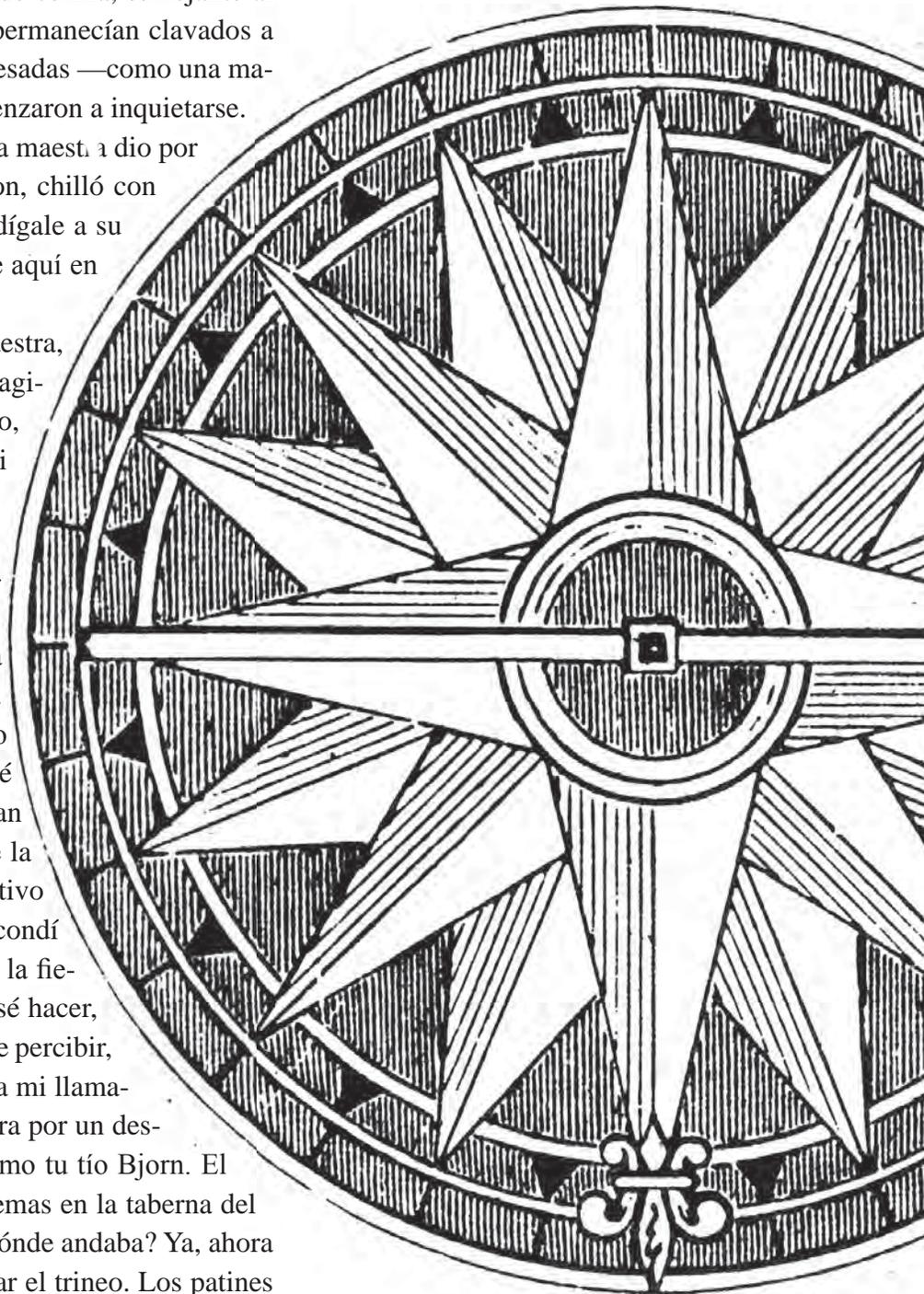
Me llamo Harold, tengo once años y mi padre es guardabosques. ¿Será que lo guarda cada noche para que los leñadores de la aldea vecina no se roben los árboles? Debe ser enorme la caja donde tiene que guardarlo —como una de ésas llena de cerillas que traen de Suecia, multiplicada por mil. Cállate, idiota. Otra vez estás desvariando. Que no te escuche tu madre, pues si sospecha que te ha vuelto la fiebre, será capaz de venirse con sus mantas y pasar la noche contigo. Y con ella durmiendo a tu lado, ¿cómo harías para escapar?

La idea de escapar se me ocurrió hace unos meses, al comienzo de las clases. Por cierto, la maestra Helga estuvo a punto de desbaratar mi plan. Ella siempre me llama la atención cuando me pilla distraído con la mirada perdida en alguna región del aire o fija en una grieta de la pared. ¿Pensando en el Sur?, me pregunta. Y sin aguardar respuesta, agrega: deja de fantasear, muchacho, el Sur no existe. El Sur existe, yo lo sé, pero no voy a contradecir a esa pobre loca —vestida como un espantajo y con el pelo alborotado como si se acabara de levantar. La culpa es mía por haber confiado mis secretos a una desconocida. Cometí un error, la primera vez, cuando le hablé de mis intenciones de emigrar al Sur. La señorita Helga me había sorprendido en uno de mis momentos de distracción, y quiso saber cuál era el motivo de aquel inusual comportamiento. Le dije que planeaba irme al Sur. Que allá había un país sin nieve ni estaciones, que el sol calentaba todo el año, y que incluso las noches eran cálidas. La gente vestía ropas ligeras y muy coloridas. Los aborígenes (me sentí orgulloso de utilizar una palabra rara) dormían desnudos en camas de lona, algunas colgadas entre los árboles —qué cosa, ¿no?—, y protegidas por una red muy fina que impedía el paso de los mosquitos. También el mar era caliente, y con olas más altas que una casa. Se podía esquiar sobre ellas, bambolearse en el aire como un jinete acuático, y hacer piruetas, uf. Debe ser más emocionante que lanzarse cuesta abajo montado en un par de patines. ¿No le parece? Imagínese usted, encaramada en la cresta de una ola: ¡la reina del Brasil! Sí, se me había soltado la lengua, y la maestra se me quedó mirando como si hubiera visto un insecto raro y se dispusiera a aplastarlo de un pisotón. Pero antes de asestar el golpe final, me preguntó: ¿Y cómo piensas, pequeño Harold (detesto que me llamen pequeño), viajar a ese... inexistente... país? ¡En trineo!, le respondí, muy seguro de lo que decía. A la señorita Helga le dio un

ataque de risa, repentino e incontenible, y en el empeño casi doloroso por recuperar la calma, su rostro fue perdiendo el color encendido y rubicundo hasta adquirir un tono gris, como de ceniza, semejante al de las hojas muertas. Mis compañeros, que permanecían clavados a los duros asientos, moviendo sus cabezotas pesadas —como una manada de alces de vuelta al dormitorio—, comenzaron a inquietarse. Y antes de que se alborotaran por completo, la maestra dio por terminado el interrogatorio: Harold Haroldson, chilló con aquella vocecita que tanto me desagradaba, dígame a su señor padre, Olav Haroldson, que se presente aquí en la escuela mañana por la mañana.

Comuniqué a mi padre el recado de la maestra, y aguardé por la segura reprimenda —que imaginaba cruenta e inmerecida. Y que, sin embargo, tardaba en llegar. Después de una semana, mi padre tocó el tema de su cita con la maestra, y, en contra de mis temores, no me hizo ningún reproche. “Yo también, en mis tiempos, soñaba con el Sur”, dijo.

El Sur, el Sur. Me encanta esa palabra. Suena como el silbido del viento entre los árboles. En cambio, Norte es áspera, parece el bramido de una res. Sí, el Sur aguarda por mí, me iré esta misma noche. Cuando ya todos se hayan dormido, me vestiré y saldré por el hueco de la ventana. Me deslizaré como un cazador furtivo hasta el establo y desenterraré el trineo que escondí bajo el heno, la semana pasada, antes de que la fiebre me tumbara. Con un silbido que yo sólo sé hacer, y que los oídos de un humano son incapaces de percibir, llamaré a Kid, el perro, que acudirá volando a mi llamado —raudo como una bola de nieve que rodara por un desfiladero. Cuidado, Harold, estás hablando como tu tío Bjorn. El tío Bjorn, arruinado por el alcohol, recita poemas en la taberna del pueblo a cambio de unos tragos de vodka. ¿Dónde andaba? Ya, ahora me toca ponerle a Kid los arneses y enganchar el trineo. Los patines están listos para un largo viaje, yo mismo me he ocupado de afilarlos, cortarán el hielo como una hojilla, zuás. Los antiguos pobladores de





estas tierras construían patines con huesos de animales —megaterios, quizá—, y en sus travesías nocturnas se orientaban por las estrellas. Yo dispongo de un trineo hecho de madera y con patines de acero inoxidable. Ah, y de una brújula finlandesa, marca Suunto. Me la trajo mi padre de su viaje a Helsinki el año pasado. Ojo, muchacho, no debes olvidarla. Si te aventuras por esos caminos de tinieblas sin una brújula para orientarte, corres el riesgo de protagonizar —otra vez— la historia del holandés errante. Lo de holandés es incorrecto, soy noruego, hijo de Olav. ¡Qué importa quién sea tu padre, ahora que te preparas para huir! Aparta de esa cabeza de pajarito pensamientos superfluos. Concéntrate en lo esencial. Repasa tu programa. Sé que lo has memorizado como si se tratara de la tabla de multiplicar, pero debes repetirlo una y otra vez. Vamos, repítelo de nuevo. Recuerda que no puedes cometer errores, no habrá una segunda oportunidad. Si fallas, estarás condenado a permanecer de por vida en este país de nieve, prisionero entre montañas de frío atroz y soledad.

Aún es temprano. Oigo los pasos de Marit en el piso de arriba, el taconeo de sus zuecos, madera sobre madera, resuena en mi cabeza, toc toc. Marit debe estar paseándose por la habitación, dándose ínfulas de princesa, fumando como un deshollinador. Ahora se acerca a la ventana y la entreabre para que el aire frío —que entra resoplando como un fuelle— ahuyente el olor del tabaco. Y Stine Lise, espejito espejito, protesta desde su tocador. Hermana, ¿quieres que el viento nos arruine los pulmones? Cierra la maldita ventana, ya. Esas hermanas mías son unas locas. Marit, la mayor, tiene diecisiete años, y fuma a hurtadillas. Yo la sorprendí el otro día en el establo. Vi humo saliendo del lomo de una vaca y me asusté. Quise salir corriendo, pero Marit me atrapó. Luego me amenazó con dejarme atado durante una noche entera en la empalizada si le iba con el cuento a la pobre de mamá. Madre no está para sustos, pensé, cualquier contrariedad la pone a temblar, voltea los ojos y le sale espuma por la boca, qué barbaridad. Y en aquel trance, su cuerpo rechoncho puede ir a dar contra el piso como un saco de cebada, y si se golpea el cráneo, adiós. Marit, hermanita, suéltame ya, sabes que no te acusaré. Aunque me azotaran hasta sangrar, no diré una sola palabra. Te lo juro por Odín. Marit sonrió con esos dientes suyos de caballo y me acarició el pelo, y yo estuve tentado de confesarle mis planes de fuga. Ahora que soy cómplice tuyo, te confiaré un secreto, me voy al Sur, bla bla. Pero me contuve, no tanto porque desconfiara de ella, no, sino porque no



quería que se burlara de mí. Stine Lise tiene quince años y no ha caído en ese horrible vicio del tabaco. Lo suyo es algo peor, pienso yo. Permanece día y noche frente a un espejo. De tanto contemplarse, creo que el rostro se le va a desgastar —¡qué horror!— como el filo de las hoces durante la cosecha de avena, chas, chas. No entiendo a Stine Lise, y mi madre la regaña por cualquier motivo. Ociosa y buena para nada, niña bonita —oigo que le dice. Pobrecita Stine Lise, nadie la comprende.

Yo las quiero mucho a las dos. Y en estos días he intentado demostrárselo de todas las maneras posibles. Las abrazo y las beso a cada rato. Es como si me estuviera despidiendo de ellas para siempre, sí, porque no las veré más. ¿Qué le pasa a Harold? Anda como un perro con pulgas, de allá para acá. No se queda un instante tranquilo. Llega y se me cuelga del cuello y me besuquea como si yo fuese su novia. Y a mí me mira con ojos de ternero, y a ratos lo escucho suspirar. ¿Qué le sucederá? Él antes no era así de efusivo, incluso nos ignoraba. Pero ahora... ¿Será que está cambiando con la edad? Vamos, no exageres, si apenas es un niño. (¿Niño, yo?). ¿Lo habrá embrujado alguno de esos duendes pícaros que medran en los bosques de abedul? Yo opino que se está volviendo idiota, míralo bien. Suele ocurrirles a los hijos de madres viejas, es lo que dice el tío Bjorn. Y nuestra madre ya había pasado de los cuarenta cuando nació Harold. Así hablaban Marit y Stine Lise, y yo las oía murmurar, pero por nada del mundo les revelaría el motivo de mi desazón. Luego vino la fiebre y me fulminó, y mis hermanitas dejaron de especular. Sí, las quiero mucho, de verdad, y me pregunto qué pensarán cuando se enteren de mi huida. ¿Me echarán de menos? ¿Cuánto tiempo tardarán en convencerse de que ya no estoy? ¿Acaso me olvidarán?

Mi madre morirá pronto, lo sé. Nada podrá impedir su muerte. La he visto en sus ojos, que poco a poco, como el fuego de la chimenea cuando dejan de alimentarlo, han ido perdiendo su luz. Y también lo he visto en esa especie de corona que le rodea el cráneo, antes luminosa y brillante como si llevara un bombillo encendido entre el cabello, y ahora cada vez más apagada. El día que ese halo oscurezca por completo, mi madre morirá. No estaré aquí para acompañarla en su agonía. Y aunque estuviera muy cerca de ella, rodeando su cuello con mis brazos y acechando el latir de su fatigado corazón, nada podría hacer para cambiar su destino. He pensado mucho en mi madre, todos estos días, mientras la fiebre me bamboleaba de aquí para allá, la he pensado con intensidad. Cuando se aproxima con pasos ligeros a mi



cama, me fijo en ella, veo cada detalle de su rostro, intento apropiarme de él —como si se tratara del mapa de una región desconocida, a la cual debo enfrentarme, sin brújula ni estrellas guías, sin puntos de referencia, sólo confiando en los caminos francos, en los atajos y bifurcaciones grabados como un tatuaje en la memoria. Quiero llevarme conmigo esa imagen suya, conservarla intacta para evocarla en algún instante de flaqueza durante mi larga travesía rumbo al Sur.

¿Y mi padre? ¿Qué será de Olav Haroldson cuando sepa que su hijo querido ha desaparecido sin dejar ninguna huella? Me lo imagino bramando como un alce herido, lamentando su perra suerte, imprecaando a Odín. Si por mi fuera, no le causaría semejante dolor. Pero ya no puedo echar marcha atrás, debo cumplir mi sueño ahora que tengo voluntad. Si aguardo la vejez, como mi padre, me crecerán raíces en los dedos de los pies, y así cualquier esfuerzo por apartarme de esta comarca desolada y huérfana de sol será tan cuesta arriba como hacer que esos árboles de la colina marchen en fila rumbo a la ciudad. Yo sé que mi padre, en el fondo de su corazón, está de acuerdo conmigo. Él también, en su lejana juventud, soñó con el Sur. Compartimos ese anhelo, que ya es mucho decir. Ah, y tenemos algunas otras cosas en común. —sin hablar, claro está, de los ojos claros, el cabello ensortijado y la larga nariz. Ambos detestamos a los cazadores furtivos, que llegan en bandadas durante la época de veda y arman sus tiendas en los claros del bosque, pues no hay ninguna ley que les prohíba acampar. Traen aparejos de pesca e incluso cámaras fotográficas, para disimular. Y entre sus bastimentos esconden los rifles con mira telescópica y silenciador. Aguardan la llegada de la noche y amparados por las tinieblas sorprenden a los indefensos ciervos en sus dormitorios. Los enceguecen con linternas y les clavan un pedazo de plomo en medio de la frente. Si la presa es muy pesada, la despellejan y descuartizan en el sitio. Se llevan la piel, la carne y la cornamenta, y dejan sobre el mantillo del bosque un reguero de sangre, vísceras y huesos. Confían que los lobos salvajes, atraídos por el olor, den cuenta de los restos de la carnicería. Vuelven al campamento antes del amanecer y huyen como ratas rumbo a la ciudad. Yo nunca los he visto, ni siquiera de lejos, pero mi padre me ha hablado de ellos y he aprendido a odiarlos. Son unos desalmados. El año pasado, por primavera, Olav logró detener a un trío de furtivos. Llevaban cinco cervatillos muertos en una camioneta pick up. Y qué les hicieron —pregunto—, a los cazadores, quiero decir. Nada, hijo. Sólo pagaron una multa a la Municipalidad.



Deberían haberlos desollado vivos —pienso.

También comparto con mi padre su aversión por lo que él llama el “cuento de los vikingos”. ¿De qué nos sirven esas historietas que divierten a los extranjeros?, dice Olav. Ya no salimos en naves ligeras a desafiar las tempestades, ya no somos el terror de los isleños de ultramar. Vikingos de pacotilla, eso es lo que somos —afirma con rabia y resignación. Leñadores y pescadores, un pueblo de sedentarios laboriosos apegados como piojos a esta tierra infértil. Nuestros ancestros viajaron hasta las costas de América, y nosotros vamos de excursión a la cabaña del tío Bjorn. No olvides llevarle una botella de vodka, te lo agradecerá. A veces a mi padre le da por delirar y no entiendo muy bien lo que quiere decir, pero estoy de acuerdo con él en que los vikingos son cosa del pasado, un tema apropiado para los dibujantes de comiquitas o para el teatro escolar. Hace ya muchos años, tres o cuatro, uf, cómo pasa el tiempo, ¿no?, fui víctima de esa afición criminal de los maestros por hacer que los escolares representen papeles de vikingos. La pasé tan mal aquella noche, que no lo quisiera recordar. Yo era rey y tenía que recitar un breve parlamento delante de unos embajadores que habían venido al palacio a solicitar clemencia. Aunque podía memorizar una página entera, olvidé por completo el discursito, y los esfuerzos de la maestra —creo que se trataba de una prima de la señorita Helga, que se ocultaba detrás de un biombo— por recordármelo, fueron inútiles. Las mejillas y las orejas me ardían como un tizón. Alguien del público se compadeció de mí y comenzó a aplaudir, otros lo imitaron y la obra continuó como si nada. Salí de escena y me senté a llorar. Aún me veo sentado en un banco de madera, tras bastidores, moqueando y maldiciendo al inventor de aquel suplicio, intentando librarme del casco con cuernos que me hacía sentir ridículo y que, para colmo de males, me sofocaba. No guardo en la memoria ningún recuerdo de lo que sucedió a continuación: el regreso a casa en el trineo con adornos de Navidad, las burlas de mis hermanas, las voces de consuelo de mi madre, las zalamerías de Kid, nada, nada, todo lo olvidé. Tal vez aquel incidente, que para mí significó una profunda humillación, pasó desapercibido para los demás. De la manera que sea, me negué a participar en cualquiera de las muchas veladas que se representaron a lo largo de estos años. Nunca más, lo prometí, nunca más. Al diablo con los vikingos. Incluso rechacé un papel de espantapájaros —que no requería de ninguna habilidad especial. Tampoco quise ser Hamlet ni pastor.

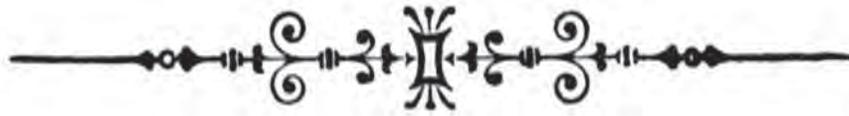


Los pasos en el piso de arriba han cesado. Ya debe ser casi medianoche. Marit y Stine Lise duermen como lirones, ni una estampida de renos las despertará. Es hora de partir, amiguito, vámonos. Mientras me visto, repaso el programa por última vez. No olvides el cuchillo, la brújula y el anorak. He ensayado tantas veces la primera fase de la fuga, la más riesgosa —comienza cuando me descuelgo desde la ventana y acaba cuando el trineo pasa bajo el arco de madera que señala la entrada de la granja—, y ahora que me dispongo a ponerla en práctica siento un principio de duda, quizá un ligero desánimo, como si de tanto repetirla le hubiera perdido el interés. ¡Cuidado! Aparta de tu mente ese tipo de distracciones. Despabilate, pues. No busques excusas de última hora. Ponte los pantalones, sé hombre, demuéstrole a quien sea que eres capaz de hacer que un sueño se convierta en realidad.

Un sueño, ah. ¿Y si sólo fuese un sueño este viaje rumbo al Sur? ¿Qué haría al despertar? No soportaría el frío y la desilusión. ¿Cómo enfrentar el tedio, los chillidos de la maestra, el cielo gris? Creo que no me quedaría otra alternativa que permanecer día y noche en esta cama dura y dejarme morir. ¡Vamos, levántate ya!

Todo salió según el plan. A pedir de boca —como dice, con su lengua enredada por el vodka, el tío Bjorn. Atrás queda la casa tapizada de nieve, no quise voltearme para verla desaparecer en la distancia, no debo permitir que ningún sentimiento de culpa o de nostalgia me obligue a regresar. Los parientes del fugitivo duermen a pierna suelta, y las vacas rumian sus raciones de heno —echadas en el piso del establo como gigantes fatigados. Adiós, adiós a todos, adiós.

El perro trota contento. Se imagina, tal vez, que iremos de paseo hasta la aldea y que estaremos de vuelta antes del amanecer. Y la noche, contrariando mis pronósticos de hace un rato, luce clara y despejada. Es cierto que un tenue manto neblinoso oculta las estrellas, pero el resplandor que pareciera brotar de las montañas del Norte ilumina el camino como un falso día. ¿Será ese reflejo el efecto de algún extraño fenómeno estelar? ¿La explosión de una galaxia o la aurora boreal? Qué importa, pues cualquiera que sea el origen de la fuente de luz, puedo pensar, sin que nadie venga a decir que estoy faltando a la verdad, que ese potente faro que reverbera a mis espaldas ha sido puesto a mi servicio por un dios.



Ah, y los patines, ¡qué maravilla!, chuas chuas, se deslizan serenos sobre el hielo endurecido, chuas chuas, ligeros como la bailarina finlandesa que el año pasado estuvo en la escuela para una demostración (danzaba como los ángeles y se llamaba Marja Lissa, nunca la olvidaré). Y el ruido que hacen, apenas perceptible, semeja el aletear de las gaviotas cuando vuelan a ras de las olas, chuas chuas. Sí, mi huida al Sur comienza con buen pie, y si Kid continúa acelerando — ahora cruzamos una planicie lisa como una mesa de billar y brillante como un espejo—, pronto se apartará del suelo y se echará a volar. Kid, perro volador. Siempre pensé que ésa era su verdadera vocación. Cuántas veces tuve que treparme hasta el techo para rescatarlo, y nunca nos pudimos explicar cómo se las había ingeniado para subir. Es una suerte viajar con un perro tan habilidoso como Kid, yo que se los digo, créanme, y si dudan de mis palabras, véanlo con sus propios ojos, observen cómo mueve las patas delanteras, apenas rozando el hielo como si escarbara en el aire, miren luego cómo se apoya en las patas traseras semejante a un canguro que se dispusiera a saltar. Y eso no es todo, si prestan atención se darán cuenta que ambos movimientos están perfectamente sincronizados como un reloj de precisión. Perro precioso, Kid, vale un dineral. En el Sur se hará sentir, quiero decir que demostrará alguna nueva astucia. Sí, señores. Trabajos no pasaremos, se los puedo asegurar. Encontraremos alguna familia que nos adopte, y si es necesario nos emplearemos en un circo. El perro acróbata será un número que a todos gustará. Y yo podría hacer de mago o de gitano. Sé leer la mente y conozco algunos trucos de la baraja. Ya escucho los aplausos y el tintinear de las monedas. El director del circo nos felicita. ¡Bravo, muchachos! Creo que se merecen un descanso. Sí, por cierto, se lo íbamos a decir, nos tomaremos unas vacaciones. Kid y yo correteamos por la orilla de la playa. El mar es azul, de un azul intenso como nunca antes había visto, ni siquiera imaginado, lo puedo jurar. Ah, qué alegría, perrito lindo. Este es el lugar del mundo que siempre soñé.

Por cuánto tiempo se ha prolongado esta larga travesía, no lo sabría decir. A veces creo que la primera noche no culmina todavía, que el trineo se quedó varado en alguna ensenada, enredado entre una maraña de raíces y lodo. En este caso, sólo nos sostiene la ilusión: Kid y yo nunca dejaremos de viajar. Aunque no avancemos ni una vara, la sensación de movimiento es nuestra única razón de ser. Sin embargo, lo que predomina en mi mente es el recuerdo —un poco vago, debo



reconocerlo— de las muchas jornadas que hemos cumplido desde la lejana noche en que partimos de mi país natal. Días enteros durmiendo a la intemperie, escondidos en algún refugio improvisado, burlando a los lobos y a los chacales. Sí, reposamos durante las horas de sol, y las noches —frías y luminosas— son para viajar. Así lo acordamos desde el principio Kid y yo. Es lo más seguro, ningún peligro nos acechará. Si acaso surgiera un enemigo inesperado, una bestia nocturna o unos bandidos embozados, nuestra insólita presencia les causaría un susto colosal. Se espantarían, quizá. Y si insistieran en atacarnos, entonces Kid los acabaría de desconcertar, pues ¿quién ha visto en mitad de la noche a un perro volador?

Hundidos en la nieve —convertidos en un monumento helado, que serviría de punto de orientación a los viajeros extraviados. O volando como fantasmas sobre las frías estepas. De la manera que sea, nuestro destino es el Sur. Aunque quisiéramos, ya no podríamos regresar. ¿Estás seguro de lo que dices? Sí, lo estoy. ¿Por qué? ¿Quieres saberlo? Escucha bien: no se regresa nunca de un viaje al Sur.

¿Dónde estoy? Hace rato que perdí el control. Creo que el trineo se desliza por un tobogán, y ni siquiera sé si Kid va en la delantera —he intentado en vano comunicarme con él, no tengo voz. ¿Tal vez logró desengancharse antes de que el trineo se despeñara? Por momentos olvido qué estoy haciendo en esta espesa oscuridad, rodando ladera abajo como si me estuviera tragando la tierra. Incluso olvido quién soy, cómo es mi rostro, de qué color eran mis ojos antes de la caída. Intento ver mis manos, aferradas a las riendas, y sólo alcanzo a distinguir unas formas borrosas parecidas a las ramas torcidas de un arbusto. No logro ordenar mis pensamientos, todo es confuso. Pero, curiosamente, no tengo miedo. Estoy inquieto, sí. Quisiera saber qué hay al final de este túnel de niebla negra. Qué ha sido de Kid. En cuánto tiempo llegaremos a la salida.

Continúo cayendo y pareciera que ningún obstáculo me detendrá. Siento los labios resecos y un sabor dulce e intenso —como una gota de miel— en el velo del paladar. Siento que una ráfaga de aire sopla dentro de mi cuerpo y en mis venas la sangre corre ligera como el agua de un manantial. Un suave cosquilleo se centra en mi ombligo y de ahí se expande en espiral hasta envolverme todo —es como un goce inmenso que no sé si podré soportar. Ahora floto en un espacio líquido, sin densidad. Y por momentos, me arrebatata y me sacude un viento hostil. Creo que ya no existe trineo ni nieve endurecida ni aurora boreal. Kid



duerme en su perrera de nogal. Y yo me voy adormeciendo también. Tal vez mañana despierte en algún lugar remoto, cerca del mar.

Aún persiste la oscuridad. Pero ya el trineo, la tormenta, o lo que fuera que se agitara, se ha quietado. Oigo voces a mi alrededor. Me imagino rodeado por una pandilla de salteadores —que discuten entre ellos qué hacer con ese muchacho atrapado en la nieve y con ese perro parecido a una oveja. ¿Me desollarán vivo o me enviarán a un orfanato? ¿Y a Kid, lo convertirán en carne a la brasa? Creo que estás delirando, Harold Haroldson, hijo de Olav. Las voces se definen y el aire cerca de mis ojos comienza a clarear. Ahora entiendo, creo entender. Vengo del Norte, de un extraño sueño, y acabo de despertar. Reconozco la voz cantarina de mi madre, habla como en un susurro con alguien que ha entrado a la habitación a preguntar por mi salud, el hijo está dormido y ella no quiere que ningún ruido molesto lo perturbe. Poco a poco me despejo, pero permanezco con los ojos cerrados. Simulo un sueño profundo y afino el oído —sé que hablan de mí.

— Anoche estuvo delirando, pero amaneció mejor. Ya no tiene fiebre, apenas un poco de calentura, gracias a Dios.

— ¿Y usted cree que estará totalmente repuesto para la velada?

— Sí, por supuesto. En tres días estará corriendo como un galgo. Lo conozco bien.

— Ojalá que así sea, pues yo ya me estaba preocupando. Usted sabe... la responsabilidad.

— Descuide, señorita...

(La señorita es mi maestra. La conozco por su voz de pajarito chillón. ¿Por qué habrá venido a visitarme, qué estará tramando? ¿Desde cuándo se interesa por mí?).

— ...Quédese tranquila. Mi hijo no la defraudará. Si usted supiera lo entusiasmado que está por representar ese papel. Lo he visto ensayando a todas horas, y él es muy memorioso. Seguro que repite su parlamento sin ningún error.

— Sí, señora. Yo nunca he dudado de su capacidad. Sólo que... cuando supe que estaba enfermo...

— Un poco afiebrado, nada más. Por cierto, ¿usted me podría decir de qué trata la obra? Disculpe mi distracción, pero no he tenido tiempo de preguntárselo a mi hijo.



— Es una historia de vikingos.

— ¿Vikingos?

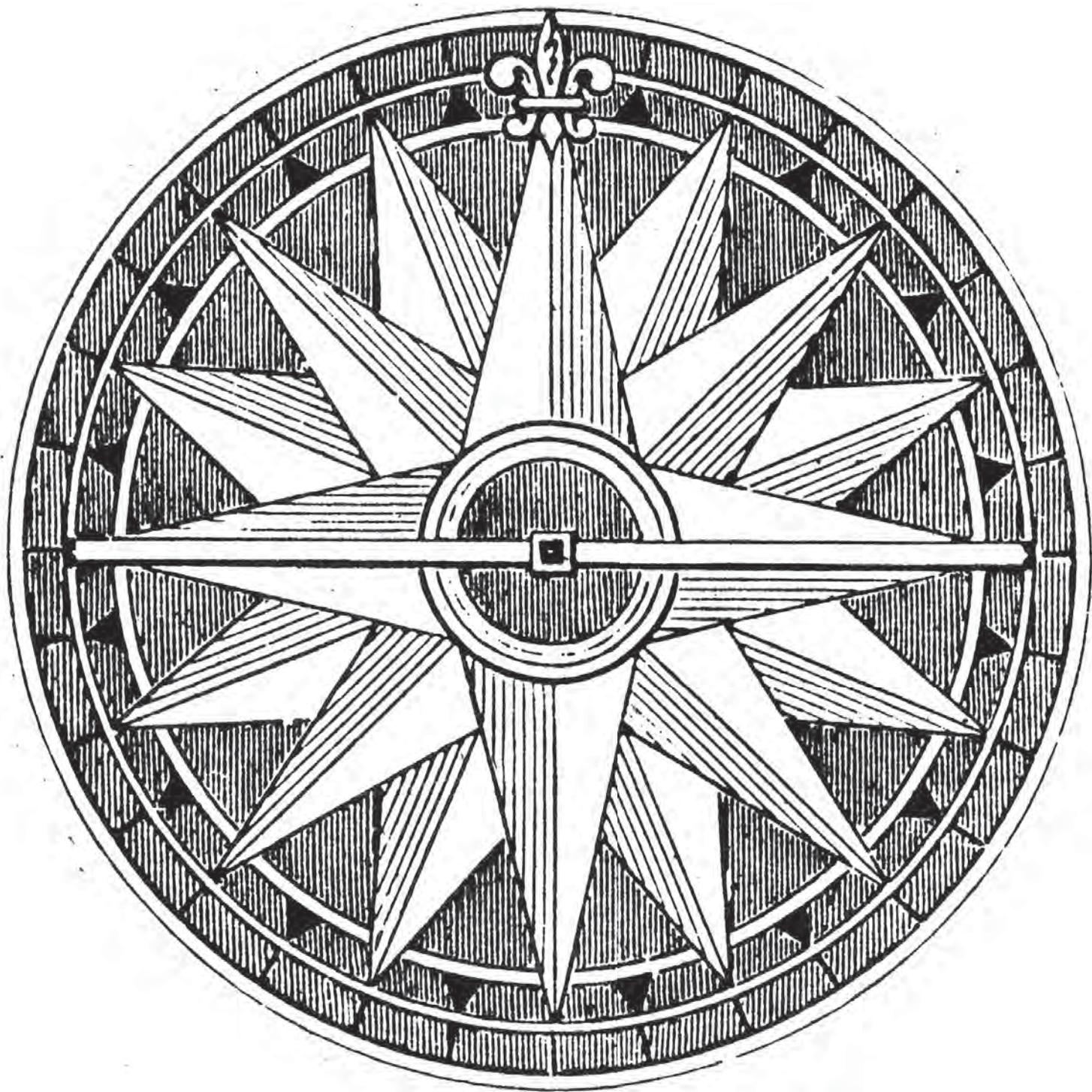
(No me digas, madre, que no sabes quienes fueron los vikingos).

— Sí, vikingos. Esos guerreros nórdicos que, según la leyenda, exploraron las costas de América siglos antes de la llegada de Colón.

(La maestra da por finalizada la lección. Mi madre carraspea y le ofrece un café).

Otra vez me he quedado solo. ¡Qué confusión! Tendré que recuperar fuerzas, pues el viaje ha sido largo y fatigoso. Y por poco acabamos vueltos filete, entre los dientes de los lobos, Kid y yo. Pero valió la pena, lo juro por Odín. El clima aquí es benigno, lo siento en la piel, y detrás de aquella cortina que la brisa sacude levemente se adivina el sol. Si me acerco a la ventana y aparto la cortina, podré ver la hilera de palmeras que cortan el viento que viene del mar. Conozco muy bien ese paisaje, me lo sé de memoria. Éste ha sido siempre mi lugar. Cuando regrese mi madre, me encontrará despierto, y le diré que tengo sed, mucha sed. Y en la tardecita, a la hora de la siesta, veré si puedo levantarme. Saldré al patio y llamaré a Kid —con un silbido que sólo yo sé hacer. Juntos correremos hasta la orilla del mar.

Ednodio Quintero, *Cuentos salvajes*, Atalanta, Girona, España, 2019.









Fascinación por *Disintegration*: a 30 años de un instante congelado en el tiempo

Arturo G. Aldama

La fascinación significa lo siguiente: aquel que ve ya no puede apartar la vista. En el cara a cara frontal, tanto en el mundo humano como en el mundo animal, la muerte petrifica.

Pascal Quignard, *El sexo y el espanto*

...like the cold when you're dead...

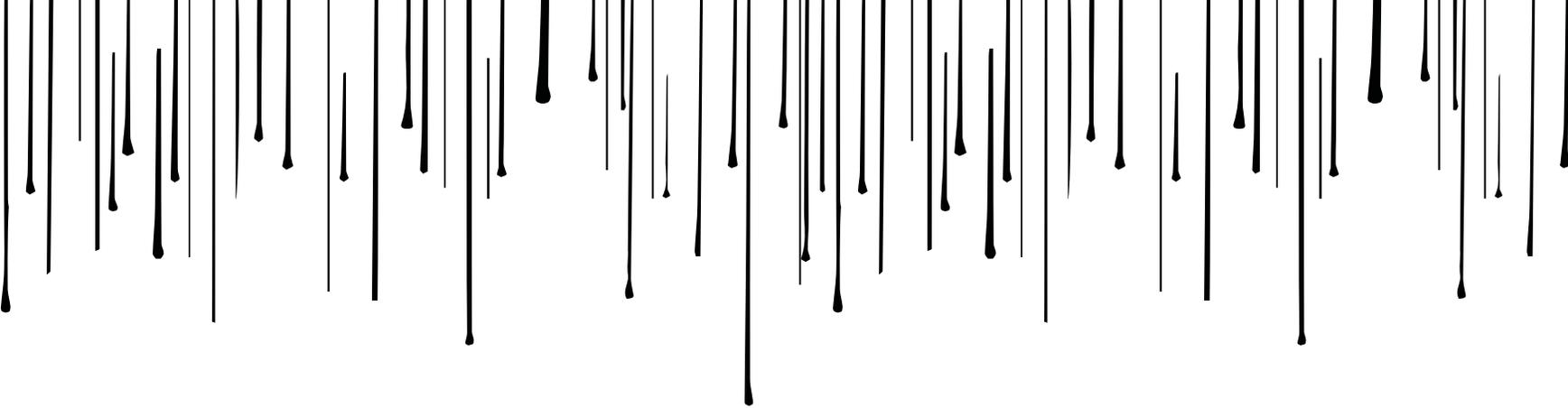
The Cure, "Plainsong"

Me entero que han pasado 30 años desde que The Cure publicó *Disintegration* y me cuesta creerlo porque es un momento que nunca se diluye. De regreso de mi secundaria, pegada a un centro comercial que servía de atajo camino al metro, escalones arriba lo vi, en el escaparate de una tienda de discos, la cara casi sonriente de Robert Smith al fondo de las formas y tonos verdosos que decoran la portada, como un brillante o un fantasma que te invita a saltar al estanque. No recuerdo bien la fecha, pero no debía distar mucho de su lanzamiento el 2 de mayo de 1989; recuerdo que hacía calor, que hacía sol. Para ser un disco de "clima tan nublado", fue un instante luminoso.

Era un vinilo importado. Antes de que el genio de la lámpara de Spotify nos concediera el deseo de escuchar cualquier novedad en el mismo día de su publicación en cualquier parte del mundo, las ediciones nacionales tardaban varios meses en aparecer y muchas veces en versiones más modestas que las originales, así que valía la pena el sacrificio de pagar más. Yo ya compraba discos y era fan de The Cure, pero mi colección inició formalmente con *Disintegration*; por lo menos me reafirmó en los hábitos maniáticos que sólo un coleccionista de discos encuentra justificables. Me refiero a que poco después de adquirirlo vine a enterarme que el CD incluía dos

cortes extra, así que me di a la tarea de buscarlo. A lo largo de mi vida he adquirido el disco en tres presentaciones distintas. Además, me indujo al extraño culto de los *lados B*, compré todos los sencillos derivados del álbum, con canciones en la *cara B* que no habrían desentonado en el álbum final. También me entregué a la caza de grabaciones no oficiales de conciertos o *bootlegs*. Los *bootlegs* "originales" se producían principalmente en Europa, eran caros y difíciles de conseguir, pero en el tianguis del Chopo circulaban pasados a cassette y más tarde a CD. De esta forma, The Cure se convirtió en la banda de la que más *bootlegs* he tenido, amasados en su mayor parte durante la época del Prayer Tour, la gira de *Disintegration* (cuando parecía imposible que el grupo pudiera tocar en México).

¿Qué trastornó tanto a ese niño de 14 años? Bueno, *Disintegration* arranca con la mejor canción de apertura para un disco de la historia, los teclados de "Plainsong" suenan a un iceberg despedazándose al paso de un mamut moribundo que marca la tarola. Entra luego la guitarra, esa guitarra que a lo largo del disco va pasándote una aguja directo al corazón para suturar las heridas largo tiempo escondidas. La *rola* se desborda de pasión, sólo que la alegoría no obedece al costumbrismo de la pasión, no es volcánica, es una pasión gélida. "Como el frío de cuando estás muerto", escuchamos murmurar a Robert Smith.

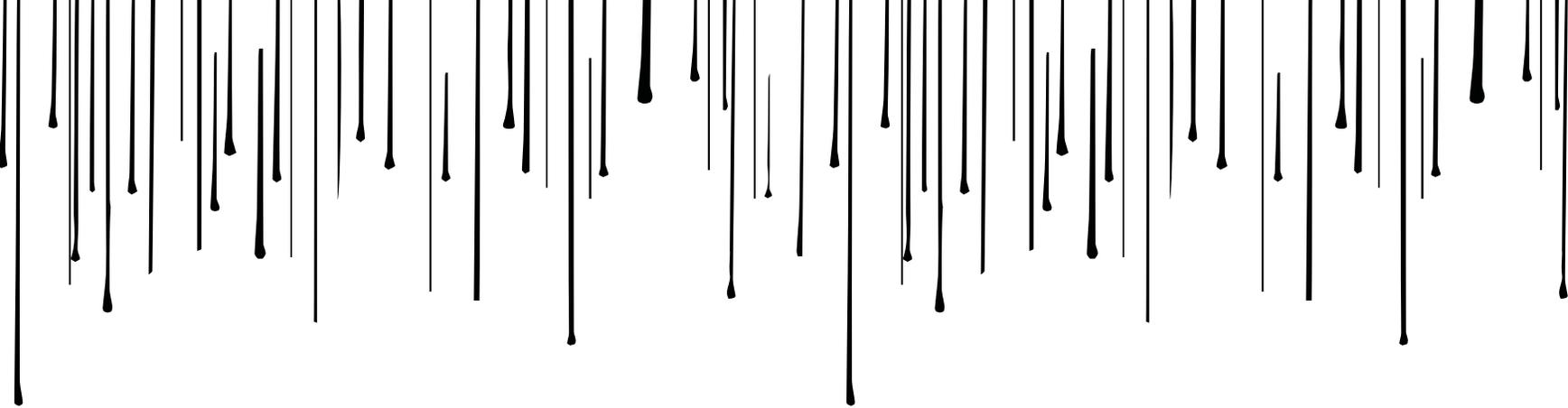


Disintegration no es un disco “fogoso”, es un disco que te deja helado. El pronóstico inicial es: “Creo que está oscuro y parece que lloverá” y la meteorología no cambia demasiado en adelante. El aguacero arrecia con “Pictures of You”, y el frío aumenta hasta que el agua se vuelve nieve. La nieve en el universo de The Cure siempre sugiere un deslumbramiento, una pureza que rebasa las medidas terrenales. Antes mencioné que en la portada Robert Smith aparece como a través de una lancha con fondo de cristal, y el agua en cualquiera de sus tres estados figura prominentemente en esta colección de canciones entre las cuales —por si cabe duda— incluso hay una titulada “Plegarias por lluvia” (“Prayers For Rain”). El agua que limpia, el agua que ahoga y también el agua estancada que el paso del tiempo echó a perder. El disco perfecto para un día lluvioso.

El pop technicolor de *The head on the door* sacó a The Cure de la subterránea escala de grises en la que hasta entonces habitaban. *Kiss me, Kiss me, Kiss me* probó su capacidad para las composiciones monumentales a medida de las arenas que iban llenando. *Disintegration* acostumbra verse como una retractación, un movimiento de retirada a la tiniebla primigenia del grupo frente a la perspectiva, en exceso brillante, del éxito comercial. Yo digo que más bien es el disco donde Robert Smith se plantea seriamente el compromiso de su obra con la belleza. En realidad, nada antes o después en la discografía de The Cure es comparable a *Disintegration*; sin embargo, justifica el pasado (en la medida que conduce a este ha-

llazgo majestuoso) y determina el futuro (en la medida que el hallazgo es irrepetible). La gente podrá lamentarse porque The Cure nunca volvió a hacer un disco a la altura de *Disintegration*. Esa gente vive bajo el espejismo de que la belleza frecuente lugares bonitos. *Disintegration* es exuberante en lo musical y tenebroso en lo sustancial por su contemplación de la belleza desde el único lugar posible: el abismo; un lugar donde nadie puede permanecer mucho tiempo, a riesgo de entregarse al vértigo o a la locura. Aquí la oscuridad no es efecto de letanías nihilistas ni de andamios minimalistas, es obscenidad, belleza al desnudo. Este disco, calificado por algún ejecutivo de “suicidio comercial” antes de su publicación, se convirtió en el más vendido de la banda; su sencillo de mayor éxito fue “Love song”, casi la única canción con algo parecido a un coro, fuera de eso lo demás era una espiral de fascinación...

¿Qué es la fascinación? A los pocos meses de haber comprado el álbum en la secundaria organizaron una tardeada. El DJ contratado ponía alguno de los éxitos del momento en su intento de vencer la timidez de los niños católicos por sacar a bailar a las chicas católicas. “Fascination street” sonaba con fuerza en la radio por aquel momento, pero por más que algunos de nosotros —y hasta algunas de ellas!— nos habíamos acercado a pedirla, el cabrón nomás no quería ponerla. Alguno de los inadaptados presentes salió con la puntada de correr la voz para que nadie bailara hasta que la petición no fuera cumplida. Compartíamos una edad en la que cualquier desafío



a la autoridad sin consecuencias extremas nos uniría. Ahí nos tenían a todos, sentados alrededor de la pista, me gustaría decir que con el semblante inmutable, pero la verdad es que reíamos de nuestra propia travesura y clamábamos: “Fascination, Fascination”. No habría fiesta, nadie iba a bailar si no sonaba. Y entonces tronó el bajo hipnótico, la batería maciza, el bordado de la guitarra, la larga introducción de “Fascination street”, y aquello fue una implosión de júbilo adolescente. Saltamos, gritamos, nos sacudimos, no faltó quien se despojara de la camisa, y al empezar la letra cantamos al unísono, nos abrazamos, y nadie, nadie dejó de bailar... Quién sabe, quizá algún afortunado chico católico bailó “Let’s go to bed” con una afortunada chica católica.

Antes de asistir a cualquier concierto, aquello me dio una poderosa probada de comunión a través de la música; era como si todo el vendaval emocional que guarda *Disintegration* encarnara en una vorágine de sudorosa humanidad. Fue, en efecto, un hecho fascinante... Por cierto, la palabra “fascinación” proviene de “fascinus”, personificación divina del falo entre los antiguos romanos, quienes le dedicaban fiestas que hoy llamaríamos bastante impúdicas. Pascal Quignard escribe en su libro *El sexo y el espanto* que la *fascinación* maravilla y aterra, igual que una fiebre, el deseo sexual o la muerte... Un estado en el que nadie puede permanecer 30 años. Insecto en ámbar. Mirada perdida. Traspíe. Desintegración. Belleza.



En elogio de la mujer:

40 años de *Alien*, el octavo pasajero

Ernesto Herrera

Con sus tres primeras películas —*Los duelistas* (1977), *Alien*, el octavo pasajero (1979) y *Blade Runner* (1982)— el cineasta inglés Ridley Scott alcanzó la categoría de genio. Estas obras y la que siguió, *Leyenda* (1985), tienen como fundamento el enfrentamiento de contrarios: lo racional contra lo irracional, en las tres primeras; la variante del bien contra el mal en *Leyenda* (que artísticamente carece de la profundidad de las que le antecedieron, y que marcó el inicio de un bache en la carrera de Scott del cual tardó en recuperarse).

Blade Runner queda como su suprema obra maestra; la vuelta de tuerca final, en la que la máquina —lo irracional— se comporta de una manera más humana que el humano, hecho que se magnifica con su emotivo discurso, que le otorga su carácter extraordinario. En *Los duelistas*, basada en una novela corta del escritor polaco-inglés Joseph Conrad, igualmente la película culmina con un discurso que se aparta del final del libro y en mi opinión lo mejora; en este caso, el exsoldado napoleónico, que representa la racionalidad al término del enfrentamiento definitivo, en lugar de reaccionar siguiendo los

salvajes y arcaicos principios que rigen el duelo, no mata a su contrincante físicamente sino moralmente (lo humilla perdonándole la vida y le pide que nunca vuelva a acercársele) haciéndonos ver de este modo que se está entrando en nueva etapa del proceso civilizador de la humanidad (soberbias las actuaciones de Keith Carradine y Harvey Keitel).

Si *Alien, el octavo pasajero* posee otro tono y merece un acercamiento aparte, se debe a que, en principio, está celebrando cuarenta años, y, segundo, escapa al universo masculino de *Los duelistas* y *Blade Runner*. Ahora quien representa la racionalidad y el espíritu humano es una mujer: Ripley (Sigourney Weaver). La película exige atención desde el principio: comienza con una toma al interior de la nave espacial *Nostromo* (guiño a Joseph Conrad, que al parecer es un autor “caro” a Scott) y sus aparatos que comienzan a activarse. Después, la cámara pasa a tomar a los personajes que van a ser despertados de un sueño inducido. El primero en quien se posa es Kane (John Hurt) y esta elección no es casual —lo cual demuestra la cohesión del guion de Don O’Bannon—, pues él será el encargado de engendrar al monstruo, el octavo pasajero del título (nótese esta otra inversión de los códigos: un varón y no una mujer es quien adquiere el papel de dar vida).

Alien ha sido catalogada como una película de ciencia ficción y de terror, pero en realidad de ciencia ficción tiene muy poco y el énfasis está en el terror. Si actualmente por todas las continuaciones que se han realizado el monstruo —diseñado por H.R. Giger y Carlo Rambaldi— ya es familiar, en la película con la que arranca la serie fue presentado paulatinamente y sólo hasta el final se presenta de forma completa. Esta dosificación es la que le otorga su tensión a la historia y la que provocó el espanto de la audiencia en su momento, haciendo que en poco tiempo se volviera una película de culto. Hablar de “terror cósmico” tampoco resulta totalmente válido, aunque hay que señalar que si el monstruo tiene un halo lovecraftiano se debe a

que entre sus antecedentes se encuentra la obra pictórica de Giger *Necronom IV*.

Todo este asunto del terror y de concentrar la atención en el monstruo, fueron la causa de que se desviara la verdadera significación de la película: el enfrentamiento de la razón, representado como apuntamos al principio por una mujer —Ripley— contra lo irracional, en este caso la fuerza bruta en su máxima expresión. Esto es otro acierto del guionista Don O’Bannon, quien renueva de este modo el enfrentamiento arquetípico débil contra fuerte. Si un varón hubiera sido el rival que se enfrentara al monstruo, el impacto no habría sido el mismo. *Alien, el octavo pasajero* queda por ello como un elogio de la mujer.

Las películas que siguieron en su mayoría desvirtuaron el original, al volverse básicamente películas de aventuras: *Aliens, el regreso* (James Cameron, 1986), *Alien 3* (David Fincher, 1992), *Alien: Resurrección* (Jean-Pierre Jeunet, 1997), *Alien contra Depredador* (Paul W. S. Anderson, 2004) y *Alien contra Depredador: Requiem* (Hermanos Strause, 2007). La única que se salva es la del francés Jeunet, quien le da algo de profundidad. Ridley Scott ha retomado el control en las dos últimas entregas: *Prometheus* (2012) y *Alien: Covenant* (2017). En ellas intenta equilibrar la aventura con un mensaje pseudofilosófico. La mujer continúa siendo la protagonista; *Prometheus*, la mejor, vale porque defiende la innata necesidad del ser humano de cuestionarse sobre su existencia e ir en pos de las respuestas. *Alien: Covenant* parece ser la culminación de la serie, porque el esquema se ha exprimido *ad náuseam*. En este caso el discurso de Scott se centra en la humanización de las máquinas, algo que ya Stanley Kubrick había apuntado en *2001: odisea del espacio* (1968).

Como despedida apuntemos un dato curioso, que los fans de la serie han observado: no eran ocho sino nueve pasajeros en la nave *Nostromo*: había también un gato.



Un continente llamado

Chico Buarque

Alfredo Sánchez Gutiérrez



Brasil es un continente dentro de otro. La diversidad de su cultura define al gigantesco país —el quinto más grande del mundo— de más de 8 millones de kilómetros cuadrados: cinco extensas regiones multiétnicas, cada una con sus peculiaridades, problemas y riquezas. El estereotipo nos dice que el país se caracteriza por tener mujeres hermosas, un carnaval delirante y futbolistas de ensueño que alimentan equipos de Europa y otros sitios. Pero hay más: de Brasil surgen también milagros cotidianos que se aprecian internamente y, a veces, hasta se exportan. Me refiero a la música, claro. Allí se habla una lengua diferente a la nuestra; parecida, pero distinta. Acaso por ello nuestra apreciación de sus artistas ha sido accidental. Pero pocos países hay en el mundo tan musicales como Brasil; mencionar unos cuantos nombres ya es, de por sí, abrumador: Tom Jobim, Elis Regina, Joao Gilberto, Caetano Veloso, Milton Nascimento, Lenine, Maria Bethania, Carlinhos Brown, Gilberto Gil, Hermeto Pascoal, Sergio Mendes, por citar solamente a algunos de la vieja guardia, aunque también los hay muy jóvenes y muy buenos. Por supuesto también está Chico Buarque de Hollanda, a quien se le acaba de conceder por el conjunto de su obra, con absoluta justicia según yo, el Premio Camões, el premio más importante para los artistas de habla portuguesa, y que ahora Chico comparte con Jorge Amado, José Saramago, Eugenio de Andrade, Lobo Antunes, Rubem Fonseca, por mencionar algunos.

Las canciones de Chico, originalmente llamado Francisco Buarque, me han acompañado desde hace muchos años aunque no hablo portugués. El mismo Chico, quien también es poeta y novelista, afirma que en las canciones no es indispensable conocer a detalle las palabras porque la música hace lo suyo, se mete de alguna manera en nosotros, más allá de la cabal comprensión: “El letrista para mí no es poeta ni narrador, debe despojarse de esa pretensión. Es otra cosa.” Pero enseguida acota: “No existen jerarquías ni distinción entre las dos artes, valen lo mismo. La literatura y la canción popular tienen el mismo valor.” Pero ello no quiere decir que en las canciones de Buarque, que a veces son como letanías, acumulaciones de palabras que van adquiriendo cada vez más significado, no haya poesía; la hay

y por montones, como en aquella que es toda una esdrújula “Construcción”, que va creciendo paulatinamente y que de acuerdo con la versión de Daniel Viglietti diría algo así:

Amó aquella vez como si fuese última / Besó a su mujer como si fuese última / Y a cada hijo suyo cual si fuese el único / Y atravesó la calle con su paso tímido / Subió a la construcción como si fuese máquina / Alzó en el balcón cuatro paredes sólidas / Ladrillo con ladrillo en un diseño mágico / Sus ojos embotados de cemento y lágrimas (...)
Amó aquella vez como si fuese máquina / Besó a su mujer como si fuese lógico / Alzó en el balcón cuatro paredes flácidas / Sentóse a descansar como si fuese un pájaro / Flotó en el aire cual si fuese un príncipe / Y terminó en el suelo como un bulto alcohólico / Murió a contramano entorpeciendo el sábado...

Una de las primeras cosas que hizo Chico Buarque al saber que había ganado el Premio Camões, fue mandar un mensaje a Lula a la cárcel¹, donde está recluido luego de un juicio infame. No son gratuitas en él este tipo de manifestaciones políticas: en los años 60 estuvo preso por sus ideas, tuvo que exiliarse, tal y como lo hicieron también Caetano y Gilberto Gil, y nunca ha negado sus afectos, críticos sí, pero consistentes: “Desde siempre he sabido que el problema de este país es la miseria, la desigualdad. El Partido de los Trabajadores, el PT, no lo ha resuelto todo, pero lo ha atenuado. Eso es innegable. El PT ha mejorado las condiciones de vida de la población más pobre.” A su regreso a Brasil en los años 60, Chico tuvo que evadir la censura camuflando a veces sus palabras en cada canción, como en aquella dedicada a los militares represores, y que se volvió un himno popular escondido tras una especie de canción de desamor:

Usted va a pagar bien pagada / Cada lágrima brotada desde mi penar / Cómo va a silenciar nuestro coro / Al cantarle bien de frente / A pesar de usted / Mañana ha de ser otro día...

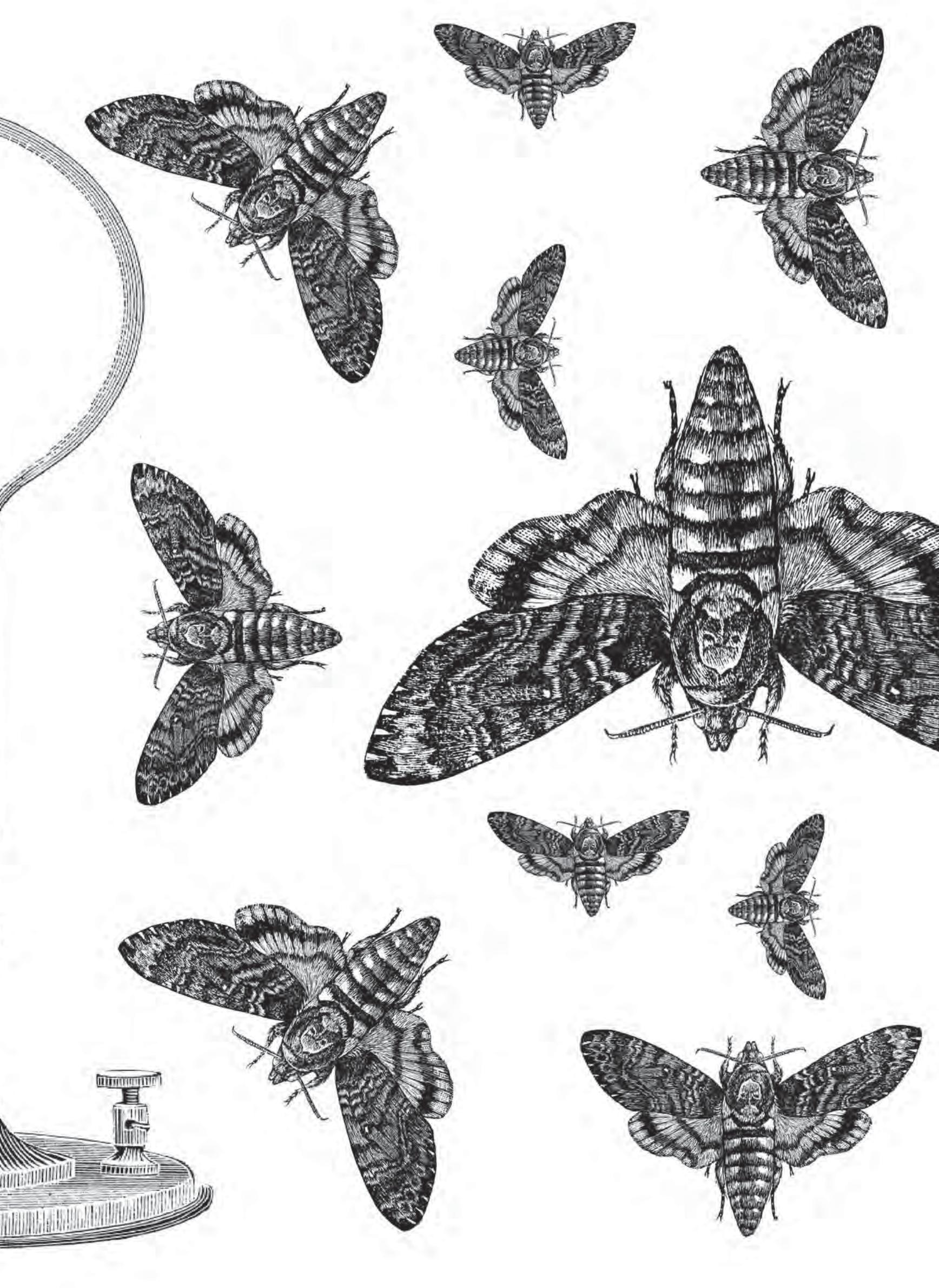
¹ Lula da Silva fue presidente de la República Federativa de Brasil entre el 1 de enero de 2003 y el 1 de enero de 2011. Actualmente se encuentra en prisión.

Y seguramente hoy, con este premio, Buarque ha causado más de algún malestar intestinal al troglodita que hoy gobierna a Brasil, ojalá que no por mucho tiempo. Los medios oficialistas seguro se habrán visto forzados a transmitir su música y a hablar de él: no se puede evadir un premio como el Camões, ni aún desde la ignorancia, la prepotencia y la estupidez Bolsonariana.

Chico Buarque ha escrito, además de centenares de canciones, un buen número de obras de teatro y varias novelas que han sido premiadas en su país: *Estorvo* (1991), *Budapest* (2003), *Leche Derramada* (2009). En la más reciente, *El hermano alemán*, de 2015, cuenta una peculiar historia propia: se enteró de que tenía un medio hermano a quien no conocía, producto de una antigua relación de su padre, el reconocido historiador y sociólogo Sergio Buarque, quien había vivido una temporada en la Alemania Oriental. Chico indagó sobre ello y construyó una ficción con elementos reales. Resulta que el hermano, ya fallecido, también había sido cantante de cierto éxito en su natal Alemania. Aunque nunca se vieron, por lo visto compartían esos genes brasileños que los condujeron inevitablemente a la música.

Chico Buarque cumple 75 años el 19 de junio. Llega a esa avanzada edad premiado, vigente y activo. Hace tres años publicó su novela más reciente. En 2017 editó *Caravanas*, disco lleno de canciones memorables que, como siempre, están entonadas con esa voz peculiar, no particularmente buena en el sentido convencional, pero que conmueve y emociona. Esas canciones abrevan, no es novedad, de las tradiciones musicales de Brasil, pero también, como es común desde los tiempos del bossa nova, en muchas otras cosas: el jazz, el bolero, la canción europea. Sus melodías suelen ser muy ricas melódicamente y sus armonías nos deparan siempre alguna sorpresa. Es un curioso caso de música muy refinada, sofisticada, pero con un innegable arraigo popular que se hace obvio cada vez que él se para en un escenario: Brasil lo adora, el gobierno lo detesta, el mundo lo aclama. Si Brasil es un continente dentro de otro, Chico es un continente dentro de Brasil.





Antonieta, la escritora

Sergio Téllez-Pon

Antonieta Rivas Mercado (Ciudad de México, 1900-París, 1931) padece actualmente un fenómeno similar al de sor Juana Inés de la Cruz, Frida Kahlo y, en cierta medida también, Nahui Ollin: sus vidas atormentadas despiertan mucho interés, son objeto de montajes y biografías que las trivializan, puesto que se sustentan en interpretaciones parciales y hasta erróneas o fallidas; principalmente porque muy pocos se han dedicado a leer con atención sus trabajos literarios (o, en el caso de Frida, sus *Escrituras*, cuya última edición apareció en 2007). Además, en el caso de Rivas Mercado, su trágico final hizo que su figura alcanzara el nivel de leyenda pues ha sido de tal magnitud el sensacionalismo de su muerte que, como consecuencia, su obra literaria se ha ignorado por completo.

En ese sentido, han contribuido a su mitificación la novela biográfica *A la sombra del ángel* (originalmente publicada en 1995 y cuya edición más reciente apareció en Planeta en 2018), de Kathryn S. Blair, y la biografía *Antonieta* (FCE, 1991), de Fabienne Bradu, a las cuales se han sumado la película *Antonieta* (1982), de Carlos Saura, la ópera *Antonieta, un ángel caído*, de Federico Ibarra, y la obra de teatro *Cita en Notre Dame*, de Roxana Andrade y Vicente Ferrer, además de una magna exposición en el Palacio de Bellas Artes, Antonieta Rivas Mercado (julio-septiembre de 2008). Mientras todo lo anterior se escribía o se produjo, la obra literaria de Rivas Mercado no se publicó, la última edición parcial con

su trabajo apareció hace poco más de 30 años, en 1987. En parte, también las ediciones de su obra han alimentado esa imagen pues, como hace notar Tayde Acosta en su nota de presentación a *Obras* de Antonieta Rivas Mercado, publicado por la Secretaría de Cultura / Siglo XXI, 2018, hay distintas versiones y tan disímbolas entre sí que lo que se ha leído de Antonieta no alcanza a dar una idea completa de lo que fue y de lo que realmente hizo.

Por todo lo anterior, no sólo era necesaria sino urgente una edición actualizada de la obra literaria de Rivas Mercado. Es decir, leerla como la escritora que fue para no seguir repitiendo los clichés con los que ha sido conocida todo este tiempo: la hija del arquitecto de la Columna de la Independencia, la enamorada no correspondida del pintor Manuel Rodríguez Lozano y la amante de José Vasconcelos; la mecenas del grupo Ulises-Contemporáneos; la musa de pintores, escultores y fotógrafos que la retrataron; la mexicana suicida en la Catedral de Notre Dame en París. Estas *Obras* demuestran que Antonieta fue más que eso.

Si bien no son, ni se presentan como, “obras completas” o “edición definitiva”, sí se puede decir que al menos es una edición más cuidada que las anteriores, pues para poder compilarla, Tayde Acosta ha consultado, cuando le ha sido posible, las primeras versiones de los escritos. Isaac Rojas Rosillo fue el primero en dar a conocer las *Cartas a Manuel Rodríguez Lozano* (1975) y luego, en 1980, agregó dos cuentos, el fragmento de novela y una parte del dia-



rio bajo el título *87 cartas de amor y otros papeles*. Al año siguiente, Luis Mario Schneider publicó *La campaña de Vasconcelos*. Es entonces cuando todo empieza a desvirtuarse, pues Schneider transcribe mal la crónica presidencial de 1929 que Vasconcelos publicó en su revista *La antorcha*. Más tarde, el mismo Schneider publica *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado* (1987). Sin orden ni concierto, Fabienne Bradu publica *Correspondencia* (2005). Con descuido en la transcripción, Antonio Ponce Rivas editó las cartas a Alfonso Reyes y, finalmente, Cynthia Ramírez y Francisco Javier Beltrán cometen el mismo error al transcribir el *Diario de Burdeos* (2006). Para enmendar todos esos problemas es que Acosta ha consultado las primeras versiones y de esa manera ha fijado los textos definitivos.

En vida, Rivas Mercado sólo publicó un par de textos en las revistas *Ulises* y *Contemporáneos*, y otro par en revistas extranjeras, todo lo demás apareció póstumamente, como ya se dijo, primero por Vasconcelos, en su revista *La antorcha*, y luego por distintas personas a lo largo de varias décadas. Esta edición que Tayde Acosta ha preparado, compila en dos tomos todos esos textos que vieron la luz dispersos, agrega unos cuantos más y corrige los errores que se repitieron en aquellos libros anteriores. Sin embargo, me parece que esta edición también adolece de un par de detalles: para empezar, ésta era una buena oportunidad para restituir el título original a la crónica *La campaña de Vasconcelos*, es decir, el que Rivas Mercado pensó originalmente como *La democracia en bancarrota*; además, abunda en notas

al pie de página, tantas que a veces más que ayudar estorban en la lectura y algunas son bastante prescindibles pues repiten información más de una vez.

Como sea, aquí se pueden leer, además de esa cruenta crónica, los cuentos y la novela que dejó inacabada, *El que huía*, que puede insertarse en la línea de novelas poéticas que escribieron algunos de los Contemporáneos: *Margarita de niebla*, *Dama de corazones*, *Novela como nube* y *La rueca de aire*. Por eso no es extraño que haya traducido un texto de Paul Morand, “De la velocidad”, un escritor que fue esencial para que el grupo pudiera escribir sus experimentos narrativos. Sus dos piezas de teatro (una inconclusa) resultan curiosas pues muestran a una autora interesada en asuntos políticos, y digo curiosas porque a los Contemporáneos siempre se les ha criticado por su actitud ajena a la política. Si se leen con detenimiento, gracias a los diarios fragmentados y a la correspondencia con cartas nuevas a distintas personalidades, se pueden echar por tierra varios de los mitos que giran en torno a su vida, pues, como decía al principio, es la que ha suscitado tanto sensacionalismo. Sobre este suceso, Acosta incluye en los apéndices un testimonio y notas periodísticas que lo esclarecen un poco. En suma, ahora finalmente se tiene a la mano el universo de Antonieta Rivas Mercado, la escritora.

Antonieta Rivas Mercado, *Obras*, edición de Tayde Acosta Gamas, Secretaría de Cultura / Siglo XXI, 2018.

La responsabilidad ética del nuevo poeta

Lauri García Dueñas

Josu Landa, poeta y filósofo, publicó, en el año 2017, *Platón y la poesía (tanteo)* en la editorial La jaula abierta, donde de manera erudita, didáctica y gozosa, le hinca el colmillo al sobrentendido de que los poetas deberían ser expulsados de la “república platónica”.

“Esa afueridad como condición de la poesía —vía expulsión de los poetas— es la materialidad aurática —valga el juego de palabras— con que la poesía —y el poeta como vate— navegó siglos sobre unas aguas turbias de desconfianza”, nos explica el poeta Eduardo Milán en el prólogo. “Pero lo cierto es, dice Landa, que no hay ninguna desconfianza. Platón discierne entre verdadera poesía y falsa poesía”, aclara el también crítico y ensayista.

En su libro *Filosofía y poesía*, publicado en 1939, María Zambrano había navegado sobre dicho sobrentendido afirmando que: “La poesía no tendría nada que hacer en contra de esta filosofía, suponiendo que la poesía tuviese algo que hacer alguna vez en contra de nada. Muy al contrario, en esta referencia a la unidad íntegra del universo, en este dirigirse abrazando todas las cosas, poesía y filosofía estarían de acuerdo”.

Gracias a la revisión exhaustiva de los textos platónicos, Landa explica que el socratismo platónico critica a los grandes poemas de la tradición previa, porque si bien “contienen ciertamente elementos de sabiduría, también albergan graves errores cosmológicos, teológicos y éticos, así como falsedades de diversa índole”.

El momento negativo del socratismo platónico pondría en entredicho la función educativa que se

espera de la poesía tradicional; realiza la imputación de que los poetas no saben de lo que hablan en relación a los contenidos y la naturaleza de su oficio; aduce que la creatividad o efectividad del poeta no viene de sus habilidades, o su eventual dominio de las técnicas inherentes a la labor poética, sino a su “posesión” por parte de un poder divino; critica su indefinición frente a la división del trabajo en una plausible y nueva polis justa y objetiva la consistencia ontológica de la poesía, es decir, pasa a una crítica de lo poético en sí.

Sócrates critica la “patética” figura del poeta polifacético, la demencia supuestamente implícita en la producción poética, el hecho de que la poesía se hubiese convertido en un aparato ideológico de Estado, así como su condición doblemente imitativa y arremete contra “la Musa dulzona” del reinado del placer y el dolor. Sin embargo, no descarta que “parte importantísima de la formación de todo individuo es ser entendido en poesía”.

Josu aclara desde el principio que la idea de poesía desde los griegos hasta el siglo XIX era muy distinta a la nuestra. “Los antiguos asimilaban lo poético a toda expresión artística y, sobre todo, le asignaban una función ética, pedagógica, científica y política casi por completo ajena a la poesía de nuestro tiempo”, sostiene. Platón criticaba ese “no saber” de los poetas tradicionales en cuanto a asuntos éticos y pragmáticos.

Según Pierre Hadot, en su *Elogio a Sócrates*, el aporte del toque de la figura socrática hasta nuestros días sería que “cada uno parte más rico de sí mismo, renovado a sus propios ojos... aunque acaso también



más inseguro, más vulnerable, más frágil, más quebradizo, lleno de esperanzas que todavía carecen de nombre”.

Para Landa, ese toque socrático también es fundamental. “Será necesario entonces, un nuevo modelo estético, una poesía —es decir, un arte— a tono con el nuevo Estado”, apunta. “Con miras a una adecuada y funcional inserción de la poesía en el nuevo orden político, signado por su aspiración a la justicia plena”, subraya.

“Por lo demás, así como el filósofo socrático-platónico habrá de encarnar al político gobernante dotado de un saber, una *téchne* política racional apta para servir con eficiencia a una comunidad feliz en su conjunto, el nuevo poeta deberá ser capaz de dominar al máximo una *téchne* poética propia, en consonancia con un orden racional de valores y metas ético-políticas y su proyección en una nueva *paideía*”, concluye.

Milán asegura que esa República “parece cada vez más alejada en el tiempo de lo probable” pero el libro de Josu es una oportunidad para desear y trabajar por la consecución de dicha utopía. Citando a Sócrates, Platón nos recuerda que los habitantes de la nueva República “tienen que ser libres y temer más a la esclavitud que a la muerte”.

Josu Landa, *Platón y la poesía (tanteo)*, La jaula abierta, México, 2017.

Todos los días atrás de Antonio Ramos Revillas

Jonathan Minila

Antonio Ramos Revillas es un autor multifacético. Esto parece un simple halago en una época de amplia globalización que ha impactado en todos los ámbitos, incluido el cultural, donde los cumplidos son la moneda de cambio. Sin embargo, en el caso de Ramos Revillas es indudable que esta cualidad es muestra de una búsqueda no sólo de voz propia y por supuesto de oficio, sino de un encuentro directo con el lector. *Todos los días atrás*, publicado por Editorial Argonáutica en su colección Polifemo, con una traducción de Kimrey Anna Batts, es una muestra de esto. Ocho historias, escritas con la entera, que no sólo son muestra del gran trabajo de un joven escritor quien se ha dedicado a trabajar sus historias, a pulirlas una y otra vez, sino que son una amplia exploración de las emociones humanas, de las relaciones, de la imaginación. La realidad, en voz de Antonio Ramos, se deconstruye y nos lleva a habitar en universos parecidos a los nuestros, con los que muchos habremos de sentirnos identificados, pero que se perfilan hacia el abismo de las interrogantes, de “lo inexplicable”. No es necesario entrar al mundo de lo “fantástico” para que las situaciones más “normales” se tiñan de sorpresa, ni es necesario recurrir a las formas usuales del cuento, donde la vuelta de tuerca resulta una solución predecible, aquí la realidad es más que suficiente.

Una pareja que busca una nueva vida, que recorre una carretera vacía, para buscar la frontera. Para ellos cruzar es importante, imprescindible. Del “otro lado” habrán de tener nuevas oportunidades. Ella podrá tener aquel hijo que espera, y él podrá ven-

der su viejo automóvil y conseguir trabajo. Sin embargo, huir de uno mismo es imposible. La vida pende de un hilo, al igual que las ilusiones. Ésa es justo la realidad. Con suavidad, frases precisas, elipsis, y diversos recursos narrativos, Antonio Ramos nos lleva a mundos idílicos que se ven trastocados por el azar, por la cruda realidad, por fantasmas del pasado. En estas historias un accidente, por ejemplo, puede cambiarlo todo, incluso las decisiones que hemos tomado. ¿A dónde se dirige realmente esta pareja? ¿Qué será de ellos? ¿Están perdidos quizá en un espacio inexplicable del tiempo? El lector tiene su función y será él quien resuelva estas incógnitas y no el autor.

Todos los días atrás nos lleva por los entretejidos de las emociones humanas, por la infancia, por el amor, por los deseos y por un enfrentamiento crudo, pero necesario, de lo que implica estar vivo. No sólo nos lleva a hacernos preguntas, sino que nos conduce a la propia memoria y a nuestro lado más oscuro también. ¿Qué pasaría si un hombre fuera capaz de saber, por alguna casualidad inexplicable, casi mágica, cuáles serán los boletos ganadores de la lotería? ¿Es posible que esta virtud se vuelva en su contra? La pregunta vuelve de nuevo una y otra vez. ¿Somos quienes creemos ser? ¿Los recuerdos nos pertenecen? ¿Qué representan y qué representamos para los demás? ¿Somos nosotros el otro? ¿Qué es la suerte? Con este libro nos adentramos a vidas íntimas que, como todas, se convierten en mundos inexplorados. Un niño nuevo en el vecindario, que ayuda a sus nuevos amigos a salvarse de las amenazas de sus “enemigos”, que parece ser fuerte, seguro, y mayor, ¿quién es en realidad? ¿Qué es lo que cargamos de-



trás de nuestras máscaras? ¿Cómo es perder la inocencia? ¿Cómo la vida nos arranca de nuestra propia realidad? ¿Qué impacto tenemos en la vida de los otros? “Jorge que nos había enseñado a pensar más allá del pequeño mundo de nuestra cuadra”, dice el protagonista de “Arqueros de Babilonia”. Estas historias nos hablan de la idealización, de la violencia, del egoísmo.

Éste, que fuera el primer libro de cuentos del ahora reconocido Antonio Ramos Revillas, hace resonancia consigo mismo. *Todos los días atrás*, el tiempo que se desploma, pero que, sin embargo, puede permitir la trascendencia, como ha sido el caso con este libro que rescata Argonáutica y que fuera aquel que abrió para Antonio Ramos todos los días por venir: una trayectoria que hoy se nutre de varios libros, tanto para niños, como para adultos. En *Todos los días atrás* ya se percibe el oficio, el empleo de simbolismos, el uso de los silencios, y la exploración de las propias obsesiones que, sin duda, en estas páginas, incluye la fragilidad de la vida.

Antonio Ramos Revillas, *Todos los días atrás*, Editorial Argonáutica, Ciudad de México, 2019, 152 pp.







UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

HAZ + LO DIFERENTE

Estudia en El Claustro

promocion@elclaustro.edu.mx

- Comunicación y nuevos medios
- Derecho
- Derechos humanos y gestión de paz
- Escritura creativa y literatura
- Estudios e historia de las artes
- Estudios y gestión de la cultura
- Filosofía
- Gastronomía
- Producción de espectáculos
- Psicología

f | i | in | t | 5130 • 3309 | En el corazón de la Ciudad de México | Izazaga 92, Centro Histórico | elclaustro.edu.mx



UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

Zéfiro

Restaurante Escuela

En el corazón de la Ciudad de México
San Jerónimo 24, Centro
zefiro.com.mx
Reservaciones: 5130 • 3385

UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

Programa de Escritura Creativa

ENCUENTRA TU VOZ EN EL CLAUSTRO | CURSOS | TALLERES | DIPLOMADOS
5130 • 3311 | pec@elclaustro.edu.mx | IZAZAGA 92, CENTRO | CIUDAD DE MÉXICO



UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

**PATA
NEGRA**



CONDESA

Tamaulipas 30, Col. Condesa
BarPataNegraMx
Tel. 5211-5563

CUAUHTÉMOC

Río Niágara 43, Col. Cuauhtémoc
PataNegraCuaauh
Tel. 2345-1788

CENTRO

Av. 5 de Mayo 49, Col. Centro Histórico
PataNegraCentroHistorico
Tel. 5512-1669 | (55) 7233-1284

@patanegra_mx
patanegramx



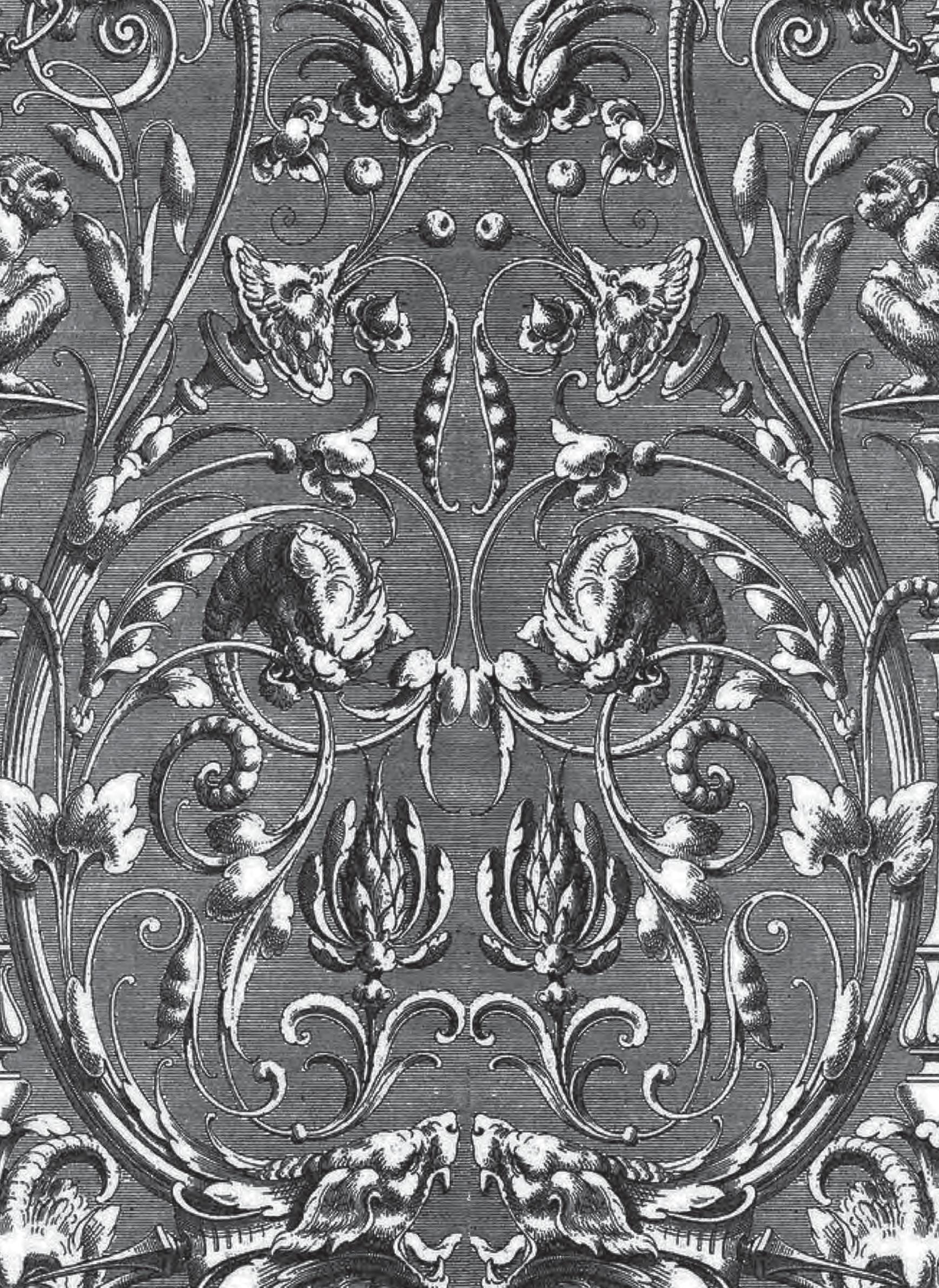
UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

MUSEO
Soumaya
FUNDACIÓN Carlos Slim

CLAUSTRO
SOU MAYA

ÚLTIMO SÁBADO DE CADA MES • 12 H

BULEVAR CERVANTES SAAVEDRA ESQUINA PRESA FALCÓN | AMPLIACIÓN GRANADA | CIUDAD DE MÉXICO



VANIDAD

A decorative flourish consisting of a central vertical line with a small dot at the top, from which two large, symmetrical, flowing scrolls emerge, each ending in a smaller, tighter scroll.



UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA